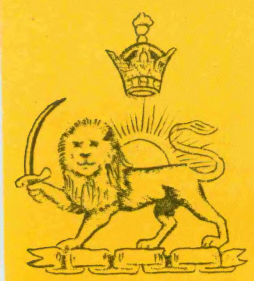
TIEMPO de HISTORIA

AÑO V
NUM. 50
100 PTAS.

HACE 20 AÑOS: CUBA EN REVOLUCION



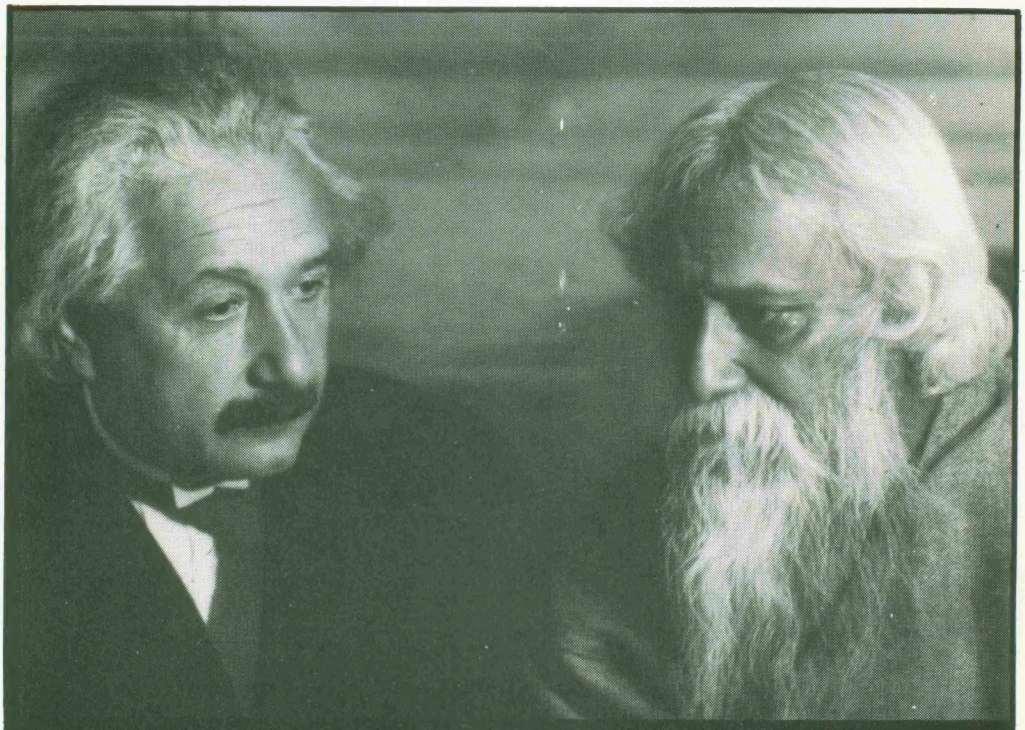
EL PETROLEO, TRAGEDIA Y MUERTE DEL IRAN

EN ESTE NUMERO DE

Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo

Einstein

o la tragedia del científico



Albert Einstein, una de las figuras señeras del siglo XX, en su doble vertiente de científico y humanista, acaso uno de los espíritus más dolorosamente controvertidos de nuestra época, cuyas investigaciones lo llevarían a una de las más audaces y a la par esperanzadoras teorías sobre el Universo. (En la fotografía, en compañía del gran poeta hindú Rabindranáth Tagore).

SUMARIO

AÑO V ● NUM. 50 ● ENERO 1979 ● 100 PESETAS

PORTADA: Enero de 1959 supuso para CUBA un inicio esperanzador de su nueva historia. Tras la dictadura de Batista se abría el horizonte a una común tarea, la de rehacer el país y la maltrecha soberanía de la isla. Quehacer en el que aún está inmersa la patria de Martí. Contrapunto dramático del esfuerzo de Fidel Castro, en la antigua Persia, el Shah ha condicionado a su pueblo a una situación cuya única salida se plantea en actitudes de fuerza, con el agravante de ser, el IRAN, una de las grandes reservas petrolíferas del mundo.

NOVIEMBRE DE 1918: En Compiegne, el marsical Foch (de pie a la derecha de la fotografía) recibe de los plenipotenciarios alemanes la rendición de la Alemania guillermina. De ese armisticio saldría el rencor hitleriano que acabaría, por cruel paradoja, en junio de 1940, en aquel mismo vagón, con la rendición de Francia.

© TIEMPO DE HISTORIA 1979. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia.
TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
ENERO DE 1929: SANCHEZ GUERRA FRENTE A LA DICTADURA, por Eduardo de Guzmán	4-10
HACE 20 AÑOS: CUBA EN REVOLUCION, por Marcial Denis	12-21
EL PETROLEO, TRAGEDIA Y MUERTE DE LA MONARQUIA IRANI, por Pedro Costa Morata	22-29
A 60 AÑOS DE SU ASESINATO: LUXEMBURG, UNA ROSA EN LA TORMENTA, por Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo	30-39
MISTICISMO Y GENOCIDIO: EL REVERENDO JIM JONES Y SUS FANATICOS CALIFORNIANOS, por Alvaro Custodio	40-45
NOVIEMBRE DE 1918: EUROPA ENTRE LA GUERRA Y LA REVOLUCION, por José M.ª Solé Mariño	46-61
EINSTEIN O LA TRAGEDIA DEL CIENTIFICO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA, por Ricardo Lorenzo y Héctor Anabitarte	62-69
LOS PAPAS CONTRA EL MILENIO: «ESPERABAN LA PARUSIA Y LLEGO LA IGLESIA», por Juan Aranzadi	70-79
ESPAÑA 1949: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán	80-91
LA VERDADERA «OPERA DE CUATRO CUARTOS», por Félix Grande	92-107
CANSINOS-ASSENS, OLVIDADO ENTRE OLVIDADOS, por Manuel Galán	108-111
DE «HELIOFILO» A UMBRAL, por José Miguel Naveros	112-113
DRACULA, PRINCIPE DE LAS TINIEBLAS, por Eduardo Haro Ibars	114-121
CINE: Mahoma; La noche del destino; Los Casanovas	122-124
LIBROS: La formación del feudalismo en la península ibérica; Crónica de una postguerra; Economía, política y sociedad en el *México borbónico*; Un informe nada sensacional; El hombre es un puro sarcasmo; Libros recibidos	125-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA:** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11. ***DISTRIBUCION:*** *Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A.* Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M.36.133–1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130.

Enero de 1929:

Sánchez Guerra frente a la Dictadura

Eduardo de Guzmán

«Peor que soportar una dictadura, es merecerla».
(José Sánchez Guerra)

EN este mes de enero de 1979 se cumplen cincuenta años de un acontecimiento político que, medio olvidado hoy entre las brumas del pasado, reviste en su tiempo capital importancia en la vida española. La doble sublevación de Ciudad Real y Valencia, acaudillada por el antiguo jefe del partido conservador, dos veces presidente del Consejo de Ministros con don Alfonso XIII, no sólo rompe la relativa tranquilidad de la etapa precedente, sino que sirve de pórtico a la década (1929-1939) más agitada, convulsa, dramática y sangrienta de toda nuestra historia nacional.

Obedece a una conspiración con amplias ramificaciones que, aparte de buscar el derrocamiento de la Dictadura, pone en tela de juicio la continuidad al frente de los destinos de la nación del hombre que encarna la suprema magistratura del Estado. Don José Sánchez Guerra ha sido y es monárquico y no dejará de serlo en el resto de su vida. Pero, conforme repite sereno y responsable en las más solemnes ocasiones, es también «constitucional y parlamentario», apellidos que considera indisolublemente unidos al de la Monarquía que ha jurado defender y constituye el ideal supremo de su existencia. La actitud de don Alfonso, anulando la Constitución de 1876 al convocar una Asamblea Nacional que ha de sustituir por otro el Código fundamental de la patria, le hace «perder la confianza en la confianza» de la Corona y le fuerza a tomar la firme decisión de «no más servir a señores en gusanos se convierten».

PESE a contar con grandes apoyos civiles y militares, la sublevación de 1929, tan ingenua y disparatada como la casi totalidad de nuestras conspiraciones, fracasa al igual que en España fracasan todos los golpes de Estado, pronunciamientos y revoluciones que se producen a lo largo del siglo XX, sean monárquicos o republicanos, de izquierdas o derechas, con una sola y significativa excepción: la del 13 de septiembre de 1923, en que don Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, cuenta para el éxito de su aventura con toda suerte de complicidades. Tan altas y poderosas que, repitiendo las décimas famosas relativas al asesinato del conde de Villamediana, Sánchez Guerra puede decir que también en dicha ocasión «el matador fue Bellido y el impulso soberano». El triunfo de Primo de Rivera sobre los sublevados de Ciudad Real y Valencia, aunque en principio parece tener carácter definitivo, no pasa de ser una victoria pírrica. En efecto, al año justo del movimiento que Sánchez Guerra acaudilla cae la Dictadura, y el dictador marcha a su exilio parisino, donde fallece a las pocas semanas; quince meses más tarde se proclama pacíficamente la República. Y tanto en la caída de la primera como en la exaltación de la segunda influye de una manera notable lo sucedido en enero de 1929 —ahora hace medio siglo—, y la descalificación moral que contra la persona de don Alfonso formula el ex jefe del partido conservador en su famoso discurso del teatro de la Zarzuela el 27 de febrero de 1930.

LAS CONSPIRACIONES CONTRA LA DICTADURA

Existen claras semejanzas entre el comienzo y el final (1874 y 1923) del largo período que pudiéramos llamar constitucional de la Monarquía restaurada. No sólo porque los movimientos encabezados por Martínez Campos y Primo de Rivera triunfan con rapidez, sin derramamientos de sangre ni tropezar con serias resistencias, sino esencialmente por la actitud de los gobiernos contra quienes ambos generales se rebelan. Ni Sagasta en 1874 ni García Prieto en 1923 hacen otra cosa que consultar con diversos jefes militares si están dispuestos a defender la legalidad vigente; cuando los preguntados responden en tono ambiguo o negativo, abandonan sus puestos. El parecido alcanza incluso a quienes en esos momentos ocupan la jefatura del Estado. No consta de una manera positiva que ni el duque de la Torre en un caso ni Alfonso XIII en el otro estén de acuerdo con el alzamiento; ofrece pocas dudas, sin embargo, que reciben con indudable satisfacción las noticias de lo que ocurre y ninguna de que, luego de un viaje precipitado desde San Sebastián a Madrid, el monarca se apresura a designar al sublevado marqués de Estella, presidente del Directorio militar, diciendo como excusa a García Prieto, jefe del depuesto gobierno constitucional:

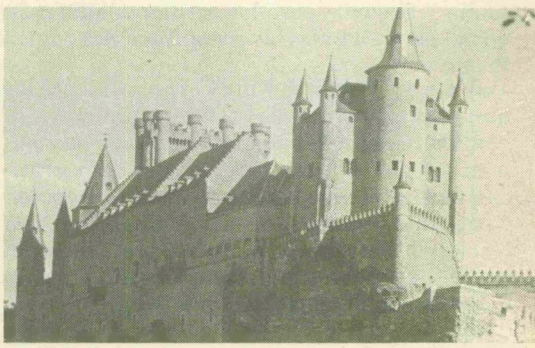
—¡Te juro, Manolo, que no lo sabía...!

Lo supiera o lo ignorase el soberano, el descrédito de la vieja política unida a la esperanza de que Primo de Rivera cumpliera sus solemnes promesas de restablecer en plazo breve la Constitución suspendida, hace que la Dictadura no tropiece con fuertes resistencias ni se vea seriamente amenazada en los primeros tiempos..

La oposición a la Dictadura toma mayores vuelos cuando los directorios militares que han durado algo más de dos años, son sustituidos por un gobierno de hombres civiles. Las gentes ven en el cambio un propósito claro de prolongar indefinidamente la situación de anormalidad jurídica que vive el país y como reacción contra tal propósito proliferan conjuras, complots y conspiraciones. La de mayor notoriedad y alcance es la conocida con el nombre de la «Sanjuanada», porque tiene que estallar la noche del 24 de junio de 1926. En la preparación del movimiento intervienen políticos monárquicos como Romanones, Melquiades y Villanueva; militares de tan elevada graduación como el capitán general Weyler y el teniente general Aguilera; libertades de la talla del doctor Marañón y no pocas figuras republicanas y obreras, aunque la finalidad de los conjurados no persiga un cambio de régimen y menos todavía una revolución social el manifiesto que piensan dirigir al país y firman Weyler y Aguilera, aunque su autor material sea Melquiades Alvarez, resume así sus objetivos: «Nuestro programa puede resumirse en estos términos: restablecimiento de la legalidad constitucional; reintegración del Ejército, para la mejor defensa de sus prestigios, a sus peculiares fines; mantenimiento del orden y adopción de medidas que garanticen la constitución de unas Cortes libremente elegidas y que, por soberanas, necesitan expresar la verdadera voluntad nacional».

El poco secreto con que se llevan los trabajos conspirativos, unido a las dudas y vacilaciones de algunos de los implicados, hace abortar el movimiento antes de iniciarse. Si muchos de los comprometidos padecen encierros más o menos prolongados, Romanones, Weyler, Aguilera y Marañón entre otros son sancionados con cuantiosas multas. Juzgados en consejos de guerra, no pocos militares son severamente condenados y han de pasar en prisión los cuatro últimos años de la Dictadura. (Entre ellos están el laureado coronel Segundo García, uno de «los últimos de Filipinas», y el capitán Fermín Galán, que será fusilado en diciembre de 1930 como principal responsable de la sublevación de Jaca.)

Alentado por la facilidad con que ha derrotado a los conjurados y convencido de contar con los más sólidos apoyos tanto en las masas populares como en las filas del Ejército y en la Corona, Primo de Rivera comete una serie de errores que van engrosando el número de sus enemigos, y minando el terreno que pisa. Contra lo que espera, cada vez que descubre una conjura o aplasta una subversión, la oposición aumenta año tras año en lugar de disminuir. Pronto frente a su Dictadura están no sólo los viejos políticos, los intelectuales, los estudiantes, buena parte del proletariado y el regionalismo catalán y vasco, sino un sector conside-



El Alcázar de Segovia, antigua Academia del arma de Artillería.

rable del propio Ejército, que acabará negándole su confianza en la sorprendente consulta a los capitanes generales que se ve forzado a realizar en enero de 1930 y determinarán su inmediata caída.

LOS ARTILLEROS Y LA CONSTITUCION

Los dos más graves errores que Primo de Rivera comete en los momentos que se considera más seguro, en la euforia que sigue al fracaso de la «sanjuanada», son la imposición de la escala abierta al Arma de Artillería y la reunión de una Asamblea Nacional para redactar una nueva constitución de signo conservador y autoritario.

Hace años que los artilleros defienden y practican la llamada escala cerrada, es decir, la negativa a admitir ascensos por méritos de guerra, prefiriendo que su labor sea premiada con una condecoración, ya que el ascenso puede dar origen a suspicacias y hablillas de quienes se ven adelantados en el escalafón. Primo de Rivera es partidario de las escalas abiertas y en el verano de 1926 se las impone a los artilleros por medio de un decreto con efectos retroactivos a partir de 1920. Los artilleros ven en la disposición una ofensa gratuita al Cuerpo y tratan de hacérselo comprender al dictador por medio de unas difíciles negociaciones que fracasan rotundamente en la última decena del mes de agosto.

Los artilleros deciden colocarse en situación de rebeldía y el marqués de Estella reacciona con energía y presteza el 5 de septiembre, declarando el estado de guerra en toda España, la suspensión de empleo y sueldo de todos los jefes y oficiales de la escala activa de Artillería, a los que prohibe el uso de uniforme, relevando a los militares de cualquier empleo o cuerpo del deber de obediencia a los artilleros. La medida, que se cumple a rajatabla, va acompañada de la orden de incautación de todos los cuarteles e instalaciones de Artillería. El dictador impone su voluntad no sin que se produzcan algunos sucesos graves en Pamplona y Segovia, pero los artilleros figurarán en adelante en todas las conspiraciones contra Primo de Rivera.

Todos los dictadores y muy especialmente los que más abominan de los procedimientos liberales tienen la obsesión de revestir su régimen con ciertas falsas apariencias democráticas. El marqués de Estella no es una excepción y cae en la tentación de reunir una Asamblea Nacional designada a dedo que respalde, apoye y apruebe cuanto se le ocurra, entre lo que figura una constitución a su gusto y medida que sustituya a la de 1876. El intento contraría a buena parte de los viejos políticos, a varios de los cuales sondea el duque de Miranda por indicación de don Alfonso. Don José Sánchez Guerra, que ha sido dos veces presidente del Consejo y sigue siendo jefe del partido conservador, hombre de acrisolada honestidad, de carácter entero y vida austera, no puede ser más categórico y rotundo en su contestación.

—Considero el intento de tal gravedad e importancia —dice— que si llegara a realizarse creo que traería consigo la ruptura definitiva y el apartamiento inmediato del monarca, cuando no de la Monarquía, de todos los hombres monárquicos de España.

Sea por la actitud resueltamente hostil de todos los prohombres políticos sondeados o por resistencia del propio monarca a autorizar el grave paso que el dictador se propone dar, transcurre cerca de un año antes de que el proyecto de Primo de Rivera sea llevado a la práctica. Por fin en el mes de septiembre de 1927 aparece el real decreto convocando la reunión de la Asamblea Nacional. Consecuente con sus manifestaciones previas, don José Sánchez Guerra decide abandonar España, haciendo público, al cruzar la frontera para iniciar un largo exilio en París, un extenso documento en el que no sólo fija su posición personal, sino la de cuantos políticos constitucionales han colaborado hasta este momento con don Alfonso. El manifiesto dirigido al país dice, entre otras cosas:

«Tras varios meses de cavilaciones y aplaza-

El Dictador Primo de Rivera, en compañía del rey Alfonso XIII (éste, en segundo término), durante una cacería.

mientos, el decreto de convocatoria de la Asamblea ha sido, al fin, firmado. Este hecho, cuya gravedad y significación no cabe desconocer, representa, según lo dicho recientemente por un periódico oficioso, la abolición definitiva en España del régimen constitucional y del Parlamento. (...) El acto que acaba de realizarse es en sí mismo ilegítimo y faccioso: así anuncié anticipadamente que lo juzgaría y así continúo considerándolo y proclamando hoy.

»España es una nación demasiado noble y demasiado grande para que pueda resignarse a que todos los derechos y prerrogativas de la ciudadanía resulten de un modo definitivo y permanente desconocidos, hollados y atropellados. (...) Contra todo ello levanto yo bandera de protesta y de rebeldía, y a defenderla y a procurar su triunfo fío en que habrán de acudir todos los hombres constitucionales de España, sin distinción de matices, antecedentes y partidos. (...) Si se me cierran todos los caminos, si ellos resultan definitivamente poscritos en España, yo procuraré por todos los medios restaurarlos y repatriarlos, y si no lo consiguiera, aun haciendo los sacrificios necesarios, iría e iré a buscarlos donde ellos puedan estar y yo tenga la seguridad de encontrarlos».

FRACASO EN CIUDAD REAL

Hombre de escasos recursos económicos, Sánchez Guerra se marcha al exilio para luchar en favor de la Constitución con un capital que no supera las ciento cuarenta pesetas. Para pagarse los gastos de viaje tiene que empeñar la gran cruz de Carlos III —«verdadera joya que le fue regalada por suscripción pública y el rey le había concedido "como premio a sus servicios en defensa de la Monarquía y el orden"», según escribe su hijo Rafael—, y ha de subsistir en la emigración gracias a las mil pesetas mensuales que le pagaban en **«ABC»** por dos extensos artículos.

«En París tuvo desde el primer momento —dice Rafael Sánchez Guerra en un libro titulado **El movimiento revolucionario de Valencia**— numerosas invitaciones de militares y civiles para que acaudillara diferentes movimientos revolucionarios contra el Gobierno español; pero él, enemigo de algaradas inútiles, no considerando suficientes los elementos con los que se decía contar, se negó varias veces a esos requerimientos y por su negativa no pasaron a vías de hecho algunos complots que seguramente hubieran traído disturbios, quizá sangrientos, que él, como hombre de orden, quería a todo trance evitar hasta donde fuera posible.»

Pero si Sánchez Guerra rechaza participar en conjuras que no le merecen garantías, colabora activamente en cuantas tentativas para derrocar la Dictadura le parecen solventes y serias. En Madrid funcionan durante todo el tiempo que permanece en el exilio dos comités revolucionarios, uno militar y otro civil, que tratan de aunar voluntades y organizar un movimiento serio que dé al traste con el dictador. Tras no pocos trabajos preparatorios, a finales de 1928 queda ultimado, incluso en sus más mínimos detalles, un proyecto mucho más vasto y ambicioso que todos los precedentes de que son pilares fundamentales varios regimientos de Artillería y la figura de Sánchez Guerra como cabeza visible. Los conspiradores cuentan con el concurso de diversos generales y guarniciones y el apoyo decidido de masas populares —republicanas y obreras— esencialmente en el Levante español. Para evitar un fracaso como el de la «Sanjuanada», la rebelión debe estallar simultáneamente en diversas poblaciones en la noche del 28 al 29 de enero, sin esperar los conjurados de cada localidad a que sean otras ciudades las que inicien la lucha.

De acuerdo con el plan trazado, el Regimiento de Artillería Ligera de guarnición en Ciudad Real se lanza a la calle a la hora convenida con su coronel al frente; se adueña de todos los puntos estratégicos de la población, ocupa los cuarteles de la Guardia Civil y emplaza sus baterías en las carreteras de acceso a la ciudad para rechazar cualquier ataque de las fuerzas leales al dictador. Al mismo tiempo, los sindicatos de la C.N.T. de Alcoy y otras poblaciones importantes de Valencia y Alicante declaran una huelga general revolucionaria y permanecen en paro durante cerca de una semana.

Pero los sublevados de Ciudad Real se quedan solos. Contra lo acordado y previsto, no son secundados por otros regimientos y guarniciones y en el curso de la jornada del 29, al ser informados de que no cuentan con apoyos ni recursos y que numerosas fuerzas gubernamentales mandadas por el general Orgaz han salido de Madrid para combatirles, acuerdan deponer su actitud y retirarse a los cuarteles, entregándose aun a sabiendas de que habrán de comparecer ante un Consejo de guerra.

El centro del movimiento, de acuerdo con los planes previstos, debe estar en Valencia, donde en principio se cree contar con la colaboración del capitán general de la región, teniente general Castro Girona. Pero el movimiento ha de iniciarse con la llegada a la población levantina del señor Sánchez Guerra, y el señor Sánchez Guerra no se presenta antes

de la noche del 29 de enero, cuando ya está aplastada la sublevación de Ciudad Real. No es suya la culpa del retraso, como no lo será del subsiguiente fracaso del movimiento. Una fuerte tempestad que retrasa la arribada al puerto francés de Port Vendres del barquito que ha de conducirle a Valencia, hace que el jefe conservador arribe a Valencia con un retraso de veinticuatro horas.

SANCHEZ GUERRA EN VALENCIA

Cuando en la noche del día 29 de enero desembarca Sánchez Guerra en Valencia se entera no sólo del fracaso de la sublevación de Ciudad Real, sino de las indecisiones del general Castro Girona que en una entrevista celebrada aquella tarde con Rafael Sánchez Guerra se ha mostrado reticente e incluso hostil a un movimiento que había prometido secundar. ¿A qué se debe su cambio de actitud? No se sabe con exactitud, pero Gabriel Maura, en el tomo segundo de su **Bosquejo histórico de la Dictadura,** señala la posibilidad de que se debiera a que en una visita reciente de Primo de Rivera a Valencia ofreciese al capitán general de la Tercera Región la Alta Comisaría en Marruecos, a punto de quedar vacante por enfermedad del general Jordana.

Pero al mismo tiempo que estas nuevas pesimistas, su hijo Rafael, que lleva bastantes horas esperándole en Valencia, le da otras de signo alentador y positivo. La oficialidad de los regimientos de Artillería de guarnición en Valencia está dispuesta a lanzarse sin tardanza a la acción, animada y excitada por las palabras del capitán Rexach y del teniente Cárdenas, llegados de Madrid y Ciudad Real con la petición de ayuda de sus compañeros de armas. También que los trabajadores están dispuestos a secundar el movimiento declarando la huelga general revolucionaria al amanecer del día siguiente.

En vista de ello, y ya en las primeras horas de la madrugada, don José Sánchez Guerra se presenta en el cuartel del Quinto Regimiento de Artillería Ligera, en cuyo cuarto de banderas le espera toda la oficialidad que recibe su presencia con una fuerte ovación. A petición de los reunidos lee el prohombre conservador el manifiesto que ha redactado en París dirigido al pueblo español, al Ejército y a la Marina y que comienza diciendo:

«No es posible ya seguir soportando el espectáculo vergonzoso que viene ofreciendo, con cinismo jamás igualado, un Gobierno que, ilegítimo en su origen y arbitrario y despótico en su actuación, se ha lanzado en los últimos tiempos a deshonrar los cargos públicos que ocupa, realizando y protegiendo verdaderos latrocinios que asquean a la pública opinión y lanzan a la rebeldía a todos aquellos que por el dilatado servicio de la paciencia no hayan perdido definitivamente la noción de la dignidad».

Concluye el manifiesto con mueras a la Dictadura y a la Monarquía absoluta y vivas a la soberanía nacional, al Ejército y a la Marina que son contestados con entusiasmo por todos los presentes. Forzado por las insistentes peticiones de sus oyentes, don José Sánchez Guerra tiene que pronunciar una breve arenga, en la que dice:

—Señores oficiales: Ha llegado el momento de luchar por los fueros de nuestra dignidad. Hombres que vestís ese honroso uniforme no pueden soportar tanta humillación. Debemos realizar la obra magnífica de devolver a España su libertad. Esa es la verdadera tradición del Ejército que logró la victoria en tres guerras civiles frente al absolutismo.

El primer Gobierno civil de la dictadura de Primo de Rivera (diciembre de 1925), a su salida del Palacio Real, después de jurar ante el Rey. De derecha a izquierda: general Martínez Anido, Eduardo Aunós, conde de Guadalhorce, almirante Cornejo, Primo de Rivera, duque de Tetuán y José Calvo Sotelo.

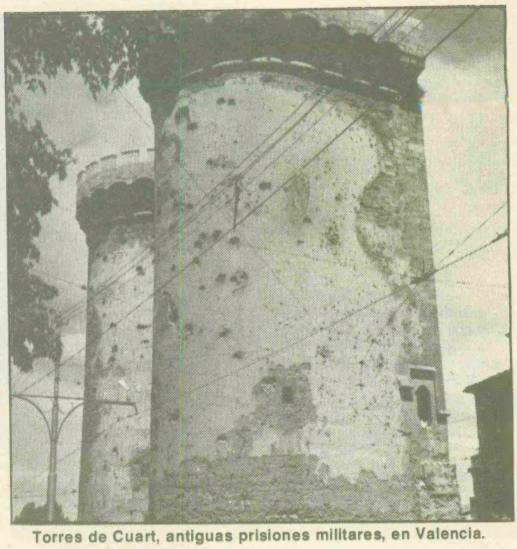
»Estamos ahora bajo la peor de las tiranías: la del latrocinio y la estafa. Durante la Dictadura han fallecido dos ex-ministros del antiguo régimen y todos sabemos que dejaron a su familia en la miseria. De los de la Dictadura ha fallecido uno solo, el duque de Tetuán, que cuando se encargó de la cartera estaba entrampado y que a su muerte dejó cuatro millones de pesetas. Pensad en los monopolios, en las concesiones abusivas, en la deuda pública, en las acciones liberadas y en la ruina de nuestra Hacienda. ¡Abajo la tiranía! ¡Viva la soberanía nacional! ¡Viva la libertad!».

Los militares que le escuchan y aclaman quieren sacar inmediatamente las tropas a la calle, pese a que no faltan quienes insinúan la conveniencia de conocer de una manera clara y exacta cuál es la actitud del capitán general de la región. Para salir de dudas, Sánchez Guerra escribe entonces una carta a Castro Girona pidiéndole que se incline sin mayores tardanzas «entre permanecer al lado de un Gobierno de cuyas actuaciones tiene usted, sin duda, noticias análogas a las mías, o prestar su nombre glorioso a un movimiento de cuyo triunfo estoy seguro, pero que en todo caso redime la dignidad de todos y la historia habrá de juzgar con simpatía. Espero su contestación en unión de intachables caballeros que visten uniforme y que, como yo, están dispuestos a aceptar las consecuencias del acto que realizamos».

Aunque Castro Girona se niega a recibir a los portadores de la carta, arguyendo que se encuentra enfermo y en cama, los oficiales reunidos en el cuarto de banderas están dispuestos a lanzarse a la rebelión. A impedirlo acude entonces el coronel del regimiento, señor Suero, que se opone afirmando que el movimiento ha fracasado antes de iniciarse por lo ocurrido en Ciudad Real y las vacilaciones de Castro Girona. Ofrece, no obstante, la huida y la impunidad al político conservador. Sánchez Guerra rechaza con serena dignidad el ofrecimiento, igual que rechaza las peticiones de los oficiales de lanzarse a la acción pese a todos los inconvenientes.

—No quiero que aquí tengamos otra cuartelada como la de San Gil —sostiene—. Eso no conduciría a nada y no me lo perdonaría nunca. No habiendo unión entre ustedes, no se puede intentar nada.

Como continúa en el cuartel hasta muy avanzada la mañana del día 30, el coronel Suero por su cuenta primero y repitiendo luego indicaciones de Castro Girona le invita a que se marche de Valencia en la seguridad de que nadie intentará detenerle; Sánchez Guerra se niega en redondo afirmando:



Torres de Cuart, antiguas prisiones militares, en Valencia.

—No. Ese es el juego del Gobierno, pero no el mío. Yo tengo ya mucha edad para correr y, además, no sirvo ni para conejo ni para liebre. Iré personalmente a Capitanía General para que así no tengan más remedio que detenerme.

Abandona el cuartel del Quinto Regimiento Ligero y marcha a Capitanía General donde es recibido por Castro Girona, al que acompaña en este momento el arzobispo de Valencia, doctor Melo. Ambos insisten en que debe marcharse de Valencia, a lo que el político conservador se opone diciendo:

—Yo he venido aquí a representar un drama, no un sainete. No me marcho porque sería una cobardía y una vileza. Pagarían por mí los demás comprometidos, los primeros los de Ciudad Real, y eso no puedo consentirlo. El caballero que juega y pierde, lo primero que tiene que hacer es pagar.

ABSOLUCIONES QUE SON CONDENAS

Una vez fracasada la intentona y tras la detención de varios centenares de personas civiles y militares en distintos puntos de España, Primo de Rivera anuncia su magnánimo propósito de no extremar el rigor contra los responsables en una «nota oficial de inserción obligatoria» que aparece en los diarios del primero de febrero de 1929. Pero, no obstante lo prometido en dicha nota, en el primer Consejo de Ministros celebrado bajo la presidencia de Alfonso XIII —luego del luto obligado por el inesperado fallecimiento de la reina-madre doña María Cristina el día 6 de febrero—, el marqués de Estella consigue del monarca la firma de un decreto disponiendo que

En los funerales por la Reina-Madre, Doña María Cristina de Austria, en primer término, de izquierda a derecha: Primo de Rivera, el Nuncio de S.S. monseñor Tedeschini y el capitán general Wéyler, al fondo y en el centro Eduardo Aunós.

todos los jefes y oficiales de la escala activa del Arma de Artillería «se consideren paisanos, sin derecho a haber activo o pasivo alguno, al uso de uniforme ni carnet militar», teniendo para reintegrarse al Ejército que «jurar fidelidad y obediencia al Gobierno contra el que se ha procedido sediciosamente», y cerrando la Academia de Segovia. Poco después, en Consejo de guerra celebrado el 27 de mayo son condenados a muerte el coronel Paz y los capitanes Marcide y Zamarro, mientras otros ocho oficiales resultan sentenciados a treinta años. Celebrado nuevo Consejo el 18 de diciembre por desistimiento del capitán general de la primera sentencia, todos ven rebajada su pena en un grado, recuperando su libertad a la caída de la Dictadura.

Sánchez Guerra, por su parte, es apresado en la propia Capitanía General de Valencia, de donde pasa en calidad de detenido al gobierno civil primero, a las prisiones militares de las Torres de Cuart después y por último a los destructores «Canalejas» y «Dato», en los que permanece recluido hasta su puesta en libertad el 22 de noviembre del mismo año. Es juzgado en unión de la mayor parte de quienes participan en la intentona valenciana, tanto civiles como militares, en un Consejo de guerra que se celebra en la capital levantina el 25 de octubre de 1929. Integran el tribunal, junto al general de división don Federico Berenguer Fusté, que lo preside, los también generales de división Riquelme, García Benítez, Bilbao, Pérez Fernández y López Roda. Actúan como defensores, entre otros varios, Bergamín, Alcalá Zamora, Rodríguez de Viguri, Sastre y Pardo Reina. Todos propugnan la absolución de sus defendidos, basándose en que, dada la ilegalidad del gobierno de Primo de Rivera, no constituía delito pretender derrocarlo. El propio ex-presidente del Consejo hablando en la vista de la causa dice con sencillez y verdad:

—Vine a Valencia no con propósito de delinquir, sino con resolución de hacer honor a mis juramentos en Palacio y en el Congreso de hacer guardar y cumplir la Constitución, sirviendo al par mis convicciones y mis ideas.

La sentencia del Consejo de guerra absuelve libremente a don José Sánchez Guerra y a la mayoría de los que se sientan en el banquillo. Aunque el capitán general de la Tercera Región disiente, el Consejo Supremo de Guerra y Marina ordena el 22 de noviembre la puesta en libertad del procesado. Como entonces se dice gráficamente, «la libertad de Sánchez Guerra es una condena a muerte de la Dictadura». En efecto, sólo dos meses y seis días separan el excarcelamiento del ex-presidente del Consejo y el derrocamiento de Primo de Rivera, en 28 de enero de 1930.

¿Puede considerarse fracasado el movimiento insurreccional de Valencia, ahora, a cincuenta años de distancia? El principal encartado opina entonces que no, y su hijo Rafael escribe en 30 de marzo del año siguiente: «¿Qué se proponía el movimiento acaudillado por mi padre? ¿Derribar aquel régimen de tiranía? ¡Pues conseguido queda el objetivo al cabo de un año! Mi padre comenzó a socavar el edificio y éste se ha venido abajo con estrépito».

Para nosotros, que en aquella fecha lejana nos asomábamos curiosos e impacientes a la escena política nacional, el gesto de Sánchez Guerra constituyó una valiosa lección y enseñanza. En su discurso de la Zarzuela dijo una frase que muchos no hemos podido olvidar aún: «Hay algo peor que soportar una dictadura: merecerla». Tenía razón y el pueblo español ha hecho y hará cuanto esté en su mano para no merecerla. ¡Aun cuando sea vencido tras una larga lucha desigual y sangrienta de treinta y dos meses encontrará siempre nuevas fuerzas para reanudar la contienda en defensa de la libertad! ■ **E. de G.**

LA INSENSATA TENTATIVA DE FRANCO

Había preparado un movimiento con algunos núcleos sindicalistas.--Concentración de aparatos.--La enérgica actitud del Gobierno hizo abortar el plan preparado para el domingo

El ministro de la Gobernación descubre el complot

En nuestro número del sábado dábamos noticia de los rumores que habían estado circulando durante todo el día acerca de la supuesta sublevación de la base aérea de Tablada, con el comandante Franco a la cabeza, y consignabamos también las negativas oficiales de estos rumores.

Conocíamos desde primera hora del día los sucesos que se estaban desarrollando, pero atendiendo a las mismas razones patrióticas a que obedecieron las negativas del Gobierno nos abstuvimos de dar a la publicidad detalles que, en vísperas de las elecciones generales, podían causar exagerada alarma y un perjuicio irreparable.

Ya en la madrugada del domingo el Gobierno juzgó que se podía dar a la publicidad la versión exacta de todo, y el ministro de la Gobernación hizo unas interesantísimas manifestaciones que, por haber sido ya publicadas en la prensa de la mañana de ayer, recogemos en extracto:

Dijo el Sr. Maura que desde hace días seguía muy de cerca los manejos que se hacían para producir una perturbación; la preparaban elementos sindicalistas y comunistas de Andalucía, bajo la dirección de algunos amigos del comandante Franco. El Sr. Maura propuso en alguna ocasión al Consejo que se adoptasen rigurosas medidas para cortar de raíz propagandas totalmente inadmisibles en quienes tienen mando de fuerzas en el Ejército; pero no se estimó oportuno hacerlo. Ya en la mañana del viernes supo que el movimiento estaba casi ultimado, a pesar de la lesión que sufría el comandante Franco; recabó el Sr. Maura autorización para atajar el movimiento antes de que se iniciara y ordenó al general Sanjurjo que se trasladase a Sevilla con enérgicas instrucciones.

Parece que el plan era el siguiente: Concentrar aviones en el campo de Tablada, donde había numerosas armas que se había logrado reunir, y en la madrugada del sábado al domingo, los campesinos aliados a la Confederación Nacional del Trabajo y los comunistas entrarían en Sevilla, mientras sobre esta volaban los aeroplanos militares lanzando proclamas amenazadoras para el caso de que las autoridades se resistieran a entregar el mando. Se trataba de provocar la revolución social y proclamar el Estado libre de Andalucía.

El general Sanjurjo permaneció cuatro horas en el aeródromo de Tablada y dispuso la apertura de un sumario, cuyo juez instructor ordenó la prisión del jefe de la base aérea, teniente coronel Camacho, y la del comandante Romero y varios sargentos y bastantes soldados. Fue retirado de la base aérea todo el armamento allí acumulado y se adoptaron las medidas necesarias para que no se pudiera efectuar ningún vuelo. Los obreros que trabajaban en el aeródromo salieron de éste, y se prohibió que entrara ningún elemento extraño. El señor Maura terminó diciendo:

"Por mi parte, solo tengo que decir a la opinión española que sea ella la que juzgue la conducta de quienes utilizando los medios que el Gobierno recién nacido del régimen democrático pone en sus manos, pretenden traer a España [illegible] errores de la anarquía [illegible]

ciones de Andalucía, sino solamente con elementos de la base de Tablada, entre los que figuraban bastantes mecánicos no militares. Franco ordenó a todos los aeródromos que del viernes al sábado concentrasen todos los aparatos en Tablada. La mayor parte de los pilotos ignoraban para qué eran llamados. Franco pensaba salir de Tablada a primera hora de la madrugada del domingo, al frente de una columna organizada con los elementos que había en la base; mientras tanto el doctor Vallina, al frente de una gran masa de obreros del campo, entraría también en la ciudad en tanto que los aviones volaba sobre ella. Proclamada la república social en Sevilla, Franco pensaba hacerse dueño de toda Andalucía para marchar finalmente sobre Madrid.

La importancia que da el señor Maura al movimiento abortado

Cuando a primera hora de la tarde habló ayer el ministro de la Gobernación con los periodistas, dijo que el accidente sufrido por el comandante Franco había sido providencial, pues de no haber ocurrido hubiera habido necesidad de reprimir el intento preparado, en vez de hacerlo abortar, como ha sucedido. Da una idea de la gravedad el hecho de que hubiera necesidad de estar hasta las tres de la madrugada del domingo quitando espoletas a los cientos de bombas que los partidarios de Franco tenían preparadas.

Los sargentos de guarnición en Tablada, al saber que todo se había descubierto, se presentaron al oficial de guardia manifestándole que se hacían solidarios con los rebeldes y que, en consecuencia, deberían ser arrestados ellos o puestos en libertad sus compañeros. Dicho jefe les aconsejó que se acostarán, tandulas palabra de que al día siguiente sería resuelto el asunto. A las tres de la madrugada se presentó el general Sanjurjo, haciéndose dueño de la situación; reina ahora la tranquilidad más absoluta.

DESDE SEVILLA

Noticias del domingo. — Dice Sanjurjo

SEVILLA, 27. El general Sanjurjo recibió anoche a los periodistas y les dijo que lo sucedido en Tablada no había sido más que unas ligeras indicaciones de las clases de tropa a los soldados, quedando terminado el incidente rápidamente sin daño del principio de autoridad, que se mantuvo en toda su pureza, permaneciendo todos l[illegible] ciales en su puestos, subordinados al Go[illegible]

Añadió que del expe[illegible] ha ordenado ab[illegible] cargado [illegible]

Las tropas, en ovacionadas

SEVILLA, 27. A las siete de la tarde regresó a sus cuarteles la columna que estuvo recorriendo los alrededores. Al frente de la [illegible] marchaba la música [illegible] días de tambores [illegible]

El pa[illegible]

[illegible] pudo ser cortado radical[illegible]idad en el aeró[illegible] He pasado [illegible] simple ca[illegible]ales están [illegible] con sus [illegible] de un [illegible] respon[illegible]gistrado, [illegible] el ca[illegible], pero [illegible] a tu[illegible]ra li[illegible]dante [illegible]diente [illegible] mandante [illegible]esta a los [illegible] contra la con[illegible]ión el por las auto[illegible]

En dicha carta no niega ni disculpa siquiera su participación en los trabajos revolucionarios.

Don Segundo García, hombre muy estudioso, hizo el bachillerato y se creó una apreciable cultura.

El general Primo de Rivera, siendo dictador, le halagó creyendo que se atraería la simpatía de los caballeros de San Fernando; pero al ver que D. Segundo era enemigo de su política le persiguió enérgicamente, sobre todo cuando D. Segundo tomó parte en el complot de la noche de San Juan, con ocasión del cual fué condenado a varios años de cárcel.

La labor revolucionaria de D. Segundo contra la Monarquía no cejó ya desde aquel momento, a pesar de hallarse preso hasta el momento en que triunfó la República. El Gobierno provisional le nombró gobernador de Prisiones Militares; dimitió el cargo hace poco y solicitó el retiro del Ejército.

Ahora luchaba como candidato republicano independiente.

Don Segundo nació en 1874.

CRISOL sigue día a [illegible] march[illegible]

Don Segundo García ha muerto en León

LEON, 27. Cerca de las cuatro de la tarde ha fallecido en esta capital el general de brigada laureado don Segundo García, que había sido ascendido recientemente a dicha categoría por haber solicitado el retiro. El Sr. García había venido para tomar parte en la campaña electoral, desoyendo los consejos de los médicos, que le aconsejaban reposo. Ha muerto a consecuencia de un ataque de uremia. El cadáver será trasladado al cuartel del Cid. Don Segundo esperaba el acta diciendo que era la mayor ilusión de su vida. — (Fulmen.)

* * *

Don Segundo García nació en Ríolas de Paredes (León). Fué siempre de ideas liberales. Llegó a general desde soldado. En 1894 ingresó en un recimiento de Caballería que después marchó a Filipinas; allí ascendió a sargento en el propio campo de batalla, y se le premió con siete cruces rojas. En 1898 luchó heroicamente en San Fernando de Papanga, recibiendo dos heridas que [illegible] patriarlo poco después [illegible] dió la laureada y [illegible] hasta la catego[illegible]

PRESTAMOS [illegible]

Esta es una página del diario «CRISOL» del 29 de Junio de 1931

Mas de 50 periódicos distintos

Porque queremos contar mucha historia de España.

Sólo un diario -entero- de ayer puede contar -entera- la historia de ayer.

DIARIO DE AYER

Periódicos enteros de antes de la guerra.

No somos un fascículo

Porque los fascículos son una selección y nosotros queremos ni más ni menos que sean los propios periódicos de ayer los que le cuenten a usted, la historia viva y entera.

Reproducimos diarios enteros

Porque el periódico -el diario- es el reflejo de la vida de un país: en todo. Los anuncios, las noticias, los espectáculos,.. y nada de eso se puede recortar, ni manipular.

Cada número de Diario de Ayer, trae dos periódicos

Porque, además de ser objetivos, sólo porque reproducimos entero cada periódico, queremos darle a usted todas las oportunidades de tener una visión objetiva... entregándole en cada número de Diario de Ayer, dos diarios de ideologías opuestas.

Porque queremos contar mucha historia de España.

Y porque queremos contarla entera:

Diario de Ayer.

Colección de periódicos enteros de antes de la guerra.

Pídalo en su kiosko

Mas de 50 periódicos distintos

Suscripciones:
YARA EDITORIAL, S.A.
Hermosilla, 64 - Madrid-1
Telf. 225 81 73

Hace veinte años

Cuba en revolución

Marcial Denis

«Para obtener algo, hay que quitárselo a alguien... Este algo es la soberanía del país: hay que quitársela a ese alguien llamado monopolio, y aunque los monopolios en general no tienen patria, por lo menos tienen una definición común: todos los monopolios que han estado en Cuba, que han sacado beneficios de la tierra cubana, están muy vinculados con los Estados Unidos. Es decir, nuestra guerra económica será con la gran potencia del norte.»

Ernesto «Che» Guevara (1)

(1) Citado en: Hugh Thomas, Cuba. La lucha por la libertad, Barcelona, Grijalbo, 1974, Vol. III, pág. 1630.

LOS DATOS DEL PRESENTE

Las palabras del «Che» Guevara que se transcriben han sido pronunciadas el 21 de marzo de 1960, poco más de un año después de iniciado el período de gobierno revolucionario. Las ideas que encerraba el discurso, emitido desde su posición de presidente del Banco Nacional de Cuba, apuntaban a la necesidad de nacionalizar las posesiones norteamericanas radicadas en el país. Fue la política que el gobierno cubano se vio impulsado a desarrollar, tal vez más rápidamente de lo propuesto, debido a la actitud intransigente de los Estados Unidos. Las consecuencias fueron graves para la economía de la isla: el cese del cupo azucarero que se colocaba en el mercado del norte, y, finalmente, el bloqueo económico. Veinte años han transcurrido desde la entrada de los revolucionarios en La Habana, el 2 de enero de 1959. Si el impulso inicial demostró gran vitalidad, mucho camino hubo de ser recorrido más tarde bajo el acoso de circunstancias especiales que formaron el contorno de la revolución, sobre todo en el terreno económico. Un informe de Fidel Castro, publicado en 1976, desarrolla ese tema: «Sin acceso a cualquier tecnología exceptuando las que pudieran proceder de la URSS, sin créditos en los organismos financieros internacionales controlados todos por el gobierno de los Estados Unidos, sin posibilidad de adquirir un camión, un bulldozer o cualquier equipo de producción en el mercado occidental, a consecuencia del bloqueo, y los precios del azúcar deprimidos, los obstáculos al desarrollo económico y social de la nación eran verdaderamente impresionantes. Un plan ambicioso de desarrollo industrial en esas condiciones era realmente imposible. A este cuadro objetivo había que sumar los factores subjetivos. El pueblo abruptamente tuvo que hacerse cargo de las funciones del Estado y la administración de todos los centros fundamentales de producción. Los monopolios y la burguesía, con sus administradores y técnicos más experimentados, se habían marchado de Cuba. Hombres humildes del pueblo, muchas veces con menos de sexto grado, tuvieron que asumir funciones de dirección de los procesos industriales y agrícolas para los cuales las

Gerardo Machado. Presidente de Cuba entre 1924 y 1933. Representó fielmente los intereses del inversor extranjero en Cuba.

El azúcar ha ocupado siempre un papel preponderante en la economía cubana. Una fase del proceso de la recolección de caña.

clases dominantes se habían entrenado de padres a hijos y en los pocos centros educacionales del país, generación tras generación. Los propios dirigentes revolucionarios, que fuimos capaces de resolver difíciles problemas relacionados con la lucha insurreccional y la toma del poder, éramos en cambio absolutamente ignorantes de las cuestiones más fundamentales de la ciencia económica...» (2).

Los problemas que debía enfrentar el equipo de Castro en su primera experiencia de gobierno eran de carácter global: una población sumida en el infraconsumo originado en el desempleo, sobre todo en el sector rural; analfabetismo y desnutrición, y, en la base, estructuras agrarias anticuadas. Las soluciones tenían que ser, en consecuencia, también globales. El programa era audaz: una reorganización de la sociedad, «esforzándose por reformar todas las instituciones a la vez, y congruentes con una serie de políticas bien delineadas, los cubanos sostienen que las contradicciones institucionales han de ser eliminadas; las nuevas metas no pueden ser superpuestas a las viejas estructuras» (3). Cuba comenzó a mostrarse desde entonces, a los ojos de los países latinoamericanos, como un modelo de cambio ensayado en profundidad. La transformación económica, social y política que vivía el proceso revolucionario dejaba muy pocos caminos abiertos para refugiarse en la indiferencia o en la ignorancia.

Puede discutirse el grado de avance en las transformaciones sociales de la revolución cubana, el tiempo que llevará aún alcanzar las metas más elevadas; pero resulta claro que ha eliminado el desempleo rural, crónico en épocas anteriores; que el analfabetismo ha sido reducido a menos del 3 por 100, y que la población tiene aseguradas la asistencia sanitaria y educacional, además de otros beneficios sociales. Es asimismo cierto que ha existido una transformación en la economía. Los cubanos son conscientes de que por un largo tiempo aún su país deberá mantener el azúcar como rubro fundamental en su sector exportador, pero la diversificación en el empleo de la mano de obra rural es un hecho. El aumento de la capacidad adquisitiva del campesino ha originado un súbito crecimiento de algunos renglones del consumo y ha exigido un mayor desarrollo de la ganadería, la producción avícola y porcina, etc. Se ha potenciado la infraestructura mecanizada de la agricultura y la recolección de caña. La intervención de miles de tractores, alzadoras, cortadoras, camiones de transporte, etc., ha sido posible porque se ha eliminado la desocupación multiplicando las oportunidades de trabajo.

---

(2) Fidel Castro, **Enseñanzas de la Revolución Cubana,** *Bogotá, 1976, pág. 53.*

(3) David Barkin y Nita R. Manitzas, **Cuba, camino abierto,** *México, Siglo X-XI, pág. 7.*

En el período anterior a la revolución, cuando la tasa promedio del desempleo superaba el 16 por 100, el subempleo representaba un 30 por 100 de la población activa, y en la época que transcurría fuera de la zafra la inactividad sobrepasaba el 20 por 100 de la fuerza de trabajo, el intento de tecnificación acelerada en las tareas agrícolas hubiera provocado un caos social incontrolable, aumentando el número de parados.

UN PAIS DE BANQUEROS Y COMERCIANTES

Gerardo Machado era un hombre surgido de las filas del Partido Liberal cuando ascendió a la presidencia de Cuba en 1924. Entre sus argumentos políticos preelectorales se contaba el nacionalismo, tema frecuentemente desarrollado por los aspirantes al poder en la isla del Caribe. En realidad, eran bastante conocidas sus vinculaciones con las empresas extranjeras, y su campaña como candidato contó con el apoyo financiero de la General Electric y la American Foreign Power and Light. El mismo integraba el directorio de la Cuban Electric, que era filial de la Electric Bond and Share Company, de los Estados Unidos. El apoyo otorgado por Machado a los inversionistas norteamericanos en Cuba hizo que su presidencia fuera comparada, en muchas ocasiones, a una administración colonial protegida por la sombra de la escuadra naval estadounidense.

Durante su primera presidencia fomentó el desarrollo edilicio de La Habana, al tiempo que hacía públicas manifestaciones contra la existencia de la Enmienda Platt. En realidad, la política de eliminación de las cláusulas de la enmienda estaba alentada por algunos sectores financieros en los Estados Unidos, para quienes, por el control económico que ya poseían sobre la realidad cubana, resultaba inútil este instrumento jurídico. Por el contrario, entorpecía, por la existencia del artículo II, el libre juego entre los inversores y los gobiernos de la isla, además de constituir un elemento irritante para el nacionalismo de sus habitantes.

La reforma constitucional de 1928 fue un ensayo del presidente Machado para perpetuarse en el cargo que provocó una repulsa generalizada, e incluso fue cuestionado por figuras de su propio partido. La represión que intentaba detener la oleada de protestas de los opositores causó numerosas víctimas, entre ellas dirigentes obreros y estudiantiles. Se sucedieron los encarcelamientos, deportación de «agitadores extranjeros», y otros atropellos. El movimiento sindical había sido organizado, en 1924, alrededor de la creación de la Confederación Obrera Cubana, impulsada por el anarcosindicalismo, y que en 1929 estaba integrada por los comunistas. Junto con el Directorio Estudiantil, y el Movimiento Antiliberal, se convirtieron en factores importantes en la caída de Machado; el movimiento de masas comenzó a desarrollarse en el período y será desde entonces una presencia permanente en la política cubana.

Pero el dictador estaba bien respaldado. En 1927 había efectuado un viaje a Washington para preparar la Sexta Conferencia Hispanoamericana que debía realizarse en La Habana. Según Hugh

Batista: de la «revolución de los sargentos» a gendarme del capital norteamericano.

Thomas: «Fueron muchos los que creyeron que Machado aprovecharía esa oportunidad para solicitar el fin de la vigencia de la Enmienda Platt.

No ocurrió así aunque pocas visitas de presidentes hispanoamericanos a los Estados Unidos se vieron rodeadas de tantos actos oficiales y sociales: ofrecieron almuerzos el Chase National Bank, la Electric Bond and Share, J.P. Morgan, la Cámara de Comercio de Nueva York, Sosthenes Behn, el National City Bank y el alcalde de la ciudad de Nueva York, Jimmy Walker. William H. Woodin, presidente de la American Car and Foundry Company, entre otras sociedades, anunció, con el entusiasmo propio de quien era un fuerte inversionista en Cuba, que era realmente una verdadera suerte contar como presidente de la isla con un hombre de negocios; el presidente Coolidge habló con elocuencia de la responsabilidad moral que sentían los Estados Unidos hacia los gobiernos de "este lado del Canal de Panamá", y Thomas Lamont, de la Banca Morgan, dijo que confiaba en que los cubanos arbitrarían el sistema de mantener a Machado en el poder por tiempo indefinido» (4).

Pero su figura se desprestigió rápidamente, al igual que otros gobernantes de facto en Latinoamérica, como consecuencia de la gran depresión de 1929, que puso de manifiesto su ineficacia para arbitrar soluciones y, por lo tanto, agudizó su arbitrariedad. Para contrarrestar la crisis Estados Unidos puso en juego el mecanismo de los aranceles aduaneros para defender el mercado interno y se hizo tangible, una vez más, que la economía cubana dependía, con todas las consecuencias que el hecho implicaba, de las decisiones norteamericanas. Toda la estructura social de la isla se sintió afectada y el sector de los opositores al gobierno se amplió considerablemente. Durante la represión desencadenada por Machado, se produjo la clausura de la Universidad, miles de personas se encaminaron al exilio y se aplicó la «ley de fuga» para justificar los asesinatos. Pese a los préstamos norteamericanos —el National City Bank of New York había otorgado 80 millones de dólares—, el índice de parados seguía en aumento y el gobierno sólo apelaba a las medidas de fuerza para atenuar la resistencia popular.

1933 marcó un cambio en la política de los Estados Unidos. La llegada de Franklin D. Roosevelt a la presidencia inicia el **New Deal,** y las intervenciones directas de los «marines» son sustituidas por el envío de «expertos en problemas latinoamericanos». La situación en la isla del Caribe era lo suficientemente peligrosa como para que el Departamento de Estado considerara el urgente relevo del presidente cubano. La presión en las calles era casi revolucionaria y la única respuesta de Machado seguía siendo la cacería de sus opositores. La llegada de Sumner Welles como embajador inicia el retiro del apoyo norteamericano. El 12 de agosto de 1933, el dictador huye a las Bahamas.

(4) Hugh Thomas, **Op. cit.,** *t. II, págs. 767-768.*

Fidel Castro en la época del ataque al cuartel de Moncada. Su alegato: La historia me absolverá **es una puntual descripción del estado económico y social de Cuba en los años cincuenta.**

Escena durante el asalto al cuartel de Moncada el día 26 de julio de 1953.

UNA LARGA NOCHE DE VEINTICINCO AÑOS: 1933-1958

Un movimiento de suboficiales del ejército establece una Junta de Gobierno que se conoció como la «Pentarquía», y finalmente la presidencia es confiada a Ramón Grau San Martín. No obstante, la situación es confusa. Los sucesos parecían encaminarse a la revolución por la inquietud obrera y la mención a la expropiación de compañías extranjeras. El proceso contaba con un hombre clave: el sargento Fulgencio Batista Zaldívar, que había encabezado la rebelión de suboficiales en su fase nacionalista, conocida como la «revolución de los sargentos». Pero precisamente Batista fue el hombre que encontraron los inversores norteamericanos para producir un vuelco de los acontecimientos favorable a sus intereses. Comenzaría entonces una etapa de estabilidad para el capital extranjero en Cuba, que duraría veinticinco años.

Suspensión de las garantías constitucionales, control de la isla por el ejército y el arresto de los dirigentes gremiales, fueron los hechos que demostraron rápidamente que nada había cambiado. Como acto de prestigio para el gobierno frente a un pueblo que veía nuevamente frustradas sus expectativas de cambio, en mayo de 1934 Estados Unidos accede a modificar la Enmienda Platt. En verdad, su existencia se había convertido en un elemento desprestigiante para la política latinoamericana del Departamento de Estado, como lo había demostrado la resolución aprobada en la VII Conferencia Panamericana de Montevideo, que recomendaba el no reconocimiento de los tratados «que no hubiesen sido aceptados libre y espontáneamente por una de las partes». De todas maneras, la base de Guantánamo continuó en poder de los norteamericanos.

En 1940, las elecciones llevaron a la presidencia a Fulgencio Batista —que había experimentado el rápido ascenso desde sargento a coronel-jefe, y de allí a general—, y se puso en vigencia una Constitución que ampliaba las garantías, hasta entonces muy retaceadas para los cubanos. El alza

El Gramna transportó a Fidel Castro y su fuerza revolucionaria desde México hasta Cuba.

en los precios del azúcar, provocado por la segunda guerra mundial, permitió la expansión de los servicios públicos y la construcción de carreteras. Seguían existiendo, ignorados o recibiendo muy poca atención, una serie de problemas económicos, políticos y sociales que: «Habían contribuido a producir la erupción de 1933 y otra vez aparecerían en la superficie en 1959» (5). Era evidente que la riqueza estaba concentrada en muy pocas manos y el estado social del pueblo era deplorable. Hacia 1950, las plantaciones azucareras eran controladas en su mayor parte por el capital norteamericano y sus consorcios compraban casi toda la producción de azúcar de Cuba. En 1951 este producto equivalía al 88 por 100 del total de las exportaciones de la isla. Hacia 1955, las inversiones de Estados Unidos dominaban el 90 por 100 de los servicios públicos, el 50 por 100 del sector ferroviario, el 40 por 100 de la producción azucarera, y sus bancos atraían el 25 por 100 del total de los depósitos; además, con el capital inglés poseían la totalidad de las refinerías de petróleo en el país. La población rural seguía sometida a las oscilaciones del monocultivo azucarero, que, con sus períodos de inactividad, creaba una masa de marginados a quienes ese mismo hecho confería unidad y les convertía en un potencial elemento revolucionario.

SIERRA MAESTRA: LA APERTURA DE LA ETAPA REVOLUCIONARIA

El período de la guerra significó, para Cuba, un respiro caracterizado por una falsa apariencia de prosperidad, ya que no se intentó siquiera el experimento de crear industrias sustitutivas de importaciones, que fue característico de muchas naciones latinoamericanas. En consecuencia, la estructura industrial cubana siguió mostrando su debilidad. Una economía desnacionalizada, sometida a los monopolios internacionales, siguió en la posguerra la curva depresiva del sistema y el descenso de los precios del azúcar alcanzó su pico más bajo en 1953.

Las elecciones presidenciales de 1952 fueron suspendidas por un golpe de fuerza dirigido por Batista desde el campamento militar de Columbia, acto por el cual toma el poder deponiendo al presidente en ejercicio, Prío Socarrás, al tiempo que suspende la vigencia de la Constitución de 1940 y disuelve el Congreso. Poco después, anunciaba el período electoral para noviembre de 1953.

Este mismo año tuvo lugar un hecho que marcaría el comienzo de una etapa histórica: el día 26 de julio el cuartel de Moncada, en Santiago de Cuba, fue atacado por un grupo de insurrectos civiles dirigido por un joven abogado cubano llamado Fidel Castro. La batalla terminó con la derrota de los atacantes y un elevado número de bajas para ambas partes. Muchos de los participantes civiles cayeron prisioneros, otros lograron huir y algunos de ellos fueron detenidos más tarde. Fidel Castro y varios de sus compañeros fueron apresados por las fuerzas de Batista, y en el mes de octubre, el futuro jefe de la guerrilla cubana defiende su propia causa en el juicio que se le sigue por la participación en los sucesos. El alegato pronunciado en esa ocasión contiene el programa político del futuro «Movimiento 26 de julio», describe el estado social en que se encuentra el país y lanza una dura acusación contra el régimen de Batista.

Las condenas de los procesados variaban: a Fidel Castro se le aplicaron quince años de prisión en la Isla de Pinos, pero fue liberado por una amnistía general concedida por el gobierno dos años más tarde ante la presión externa e internacional. Desde allí marchó a México, donde comenzó a preparar el ejército guerrillero que iniciaría sus operaciones en Sierra Maestra; también fue en ese país donde conoció al «Che» Guevara. Los

---

(5) Robert Freeman Smith, **Estados Unidos y Cuba. Negocios y diplomacia. 1917-1960,** *Buenos Aires, Palestra, 1965, pág. 215.*

revolucionarios —ochenta y dos hombres— abandonaron México en el **Gramna** a fines de noviembre de 1956 y el 2 de diciembre lograron desembarcar en Provincia de Oriente, en Cuba. Los contratiempos fueron muchos, y han sido copiosamente narrados, pero una vez que llegó a la Sierra, la guerrilla comenzó a propagarse lentamente.

En La Habana y otras ciudades tenían lugar frecuentes choques entre el pueblo y las fuerzas policiales de Batista. La represión indiscriminada, la tortura y el terror se convirtieron en un arma política del régimen y con ello aumentó su impopularidad. Uno de los hechos más dramáticos fue protagonizado, en marzo de 1957, por grupos de civiles armados. El objetivo era tomar el Palacio presidencial y capturar y ejecutar al dictador, al tiempo que se lanzaba la proclama por Radio La Habana, que también sería controlada. La acción terminó en una masacre, ya que los atacantes cayeron en una encerrona en el mismo Palacio; el líder estudiantil José Antonio Echevarría, uno de los que habían irradiado el mensaje en la emisora durante el ataque armado, también cayó muerto ese día. Otros levantamientos se conocieron, aunque aplastados, como el que tuvo lugar entre los oficiales de la guarnición de Cienfuegos en septiembre del mismo año. Entre tanto, el ejército rebelde iniciaba sus operaciones desde Sierra Maestra y sus éxitos le fueron sumando partidarios. Hacia 1958 los guerrilleros controlaban todo el territorio de Oriente y realizaban incursiones sobre el resto de la isla. Campesinos y obreros colaboraban con los hombres de Castro y todo hacía prever una consolidación de los revolucionarios en varias zonas del país, con la incorporación de otros grupos políticos. También ese año la Iglesia comenzó a censurar a la dictadura, al mismo tiempo que crecían los reclamos de pacificación, cese de las torturas y asesinatos, restablecimiento de las garantías constitucionales y, como consecuencia, la renuncia de Fulgencio Batista. Ante el cariz de los acontecimientos la administración norteamericana comenzó a alarmarse y llamó al embajador Arthur Gardner, que había demostrado inconvenientemente su amistad hacia el repudiado presidente cubano, y envió a Earl Smith en su lugar. Por lo demás, la figura de Castro había adquirido cierta popularidad en Estados Unidos, desde la publicación en 1957 de la entrevista que le realizara en Sierra Maestra el corresponsal del **«New York Times»** Herbert Mattews, y la exhibición, por la cadena Columbia de televisión, de los reportajes realizados en el campamento guerrillero

La esperanza y admiración que ha despertado la Revolución Cubana en Hispanoamérica queda reflejada en esta imagen de la visita de Fidel Castro a Chile durante la presidencia de Allende.

por otros dos periodistas norteamericanos. Todas estas circunstancias y los informes del embajador destacado en Cuba decidieron a los hombres de Washington para suspender un envío de armas a Batista.

En mayo de 1958 comenzó la denominada «operación verano» contra los revolucionarios de Sierra Maestra, en la que intervenían diecisiete batallones, la fuerza aérea y la guardia rural. Pero esa ofensiva demostró cuán enraizada se encontraba la guerrilla en el medio campesino. El ejército avanzaba trabajosamente, y lo hacía con un alto costo de vidas y material provocado por las emboscadas y la colocación de minas. Su conocimiento de la situación y el número de los enemigos era bastante inseguro, mientras que en el trabajador rural encontraba Fidel Castro la mejor fuente de conocimiento sobre sus enemigos.

El mes de agosto marcó el punto final de la campaña en la Sierra, y ésta fue abandonada por el ejército en manos de los guerrilleros. A partir de allí, la ofensiva revolucionaria se generalizó, y las poblaciones comenzaron a caer en poder de las fuerzas de Castro. Al finalizar el año, y luego de intentar varias acciones desesperadas, Batista y su familia dejaban el país el 29 de diciembre. Mientras, Ernesto Guevara, al frente de sus hombres, entraba en Santa Clara y se aproximaba a La Habana. El día 2 de enero de 1959, el «Che» llegaba a la capital cubana; el 8 del mismo mes, hacía su entrada en La Habana Fidel Castro, aclamado por el pueblo.

El «Che» Guevara, teórico y guerrillero. Uno de los mitos de la Revolución Cubana.

LA REVOLUCION EN MARCHA

Los Estados Unidos no opusieron dificultades en reconocer al nuevo gobierno cubano, sino que «se prepararon para hacer negocios con él», afirma un observador contemporáneo (6). Pero pronto se puso de manifiesto que los nuevos dirigentes se proponían algo más que un recambio de figuras políticas, y se encaminaban hacia una revolución social. Las primeras medidas, como la rebaja de los alquileres en un 50 por 100, depurar la administración pública, etc., parecían estar dirigidas a calmar la expectativa popular. No obstante, la revisión de la aplicación de las leyes impositivas no beneficiaba a las compañías extranjeras, habituadas a la evasión de impuestos, y la Ley de Reforma Agraria, promulgada en junio de 1959, estaba demostrando que las intenciones eran radicales.

Al mismo tiempo que tomaba las medidas económicas apuntadas, el gobierno revolucionario procedía a terminar diez hospitales, edificaba miles de viviendas y construía

(6) **Op. cit.**, *pág. 226.*

edificios escolares. Sus seguidores demostraron una energía y capacidad que ninguna administración anterior había desarrollado, sobre todo para con las clases trabajadoras, cuyos intereses habían sido eternamente postergados. Los procedimientos expropiatorios de la reforma agraria afectaban a los inversionistas norteamericanos en cinco o seis millones de dólares a comienzos de 1960. Este proceso no era bien recibido por financieros y comerciantes que tenían unos 1.300 millones de dólares colocados en la isla y controlaban aproximadamente un millón doscientas mil hectáreas de su superficie. Entre los inversores se encontraba la United Fruit, y las diversas compañías comenzaron a presionar al gobierno Eisenhower para provocar la intervención armada en Cuba.

A pesar de todo, Estados Unidos mantuvo una política de espera hasta mediados de 1960, cuando las refinerías de capital norteamericano e inglés se negaron a procesar el petróleo comprado a los soviéticos y el gobierno revolucionario decretó su expropiación. Un mes más tarde, la administración Eisenhower suprimía la cuota azucarera cubana, unas 700.000 toneladas. Era el comienzo del bloqueo económico y hacía creíble la sospecha de un futuro intento de invasión a la isla. Efectivamente, el plan que preparaba la agresión al territorio cubano con hombres adiestrados especialmente y equipo militar comenzó a funcionar en centros de entrenamiento ubicados en Guatemala o Puerto Rico, y, finalmente, su base de partida fue Nicaragua. El desembarco se realizó en Playa Girón, el mes de abril de 1961, y pese al apoyo prestado por algunos aparatos B 26 que despegaban desde Nicaragua, los invasores fueron completamente derrotados y dejaron 1.200 prisioneros.

Mucho camino hubo de ser recorrido bajo el acoso de circunstancias especiales que formaron el contorno de la Revolución. (Fidel Castro en la actualidad.)

Este intento de invasión a Cuba demostró dos cosas: que el gobierno tenía un sólido apoyo en la población, y que ésta había decidido luchar por el triunfo de la revolución. Indudablemente, un pueblo que había sido frustrado ya dos veces en su lucha por cambiar su destino: una en 1898 y otra en 1933, no estaba dispuesto a ser engañado una tercera. El historiador norteamericano Robert Freeman Smith cerraba su libro sobre el proceso cubano, en 1960, con estas palabras: «Hoy los Estados Unidos deben escoger el camino que seguirán con respecto a Cuba. Pueden continuar ciegamente la política tradicional y tratar de que los cubanos se sometan por la fuerza, al mando de otro Batista. Pero también podemos trabajar con los cubanos mientras ellos intentan resolver sus problemas crónicos. (...) Cuba es hoy un importante terreno de pruebas para la política norteamericana hacia las conmocionadas naciones de antiguas zonas coloniales. Podemos probar la sinceridad de nuestros ideales o podemos confirmar las persistentes sospechas de que somos sólo otro imperio que trata de gobernar al mundo mediante sus normas propias» (7). La historia conoce la respuesta, cuyo primer episodio fue Playa Girón. El segundo culminó con la expulsión de Cuba del seno de la Organización de los Estados Americanos por la presión de los Estados Unidos; a continuación, sobrevino el largo período de bloqueo económico. A los cubanos les resultaba claro que el mundo capitalista les cerraba todas las puertas. El dominio exhibido por los Estados Unidos, el endurecimiento de la agresión desde el exterior, llevaron a una mayor cohesión de las posiciones ideológicas en el seno de la revolución, y al socialismo como única forma posible para transformar globalmente la sociedad.

Muchos son los hechos que demuestran la vitalidad de la revolución cubana, y el manejo de la explicación en base, casi exclusivamente, a la popularidad de sus conductores políticos, no sugiere una comprensión real del problema. Las raíces que informan la Cuba revolucionaria se hunden, profundamente, en el pasado histórico y fortalecen el presente. ■ **M. D.**

(7) **Op. cit.**, *pág. 236.*

El petróleo, tragedia y muerte de la monarquía iraní

Pedro Costa Morata

ENTRE mayo de 1908, cuando fluye el primer crudo petrolífero de Oriente Medio, y diciembre de 1978, con la agudización de la oposición contra el Sha y la monarquía iraní corre un periodo dilatado de tiempo en el que el petróleo (y los intereses que suscitaba) ha sido el verdadero protagonista de la historia del país. La oposición religiosa al Sha pide la paralización de la producción petrolífera, con la seguridad de que éste será el empujón final que haga caer al monarca.

La rebeldía de Jomeini y sus seguidores se orienta a la expulsión del Sha y de su dinastía, como personalizador de la violación de los derechos de la población iraní. (En la foto, el Sha Mohammed Reza Phalévi.)

D'ARCY TIENE SUERTE EN PERSIA

En 26 de mayo de 1908 aparece petróleo en Mashid i Suleiman, en la concesión del británico William Knox D'Arcy, después de siete años de exploraciones incansables, de dificultades económicas y de relaciones no siempre idílicas con el gobierno imperial. D'Arcy ya llevaba sobre sí el estigma de los «constructores» del Imperio Británico, a juzgar por su historial de aventurero con fortuna en lugares remotos y por su siempre presentida sensación de apoyo oficial tras sus escarceos y gestiones ante gobiernos difíciles pero de gran interés estratégico para los designios británicos.

D'Arcy había conseguido su concesión en 1901, sobre el fracaso del famoso judío alemán Julius von Reuter y vio, con el tiempo, cómo se producía una revolución —1906— en Persia para imponer al Sha un gobierno constitucional y cómo la Convención Anglo-Rusa de 1907 trasladaba sobre el papel de los acuerdos internacionales el **statu quo** que siempre había querido Londres en aquella región del mundo interpuesta en el camino de la India.

En abril de 1909 crea la **Anglo Persian Oil Company (A.P.O.C.)**, con un capital de dos millones de libras, que englosaba y compraba las dos compañías fundadas anteriormente por él en sus aventuras persas desafortunadas: la **Bakhtiari** y la **First Explotation.** El 20 por 100 pertenecía a la **Burmah Oil**, creada en 1905 para explotar el petróleo en Birmania y ya en manos del gobierno británico, que animó la creación de la **Anglo-Persian.** El presidente fu lord Strathcoma, que presidía la **Burmah,** y el director, D'Arcy. Desde ese momento, el gobierno británico se mantuvo como protector de la compañía y de sus actividades, llegando a enviar, desde la India, un destacamento de soldados para velar por la seguridad de los empleados y la integridad de las instalaciones. El representante británico, Percy Cox, intervino para que se le permitiera a la compañía conducir mediante oleoducto el petróleo extraído hasta la isla de Abadán. Allí se construyó la refinería mayor de la época, inaugurada en 1913 y que hoy todavía, con sucesivas ampliaciones y mejoras, bate el record mundial en capacidad de refino, con 31 millones de toneladas anuales. El oleoducto construido, de 210 kilómetros, era también el mayor de su género en la época. La producción de los yacimientos de la A.P.O.C., mientras tanto, iniciaba un camino ascendente. En los primeros años, la evolución fue así:

1912	43.000	toneladas
1913	50.000	»
1914	273.000	»
1915	376.000	»
1916	449.000	»
1917	644.000	»
1918	897.000	»

Apoyado en su impresionante ejército, el Sha se ha permitido intervenir, directa o indirectamente, en diversos países del Oriente Medio, movido por su convencimiento de que el papel del Irán es contribuir a la afirmación de los valores «occidentales» en la región. (El gráfico muestra algunos de los países que han conocido —o conocen— el intervencionismo militar iraní.)

El «tirón» producido en la producción con el inicio de la guerra, confirmó al gobierno británico dos cosas: que el petróleo era una definitiva arma de guerra y que los yacimientos persas aparecían como los de mayor porvenir del mundo. El gobierno empujó al Imperio Turco a un acuerdo con la empresa de D'Arcy para que ésta entrara en la composición de la **Turkish Petroleum Company**, destinada a explorar en los wilayatos de Mossul y Bagdad. En marzo de 1914 D'Arcy era socio privilegiado también en el actual Irak.

EL ALMIRANTAZGO QUIERE EL MONOPOLIO

El éxito de la **Anglo-Persian** sigue entusiasmando al gobierno inglés, que ha conseguido frenar el «expansionismo» alemán en el Imperio Otomano y arrancar al Sultán otra concesión para explorar crudos petrolíferos. Tanto se ha entusiasmado que decide hacerse directamente, a través del Almirantazgo, de su control y de su destino. La presencia de Winston Churchill, con 36 años en el Almirantazgo —primer lord desde 1911— es decisiva para el proyecto. Churchill se mostrará irreductible en su decisión de comprar directamente las acciones de la Anglo-Persian. Estaba molesto por el desentendimiento crónico con la Shell (empresa anglo-holandesa en la que la participación del socio inglés, Samuel, era del 40 por 100), por el juego indignante entre las pocas grandes empresas petrolíferas del momento y por la perspectiva de que, llegado el momento, los suministros de la Flota corrieran peligro.

En julio de 1913, Churchill convenció al Parlamento de la conveniencia de la operación que tenía en perspectiva y en mayo de 1914 el Almirantazgo compró el 51 por 100 de las acciones de la A.P.O.C., concertando un acuerdo tripartito entre el Tesoro, el Almirantazgo y la empresa. El director sería, desde ese momento, Charles Greenway, hombre del gobierno británico. Al empezar la guerra, pocos meses después, tropas indias se hicieron con el control de las instalaciones y refinería de Abadán, desembarcando en el Chot el Arab con el pretexto de combatir a los turcos en Mesopotamia.

El control del gobierno británico sobre la **Anglo-Persian**, hoy **British Petroleum**, siempre ha sido motivo de controversia interior ya que el propio desarrollo de la compañía puso en duda la capacidad de ejercer un control real oficial sobre un monstruo de poder y de complejidad que, sumió además en un mundo espe-

cialmente intrigante, no siempre convencía de servir los mejores intereses del Imperio. En cuanto a su actuación en Persia, por otra parte, la identificación entre la **Anglo-Persian** y el gobierno británico fue siempre un acicate nacionalista y fuente de dificultades permanentes, como se vería a continuación de la guerra mundial y como revelaría la crisis de 1951.

No contento con su predominio en la **Anglo-Persian**, el gobierno inglés cuidó de forma minuciosa de que nadie más entrara en Persia a explorar. Y tuvo suerte, ya que hasta 1954, con la creación del consorcio iraní, ninguna otra compañía —y mucho menos gobierno— compitió en el terreno persa con el poder y la fortuna de la **Anglo-Persian.** Los franceses, por ejemplo, se estrellaron contra la resistencia británica, por mucho que insistieron en su papel durante la guerra y en los acuerdos de reparto de influencias en el liquidado Imperio Turco, como señalaban los acuerdos Sykes-Picot. Después de mucho insistir y de amenazar con no aceptar el paso de los oleoductos conduciendo el crudo irakí hasta el Mediterráneo, a través de Siria y Líbano, en la primavera de 1924 el gobierno francés creó la **Compagnie Francaise de Petroles** (C.F.P.) para participar, con un 23,75 por 100 en la nueva configuración de la **Turkish Petroleum,** devenida poco después en la **Irak Petroleum Company.** Pero Persia les fue vedada.

Los americanos —la **Standard of New Jersey**— tampoco pudieron vencer la resistencia británica. Obligados, además, por las leyes anti-trust de los Estados Unidos, tuvieron que crear un consorcio, la **Near East Development Corporation,** para llenar el hueco que, finalmente, se les concedió en la **Irak Petroleum,** con otro 23,75 por 100 y junto a la **Anglo-Persian**, los franceses, la **Shell** y el inevitable potentado Gulbenkian (con un 5 por 100). Pero Persia les fue vedada también.

En Persia el monopolio británico fue resultado de suerte y de influencia política. Desde 1916 existía una concesión, la del ruso Khostaria, que permitía explorar en las provincias del norte del país, tanto en petróleo como en gas. Pero la Revolución Rusa cambió la situación y Khostaria vendió a la **Anglo-Persian** sus derechos, creando una nueva sociedad, la **North Persia Oil.** Este traspaso de acciones sentó muy mal a los americanos, que vieron cómo se les escapaba otra oportunidad de entrar en el apetecible suelo persa. En 1921 el Parlamento persa **(Majlis)** decide invalidar la concesión de Khostaria, transmitida ya a los británicos y se la pasa a la **Standard Oil,** para las cinco provincias del norte y por 50 años. Además, en el acuerdo de concesión se prohibe todo traspaso a otra sociedad, con la inten-

El éxito de la Anglo-Persian sigue entusiasmando al gobierno inglés, que ha conseguido frenar el «expansionismo» alemán en el Imperio Otomano y arrancar al Sultán otra concesión para explorar crudos petrolíferos. Tanto se ha entusiasmado que decide hacerse directamente, a través del Almirantazgo, de su control y de su destino. La presencia de Winston Churchill, con 36 años, en el Almirantazgo —Primer Lord desde 1911— es decisiva para el proyecto. (En la fotografía, Churchill, Primer Lord del Almirantazgo.)

ción meridiana de bloquear el hegemonismo británico. Pero los americanos no pueden expedir el petróleo (aún no aparecido) ni por la Unión Soviética ni por el Oeste, hacia el Mediterráneo; y por el sur están los británicos... Como los rusos no se muestran nada felices de la presencia americana en sus fronteras meridionales, hacen uso de su influencia, siempre presente, y convencen a los persas de que se anule la concesión, cosa que no resulta difícil porque el petróleo no aparece y los americanos deciden «comprender» los escrúpulos persas. En diciembre de 1923 desaparece la **Standard** del norte persa.

Desde 1922 otro grupo americano, **Sinclair**, actuaba a nivel comercial en la Rusia soviética y trataba de obtener concesiones en Persia. Lo consigue después de la marcha de la **Standard**, precisamente en las provincias del norte, consideradas «sensibles» tradicionalmente por los rusos. Pero los resultados no son positivos y abandona. Queda la **Anglo-Persian** dueña y maestra del suelo y del petróleo. Y así, hasta 1954. Después de la guerra, la producción había mantenido su tendencia ascendente:

1919 ...	1.110.000	toneladas
1920 ...	1.380.000	»
1921 ...	1.740.000	»
1922 ...	2.320.000	»
1923 ...	2.960.000	»
1924 ...	3.710.000	»
1925 ...	4.330.000	»
1926 ...	4.560.000	»
1927 ...	4.830.000	»

Mossadeq (en la foto), líder del partido Frente Nacional, se muestra dispuesto a dar una lección a la soberanía «Anglo-Iranian». El ambiente es propicio y Mossadeq, jefe del comité del Majlis encargado de los asuntos petrolíferos, consigue que en abril de 1951 se decrete la nacionalización, contra los deseos del Sha.

Pero en 1927, el 13 de octubre, aparece el segundo chorro de petróleo del Oriente Medio en Kairah, al sur de Mosul, en los dominios de la **Turkish Petroleum** (con la **Anglo** dentro). Después, en los años 30 aparecería petróleo en Bahrein, Kuwait, Arabia Saudita... Todo iba a ser distinto, incluso para la **Anglo-Persian.**

LAS VICISITUDES DE LA MONARQUIA PERSA

Los últimos shas de la dinastía Quayar se vieron muy solicitados por la evidencia de la existencia de petróleo en su territorio. La concesión de Reuter data de 1872 y los primeros sondeos «modernos» fueron realizados por la sociedad francesa **Hotz et Cie.**, en 1884. Todo esto sucedió durante los reinados de Nasr ed Din y Musafar ed Din, monarcas agobiados por los avances rusos e ingleses por el Turkestán y el Beluchistán, respectivamente. La actitud de apertura a los intereses occidentales estaba forzada por la influencia política y militar de la Rusia zarista y el Imperio Británico, celoso de su India. Esta constante de influencias «por mitades» (norte por rusos y sur por británicos) provocó un incipiente nacionalismo que llegó a imponer al Sha Musafar ed Din, en 1906, una impronta constitucional. Su sucesor, Muhammar Alí, quiso derogar la Constitución y esto le costó el puesto, accediendo al trono el joven Ahmad en 1908, segunda de las revoluciones persas del siglo. La Convención Anglo-Rusa de 1907, con el reparto de influencias en áreas tales como el Tibet, Afganistán y Persia, además del ejemplo de los «jóvenes turcos», provocaron la revolución de 1908, que, en definitiva, condenó la dinastía Quayar a corto plazo.

Las humillaciones sufridas merced al imperialismo británico intervencionista con motivo de la guerra mundial —ocupación de las instalaciones petrolíferas y de la ciudad de Ahwaz— y, sobre todo, el acuerdo anglo-persa de 9 de agosto de 1919, equivalente a un verdadero protectorado sobre la zona sur del país, van contribuyendo al malestar generalizado, asumido por ciertos sectores del ejército, intelectuales, etc. La **Anglo-Persian**, en el colmo de la insolencia, se atreve todavía a pedir la indemnización al gobierno de Teherán por los perjuicios que le ocasionaba la concesión de Khostaria... El ambiente de victoria de después de la guerra animaba en exceso a los británicos, que no reparaban en las consecuencias que se derivarían de la aparición en escena de Kemal Ataturk, alzándose contra la humillación de la derrota, y el ejemplo que iba a inspirar en adelante en los países vecinos (Irak e Irán).

El 21 de febrero de 1921 el jefe de los cosacos, Reza Khan, da un golpe de Estado y se hace con las riendas del poder desde el ministerio de la Guerra. En octubre de 1923 se añade la presidencia del Gobierno y poco después el sha Ahmad se exilia. A lo largo de 1925, Reza Khan se va apoderando de los resortes necesarios y en diciembre se hace proclamar nuevo sha, encabezando la dinastía de los Pahlavi. En octubre de 1919 nació Mohammed Reza Khan, que habría de ser segundo shah Pahlavi desde 1941, y que en estos momentos se encuentra a punto de tomar el mismo camino que Ahmad, el derrocado por su padre.

En diciembre de 1920 la **Anglo-Persian** se vio, asimismo, impelida a responder con indemnizaciones por el convencimiento del gobierno de que los beneficios crecientes de la explotación del petróleo no se correspondían con lo versado a las arcas del Tesoro. El resultado fue un nuevo acuerdo, llamado de Armitage-Smith que modificaba las relaciones entre el gobierno y la compañía, pero que, en realidad, consolidaba las concesiones obtenidas antes de la guerra. La compañía pagaría un 16 por 100 sobre los beneficios netos, además de un millón de libras en concepto de «deuda» atrasada; el gobierno se compromete a facilitar el trabajo de la **Anglo-Persian.** En estos años se ceden concesiones, todas sin resultado, a un persa, que actúa mediante la sociedad **Kavir i Khurian;** a un consorcio franco-belga, el **Syndicat D'Etudes franco-persannes,** y a la empresa americana **Amiranian Oil.**

Con Eisenhower ha aparecido John Foster Dulles como Secretario de Estado; y con éste, su hermano Allan (en la foto), que inventó y dirige la C. I. A. A partir de ese momento, enero de 1953, en Wáshington se asume la decisión de solucionar de una vez el problema y de meter a las compañías americanas en el magnífico espacio iraní.

Reza Pahlevi denuncia en 1932 la concesión primitiva a D'Arcy, de 1901, y obliga a la **Anglo-Persian** a iniciar conversaciones para modificar otra vez las relaciones entre empresa y gobierno. En abril de 1933 entra en vigor un nuevo contrato por sesenta años. Otra vez los británicos han de pagar un millón de libras, pero se comprometen a pagar un 20 por 100 de los beneficios. En 1928 ya se alcanzaron los cinco millones de toneladas, de crudo, que se convirtieron en ocho en 1936, es decir, el 3,6 por 100 de la producción mundial. La producción sube incesantemente: en 1939, ante la segunda guerra mundial, la **Anglo-Persian** está en condiciones de suministrar diez millones de toneladas a la flota británica.

Pero llegó la guerra y ésta cogió al sha en plena luna de miel con los nazis, obligado quizás por la agobiante presión de los británicos. Los aliados encontraron muy oportuna esta circunstancia y ocuparon el país; una vez más, rusos y británicos volverían a las andadas. Como el sha se negó a expulsar a sus aliados germanos, fue exiliado a Mauricio y a Sudáfrica, después de abdicar en su hijo Mohammed, el 16 de setiembre de 1941. Hasta terminada la contienda, el país siguió ocupado por rusos e ingleses, costando cierto trabajo desplazar a los primeros del norte del país (Azerbayan), donde quisieron crear una república de tipo socialista soviético. Con la in-

Manifestantes anti-Sha amenazan con boicotear, con el triunfo de su revolución, a los países que apoyan al monarca, precisamente con el embargo petrolífero. (Manifestantes quemando enseres durante una manifestación antigubernamental en el centro de Teherán.)

tervención de las Naciones Unidas y la intransigencia norteamericana, hecha ya constante en la zona, ni la experiencia, más que dudosa, del Azerbayan soviético, ni la mucho más interesante del Kurdistán independiente fueron posibles. En 1946 las fronteras del país recuperaban su forma de antes de la guerra.

La contradictoria personalidad del nuevo shah, la petulancia incorregible de la Anglo-Persian (que ya se llamaba **Anglo-iranian**, a raíz del decreto imperial de 1935 que olvidaba el nombre histórico de Persia y recogía el más «racial» de Irán), y el nacionalismo galopante iban a trastocar sensiblemente la situación política y petrolífera después de que el gobierno, una vez más, insistiera en recabar mayores derechos, pidiendo el 50 por 100 de los beneficios. Era 1949.

DE MOSSADEQ, AL «CONSORCIO» IRANI

Este es el episodio más notable, hasta ahora, de la historia iraní, hecha en este siglo toda ella de petróleo y compañías extranjeras. La norma del 50-50 ya se había impuesto en países productores mucho más jóvenes que Irán, como Iraq y Arabia; pero la **Anglo-Iranian** no cedía. En esta situación se destaca un viejo nacionalista, Mossadeq, líder del partido Frente Nacional, que se muestra dispuesto a dar una lección a la soberbia compañía. El ambiente es propicio y Mossadeq, jefe del comité del **Majlis** encargado de los asuntos petrolíferos, consigue que en abril de 1951 se decrete la nacionalización, contra los deseos del sha.

En abril, Mossadeq es elegido primer ministro, después de que el sha llamara al gobierno al general Razmara y de que éste fuese asesinado en unos momentos de confusión política y de encrespamiento de las masas, hartas de **Anglo-Iranian.** El gobierno británico recurre al Consejo de Seguridad y presenta su problema ante el Tribunal de La Haya. Nada hace ceder al viejo y duro Mossadeq. En julio es cerrada la refinería de Abadán y los técnicos británicos han de abandonar el país. Es el momento de que se revele en toda su crudeza la ira y el poder de las compañías petrolíferas. El boicot es acordado contra el petróleo iraní y no se consigue vender en el exterior ni una gota de crudo. Los iraníes se quedan sin técnicos y Mossadeq recurre a los americanos (que están pensando cómo aprovecharse de la excelente situación creada por los británicos y, como consecuencia, rehusan ayudar al gobierno iraní) y a los rusos (que añadieron más leña al fuego, por el sentimiento antisoviético de la población y la imprudente actuación del Partido Comunista, el **Tudeh**). Mossadeq viaja a Estados Unidos en vano. En enero de 1953 entra en la Casa Blanca Eisenhower y le recomienda que «cumpla» sus compromisos internacionales y arregle de forma negociada su conflicto con la **Anglo-iranian.** Mientras tanto, el gobierno británico abomina de su representante en la compañía, William Fraser, por no haber sabido anunciar a tiempo la decisión que se cernía desde el Majlis iraní, pero se mantiene firme; los aviones de la R.A.F. obligarán a un buque de bandera panameña a descargar en Adén el crudo embarcado en Abadán. El cerco petrolífero es total y Mossadeq siente que

nada son él y su pueblo contra «todos los demás». Desde octubre de 1951 Churchill accede a la jefatura de gobierno en Gran Bretaña y mantiene la misma actitud que su antecesor laborista: firmeza ante Irán y aumento de la producción en los pozos de la **Anglo-Iranian** en los otros países de Oriente Medio. No hay problema de suministros.

Con Eisenhower ha aparecido John Foster Dulles como secretario de Estado; y con éste, su hermano Allan, que inventó y dirige la C.I.A. A partir de ese momento, enero de 1953, en Washington se asume la decisión de solucionar de una vez el problema y de meter a las compañías americanas en el magnífico espacio iraní. Todo se precipitó desde entonces.

Mossadeq tomó las riendas del ejército, para hacer frente a todas las eventualidades aún por aparecer, pero el sha se le opuso. Fracasado el monarca, hubo de exiliarse a Roma. A los tres días, el trabajo de la C.I.A. ya había fructificado y una «revuelta popular» se enfrenta a Mossadeq y el ejército. El general Zahedi, hombre del sha, se impone y depone a Mossadeq el 31 de agosto. Le sustituye en el gobierno y llama al sha; en poco tiempo todo vuelve a su cauce en Irán, a excepción de lo referente a la **Anglo-Iranian,** que debe pagar ahora los «derechos» que exige U.S.A. por su inigualable aportación. Entre agosto y octubre de 1953 las conversaciones se desarrollan en Washington con la conclusión de que, «en defensa frente al comunismo», se debían establecer en Irán las siete hermanas; era, no lo olvidemos, la época del maniaco anticomunista Dulles, por otra parte relacionado íntimamente con el imperio petrolífero norteamericano.

En abril de 1954 se ultima el arreglo y se firma entre las partes. El sha, avergonzado por su pasivo papel y su dependencia ante la intervención de la C.I.A., deja hacer y promete para sí cobrarse la humillación. La nueva situación queda instituida en un ente nacional cien por cien iraní **(National Iran Oil Company, N.I.O.C.)**, que será propietario del petróleo en tierra y que «venderá» a un consorcio internacional la mayor parte del crudo (es decir, todo el que necesiten las compañías). El consorcio iraní se forma así:

	%
Anglo-Iranian (desde entonces B.P.)	40
Shell (60 por 100 holandesa y 40 por 100 británica)	14
S.O. New Jersey (USA)	7
Texaco (USA)	7
Mobil (USA)	7
Gulf Oil (USA)	7
S.O. California (USA)	7
C.F.P. (francesa)	6
Grupo Iricon (USA)	5

Las siete hermanas aparecían juntas, según la moda petrolífera de los tiempos: S.O. of New Jersey (actual Exxon), Texaco, Mobil, Gulf, Socal. El grupo **Iricon** resultó del compromiso gubernamental americano de no dar la impresión de que se trataba, más que de un consorcio, de un **cartel** de «grandes»... Constituían inicialmente este grupo las compañías Aminoil, Sohio, Atlantic, Richfield, Signal, Hancock, San Jacinto, Tidewater y Getty.

Bien entendido que el gobierno iraní debía pagar, como indemnización, a la B.P. nada menos que 25 millones de libras por los daños causados por la nacionalización unilateral... La solución de la crisis no podía ser más favorable para las empresas petrolíferas, que consiguieron recuperar el ritmo de producción de 1950 seis años más tarde, alcanzando 33 millones de toneladas.

La actual situación de rebeldía generalizada con predominio del sentimiento religioso anti-Sha tiene su origen en la forma de crecimiento económico desarrollada —brutal, acelerada, parcial— y en el deterioro del patrimonio ético, moral y social de la población, que se ha visto «obligada a desarrollarse» sin la necesaria contrapartida política y social.

EL DESTINO DEL SHA MARCADO CON PETROLEO

Mohammed Reza no se enteró, en 1954, del «acuerdo de participantes» **(Agregate Programmed Quantity)** entre las ocho socias por el que, en definitiva, se comprometían a respetar las condiciones acordadas para restringir la producción e impedir que los precios cayeran por sobreproducción. Esta y otras muchas humillaciones, en Irán y en el resto de los países productores, fueron configurando la necesidad práctica de alzarse contra la manipulación inadmisible de las «siete hermanas» y la influencia de los gobiernos respectivos, todos ellos respaldándolas. Este es el origen de la O.P.E.P., fundada en Bagdad en setiembre de 1960, pero que solamente recibió impulso definitivo después del acceso al poder del coronel Gadafi, en Libia.

Las vicisitudes y cambios habidos en el mundo del petróleo son de todos conocidos, especialmente los que se han producido desde octubre de 1973. En cuanto al Irán se refiere, sin duda que antes de la «crisis» de la guerra árabe-israelí ya había adoptado su ambicioso plan de inversiones en modernización de su economía, en aprovechamiento propio de los recursos petrolíferos y, sobre todo, en armamento militar. Sólo en 1974, el sha encargó armamento por 4.000 millones de dólares, estando en poder en la actualidad del mayor ejército (y más sofisticado) de Asia, solamente comparable al israelí.

La evolución dificultosa de la propia economía de los países productores, desde 1973 ha afectado a Irán, sencillamente por la reducción de los ingresos en «petrodólares», con lo que los gigantescos planes industriales y los designios militaristas se han tenido que ver limitados desde 1976. Irán produce más de 300 millones de toneladas de crudo al año, pero la imprudencia inversora se ha convertido en estrangulamiento e, incluso, en endeudamiento.

La actual situación de rebeldía generalizada con predominio del sentimiento religioso anti-sha tiene su origen en la forma de crecimiento económica desarrollada —brutal, acelerada, parcial— y en el deterioro del patrimonio ético, moral y social de la población, que se ha visto «obligada a desarrollarse» sin la necesaria contrapartida política y social. La rebeldía de Jomeini y sus seguidores

(prácticamente toda la población del país, que es chiita) se orienta a la expulsión del sha y de su dinastía, como personalizador de esta violación de los derechos de la población, en definitiva dueña de sus recursos petrolíferos y soberana para darse a sí misma el adecuado control de sus riquezas. Los manifestantes anti-sha amenazan con boicotear, con el triunfo de su revolución, a los países que apoyan al monarca, precisamente con el embargo petrolífero. Las huelgas se dirigen al sector petrolífero, que es evidentemente el alma de la vida económica y política de Irán. La alarma ya ha sonado en Occidente y nadie considera firme en el poder al sha. La «caída» definitiva del petróleo iraní en las manos de los iraníes preocupa —con razón—, pero no sería más que el resultado lógico e histórico de la larga pugna contra el saqueo y la humillación de las compañías petrolíferas y las potencias que las apoyan.

El resultado de lo que aparece como final inevitable será una nueva crisis de suministros y de precios en el área de los países consumidores, porque ahora no es la sobreproducción lo que caracteriza el mercado y la oferta; ahora es la escasez y la insuficiencia de caudales de crudo para la voracidad occidental. Todos los países, incluyendo los Estados Unidos, dependen en mayor o menor grado del suministro iraní de petróleo. Y no es seguro que pueda ser sustituido a corto plazo por otras fuentes, o que las actuales puedan forzar su producción. La aventura de D'Arcy, a principios de siglo, se prolonga por este último tercio. Irán, fatalmente determinado por su más precioso recurso, continúa siendo víctima de los avatares en torno al control de su petróleo.

■ **P. C. M.**

Todos los países, incluyendo los Estados Unidos, dependen en mayor o menor grado del suministro iraní de petróleo. Y no es seguro que pueda ser sustituido a corto plazo por otras fuentes, o que las actuales puedan forzar su producción. (El gráfico de la parte superior ha sido recogido de «The Petroleum Economist», junio de 1975; en la foto inferior, llaves de las bombas de petróleo, en una refinería de la zona.)

A 60 años de su asesinato:

Luxemburg, una rosa en la tormenta

Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte Rivas

HACE seis décadas, Alemania, ese Estado creado en 1871 por Bismarck, el Canciller de Hierro, sufría su primera gran crisis. La guerra mundial de 1914 le significa la muerte de 1.774.000 soldados, la pérdida de sus ocho colonias y parte de su territorio que es repartido entre Bélgica, Francia, Polonia, Checoslovaquia, Dinamarca y Lituania. Además se establece la ciudad libre de Danzing, el famoso corredor polaco, antigua ciudad de la Liga Hanseática y de Prusia. La política imperialista germana tiene a su vez una respuesta imperialista, y el tablero político-geográfico europeo queda preparado para una nueva confrontación. La cita será en septiembre de 1939. El Tratado de Paz de Versalles, de junio de 1919, es el fertilizante de la guerra que ha de devorar la vida de 55 millones de personas.

En esa Alemania de 1919, Rosa Luxemburg es asesinada. Durante cinco meses su tumba es un canal de Berlín. Había sido detenida una vez más, pero en esta oportunidad no ingresa a prisión. La burguesía alemana, representada en ese momento por un gobierno socialdemócrata de derecha, el de Schiedemann, la teme. Dos semanas antes de su muerte, en su discurso sobre el programa de la recién constituida Liga Espartaco, proclama: «O continuación del capitalismo, nuevas guerras y rápida caída en el caos y en la anarquía, o abolición de la explotación capitalista». Y agrega una frase, que podría ser uno de sus epitafios: «Si el proletariado no cumple sus deberes de clase y hace realidad el socialismo, a todos nosotros nos aguarda la desaparición».

COMO dice Paul Mattick, la Revolución Alemana de 1918 no está dirigida por los partidos y grupos de izquierda, «se trataba estrictamente de un levantamiento político encaminado a acabar con la guerra y a eliminar la monarquía a la que se consideraba responsable de ella. Fue una consecuencia de la derrota militar alemana y no gozaba de seria oposición por parte de la buerguesía y de los militares que les permitió cargar el peso de la derrota al movimiento socialista. Esta revolución situó a la socialdemocracia en el gobierno, aliándose entonces con los militares, a fin de aplastar cualquier intento de transformar la revolución política en una revolución social». Es la socialdemocracia que el 4 de agosto de 1914 vota a favor de los presupuestos de guerra, y que entonces Luxemburg califica de «cadáver hediondo».

Luxemburg se opone a la alianza socialdemócrata-militares, y rechaza las condiciones de paz, pues no son menos imperialistas que la política alemana de 1914. Censura agriamente la «capitulación de la lucha de clases, unión con las respectivas burguesías nacionales para una masacre bélica recípro-

«Krupp —en la imagen— producirá en lugar de cañones fuegos artificiales para Navidad»...

ca». Y en 1918 critica las propuestas de Wilson en los siguientes términos: «... Krupp producirá en lugar de cañones fuegos artificiales para Navidad, la ciudad norteamericana Gary (las acerías más grandes del mundo), será transformada en un jardín de infantes... Y todo esto en virtud de la fórmula mágica de Wilson, el presidente de los multimillonarios norteamericanos; todo esto con ayuda de Clemenceau, Lloyd George y el príncipe Max von Baden...».

Pero sus **pecados** son muchos y la condena previsible. Se lanza también en contra del auge del nacionalismo, que viene a paliar, a diluir, en ese momento histórico sacudido por la Revolución de Octrubre, las contradicciones sociales en cada país: «La idea de la lucha de clases capitula aquí ante la idea nacionalista. La armonía de las clases en cada nación aprece como presupuesto y complemento de aquella armonía entre las naciones que debería surgir de la guerra mundial bajo la forma de 'sociedad de las naciones'. En el momento actual el nacionalismo absorbe todo. Desde todas partes naciones y nacioncitas se presentan a reclamar derechos de constitución en Estado... Polacos, ucranianos, rusos blancos, lituanos, checos, yugoslavos, diez naciones nuevas en el Cáucaso... Los sionistas fundan ya su ghetto palestino, provisionalmente en Filadelfia...».

EL «LUXEMBURGUISMO»

Para Rosa Luxemburg «el socialismo no será hecho ni puede ser realizado por decretos, tampoco por un gobierno socialista por perfecto que fuere. El socialismo debe ser hecho por las masas, por cada uno de los proletarios... En el porvenir deberemos construir, ante todo, el sistema de consejos de obreros y soldados, principalmente, los consejos obreros, y extender ese sistema en todas las direcciones... Los trabajadores deben detentar todo el poder en el Estado... No basta con voltear el poder oficial central y reemplazarlo por un par o algunas docenas de hombres nuevos, como en las revoluciones burguesas. Necesitamos obrar de abajo hacia arriba... No conquistar el poder político desde arriba, sino desde abajo». Esta definición, sobre cómo debe ser construido el socialismo, incita a la Segunda y Tercera internacionales, en diferentes momentos, a responderle con las más duras críticas. Para unos es una bolchevique, para otros una anarquista. Ambas acusaciones, rotuladas de manera peyorativa, si son analizadas ante los hechos de su larga militancia y su extensa obra escrita, no se sostienen. Lusemburg, que mereció ser considerada como el más brillante discípulo del autor de **El Capital** (por supuesto, no era **marxista**), de-

«Las acerías más grandes del mundo serán transformadas en jardines de infancia...» (Vista panorámica de las acerías de Dortmund, en la Cuenca del Ruhr).

tectó con acierto los peligros provenientes de un reformismo claudicante ante los proyectos de la derecha y de un centralismo revolucionario que degenera en dictadura del y para el partido gobernante.

La tan comentada espontaneidad luxemburguista. Si bien es cierto que tenía una confianza ilimitada en las masas trabajadoras («... esta fe estaba unida en su nunca desmentida confianza en la fuerza creativa de la vida», Roland Holst), también es cierto que nunca fue el **apóstol** de la lucha política espontánea. O mejor expresado, confiaba en el desarrollo del movimiento de las masas explotadas, como fruto de su conciencia política, y no como resultado de una táctica partidaria. Es la Internacional estalinizada por Grigori Zinoviev (quien será ejecutado en la URSS en 1936, acusado de trotskista), la que años después de su desaparición, caracteriza así su accionar y pensamiento, es cuando la Tercera Internacional, ante el ascenso del fascismo, hace de la defensa de la Rusia soviética el único asunto de importancia internacional.

Para Luxemburg, dice el teórico francés Daniel Guerin, «espontaneidad y conciencia no son procesos separables, ni mecánica ni cronológicamente, se trata de un desarrollo dialéctico...». La utilización del término espontáneo que hace la líder socialista no tiene nada que ver con la utilización común de la palabra. Lo que resulta insoportable es que afirme que «la vanguardia del proletariado consciente se en-

«... Y todo esto en virtud de la fórmula mágica de Wilson —en la foto—, el presidente de los multimillonarios americanos.»

cuentra en un estado de permanente **devenir**...», cuando los partidos socialistas y comunistas, suponen que la vanguardia es el partido mismo, desde siempre, desde antes de que las masas se incorporen a la lucha.

«Cuando más crece el proletariado en número y en conciencia, tanto menos se justifica que sea sustituido por una 'vanguardia' instruida... La masa se convierte, por así decirlo, en dirigente y sus 'jefes' no resultan otra cosa que 'los ejecutantes, los instrumentos de su acción consciente'». El pensamiento de esta mujer tiene hoy plena actualidad cuando el autoritarismo y el burocratismo son fenómenos que acompañan invariablemente a todos los prcesos revolucionarios, hayan o no conquistado el gobierno o el Estado mismo. En cada país socialista y en los países del Tercer Mundo, inmersos en una actividad de liberación nacional y social, se suelen imponer partidos únicos o frentes únicos, monolíticos, en donde las críticas, de ser aceptadas, siempre son a posteriori, y consolidan **padres de la patria**, los cuales se ubican casi fuera del tiempo y del espacio social. Ante esta situación, un hecho generalizado que merece un profundo análisis, el pensamiento luxemburguista irrita y tiene un valor muy singular: «El alma de las masas contiene siempre dentro de sí, como Thalatta, el mar eterno, todas las posibilidades latentes: calmas chicas mortales y tempestades desenfrenadas, la más abyecta cobardía y el he-

Para Luxemburg, espontaneidad y conciencia no son procesos separables, ni mecánica ni cronológicamente, se trata de un desarrollo dialéctico. (En la imagen, Rosa Luxemburg.)

roísmo más exacerbado... No debe conducirse a las masas laboriosas a la manera como el domador presenta a las bestias feroces, detrás de rejas de hierro, con pistolas y pértigas protectoras en sus manos. El ímpetu de las masas desorganizadas es mucho menos peligroso para nosotros en las grandes luchas que la inconstancia de los jefes».

Para ella el partido no debe proponerse, por encima de las masas obreras o a través de esas mismas masas, establecer su propia dominación: «La Liga Espartaco quiere solamente ser en toda ocasión la parte del proletariado más consciente del fin común, la que, a cada paso del camino recorrido por el conjunto de la amplia masa obrera, le recuerda a ésta la conciencia de sus tareas históricas». Acepta una centralización operativa, pero «no debería basarse ni en la obediencia ciega, ni sobre la subordinación mecánica de los militantes a un poder central». Luxemburg desmitifica el rol hipertrofiado del partido de la clase obrera en el proceso social, y, por ende, sus líderes son arrancados de sus respectivos pedestales: «La

Friedrich Engels y August Bebel, acompañados de Liebknecht, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg, durante una comida de fraternidad en las afueras de Berlín.

historia de todas las revoluciones precedentes nos demuestra que los violentos movimientos populares, lejos de ser productos voluntarios, arbitrarios, de pretendidos 'jefes' o 'partidos', como se lo imaginan el policía y el historiador burgués oficial, son, sobre todo, fenómenos sociales elementales, producidos por una fuerza natural, cuya fuente es el carácter de clases de la sociedad moderna». Es decir, para Luxemburg el partido es el instrumento, es el que recoge los avances de los trabajadores a nivel de su experiencia, su mentalización como clase y su organización, y no al revés.
Es Luxemburg también quien duda de la famosa frase de Marx: «¡Acumulad, acumulad, esta es la ley de Moisés y de los profetas!». Entiende que la economía capitalista se había desarrollado creando la era de los gigantes de la industria, los embriones de las futuras multinacionales. Se percata de que el capitalismo no se estanca. Su obra, **La acumulación del capital**, es de lectura obligatoria para quienes están interesados en la teoría económica de Marx.

A las puertas de su asesinato, diferencia minuciosamente las coincidencias o no entre la revolución rusa de 1917 y la alemana de 1918. Quien será acusada de espontaneísta, no se deja arrastrar por el entusiasmo que produce la presencia indignada de millones de obreros en las calles de Alemania. Logra ver a través de la superficie del proceso y afirma que «el 9 de noviembre se produjo una revolución llena de insuficiencias y debilidades. No hay por qué asombrarse. Fue la revolución sobrevenida después de cuatro años de guerra, después de cuatro años durante los cuales el proletariado alemán, gracias a la educación a la cual lo sometió la socialdemocracia y los sindicatos, ha dado muestras de tal miseria y de tal renegamiento de sus deberes socialistas, que no podríamos hallar su equivalente en ningún otro país... Los acontecimientos del 9 de noviembre fueron en sus tres cuartas partes, no la victoria de un principio nuevo, sino el derrumbe del imperialismo existente...». Opinaba que había «leyes de bronce de la revolución», y no confundía a un estallido con miras

Clara Zetkin, quien fuera amiga y compañera de Luxemburg, dice que ella «vivía una indomable voluntad. Dueña de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu la llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, y no perdía jamás su aspecto sereno e imparcial». (Clara Zetkin, hacia 1930.)

Insiste hasta el último día de su vida que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». (Espartaquistas en las calles de Berlín.)

a la creación de una nueva situación social, con un estallido provocado por la derrota y la desesperación. Insiste hasta el último día de su vida que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos» (Marx).

«LULU QUERIDISIMA»

Clara Zetkin, quien fuera amiga y compañera de Luxemburg, dice que ella «vivía una indomable voluntad. Dueña de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu la llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, y no perdía jamás su aspecto sereno e imparcial...». Ya antes de su muerte Luxemburg se había convertido en una personalidad muy influyente, y sus camaradas, sorprendidos por su imprevisto fin y abocados a la labor de fortalecer la Liga Espartaco, ofrecen una imagen pública apropiada para los textos escolares: «Acostumbraba a dominarse a sí misma, podía disciplinar y dirigir el espíritu de los demás... Su corazón estaba abierto a todos los dolores humanos. No carecía nunca de tiempo ni de paciencia para escuchar a cuantos acudían a ella buscando ayuda y consejo. Para sí, no necesitaba nunca nada, y se privaba con gusto de lo más necesario para dárselo a otros». Como está visto, se habla de ella como de un inalcanzable modelo a seguir, algo así como una **imagen para vender.** Es así como la **momificación ritual** —fenómeno literalmente cierto con los cadáveres de Lenin y de Mao, o las manos del Che Guevara (el cadáver de Stalin fue posteriormente incinerado)—, origina la desaparición viva y concreta de estas personalidades, y las nuevas generaciones, suelen tener sólo un contacto **vertical** y no **horizontal** con aquellos que son los protagonistas y responsables directos de la historia contemporánea. Sus obras y sus vidas son enceradas cuidadosamente e iluminadas como las salas de los grandes museos, esos que son visitados diariamente por los turistas-guiados. Algunos de ellos dicen luego que las postales están mejor coloreadas que el original.

Por ello es que intentaremos que Rosa Luxemburg sea la encargada de explicarnos, aunque sea parcialmente, quién era Rosa Luxemburg, y para cubrir este objetivo utilizamos párrafos de una carta que enviara desde la cárcel: «Lulú, queridísima: Ayer se recibió para mí en Berlín una citación judicial por falta de comparencia, de la cual no dejarán de lloverme unos cuantos meses más de cárcel. Hoy se cumplen justamente los tres desde que me confinaron aquí, en la tercera etapa... Perdóname, querida, que te haya hecho esperar tanto tiempo por la contestación, pero acabo de pasar un corto período de decaimiento lamentable. Hemos tenido varios días de un viento glacial, y me sentía tan poca cosa, tan débil, que no osaba salir de mi jaula, temerosa de sucumbir al frío. En tal disposición, esperaba, naturalmente, con cierta impaciencia nostálgica, recibir una carta cordial y tierna; pero por desgracia, mis amigos esperan siempre que el impulso, la señal, parta de mí. A nadie se le ocurre la idea de escribirme espontáneamente —a excepción del buenísimo Hans—; pero también él debe estar cansado de escribir... Ya estoy otra vez alegre y de buen humor, y sólo me faltas tú para reír y charlar como sólo nosotras sabemos hacerlo... ¿Te acuerdas la noche aquella en que, de vuelta de casa de Bebel, ejecutamos un concierto en plena calle, a medianoche, croando a tres voces? Recuerdo que me dijiste que a mi lado te sentías algo alegre, como si hubiéramos bebido champagne. Esto es precisamente lo que me gusta de ti, que yo pueda ponerte de ese humor de champagne, en el que la vida nos

baila por el cuerpo y se sienta una dispuesta a cometer cualquier locura... Tienes la cabeza llena de preocupaciones por la historia del mundo, que va de capa caída, y el corazón henchido de suspiros ante el lamentable espectáculo que están dando los Scheidemann y sus secuaces... Yo puedo apenarme cuando Mimí está enferma o vosotros no estáis bien. Pero cuando el mundo entero se sale de quicio, lo único que me preocupa es saber el qué y el por qué de lo que ocurre, y desde el momento en que sé qué he hecho lo que tenía qué hacer, recobro la tranquilidad y el buen humor. 'Nadie está obligado a más de lo que puede'. Además, todavía me queda todo cuanto hasta hace poco era para mí motivo de satisfacción: la música y la pintura, las nubes y la herborización en primavera, y los buenos libros, y Mimí y tú, y muchas otras cosas más; en fin, que soy tan rica como Creso y confío serlo hasta el último instante de mi vida... Los petirrojos me hacen fiel compañía ante mi ventana; ya conocen muy bien mi voz y parece que se complacen en oírme cantar. Ultimamente les canté el aria de la Condesa de las Bodas de Fígaro; había seis, por lo menos, acurrucados en el matorral frontero a mi ventana, y me escucharon hasta el fin, inmóviles...».

Nació cerca de Lublin, el 5 de marzo de 1871 o de 1870. Su familia es una de las tantas familias judías polacas de la época. Se trasladan a Varsovia, y allí estudia en el Segundo Gimnasio Femenino. A los 17 años de edad se incorpora al Partido Socialista Revolucionario. Un año después, en 1888, emigra a Zurich, donde estudia ciencias naturales y economía política. Allí se relaciona con los emigrados polacos y rusos. En 1893 participa en el Congreso de la Segunda Internacional; interviene en sus deliberaciones. Contrae matrimonio con Gustav Lübeck, con el fin de obtener la ciudadanía alemana. En 1898, en Berlín, forma parte de la socialdemocracia. En noviembre de 1905, cuando se impone la tendencia de izquierda en el Congreso de Jena, ingresa a la redacción de **Vorwärts,** órgano oficial del partido. Viaja a Varsovia, para participar de las movilizaciones populares contra el Zar, y en 1906 es arrestada. Un año después es nombrada profesora de economía de la escuela partidaria en reemplazo de Hilferding. A fines de 1912 publica su libro más conocido, **La acumulación del capital,** que despierta las más variadas críticas. Un año después, ante el peligro de guerra, pronuncia un discurso pacifista en Frankfurt del Main. Esto le significa ser condenada a un año de cárcel. La pena es suspendida por la fragilidad de su salud. Rompe con los socialdemócratas en 1914, cuando éstos apoyan la guerra. En el período que va de febrero de 1915 a noviembre de 1918, exceptuando cinco meses, es encarcelada. Muere a los 48 años de edad el 15 de enero de 1919.

Para Lenin, «a pesar de sus errores» había sido y seguía siendo un águila. Para Enriqueta Roland Holst tenía una fe mística en las masas revolucionarias. Para Daniel Guerin la búsqueda de Rosa Luxemburg ha quedado interrumpida, en el plano de la teoría como en el de la práctica. Para Franz Mehring es la más brillante continuadora de Marx. Para Trotsky su teoría de la espontaneidad fue un arma saludable contra el mohoso aparato del reformismo. Para Paul Frölich las críticas del stalinismo contra ella es la expresión de una mentalidad burócrata de Estado y partido. Para Michel Colinet murió antes de poder comprobar hasta qué punto los errores que había denunciado proliferaron, hasta el punto de hacer de Rusia la sede de la contrarrevolución stalinista. Para Georg Lukacs comprendió tempranamente, que la organización es mucho más una consecuencia que una condición previa del proceso revolucionario. Para Gramsci la dirección política del proletariado y la espontaneidad de las masas no se contradicen. Finalmente, la stalinista Ruth Fischer, dice que su influencia es un bacilo de sífilis. ■ **R. L. S. y H. A. R.**

«Cuando más crece el proletariado en número y en conciencia, tanto menos se justifica que sea sustituido por una «vanguardia» instruida... La masa se convierte, por así decirlo, en dirigente y sus 'jefes' no resultan otra cosa que los ejecutantes, los instrumentos de su acción consciente.» (En la foto, Karl Liebknecht, socialista alemán asesinado en Berlín en 1919.)

Cuando la religión se convierte en opio:

Misticismo y genocidio

•El Reverendo Jim Jones y sus fanáticos californianos

Alvaro Custodio

A California, el **Golden State,** *la región bálsámica por antonomasia —menos cuando llueve a cántaros o sopla el ventarrón de Santa Ana o hace el frío que ahora padecemos— se suele ir como los conquistadores españoles en busca de El Dorado, tierra prometida, pero hay quien huye de ella como alma que lleva el diablo. Así hizo el reverendo Jim Jones y los feligreses de su secta,* **The People's Temple of the Disciples of Christ** *(El Templo del Pueblo de los Discípulos de Cristo) al trasladarse a un pequeño país sudamericano situado en la línea equinoccial para fundar una colonia agrícola lejos de los ghettos, la discriminación, los asaltos y violaciones que caracterizan a la vida californiana. Tal sería el justificante sociológico del genocidio cometido en nombre de Jesucristo en la Guayana, colonia británica hasta pocos años. Para millones de norteamericanos —especialmente quienes pertenecen a las minorías mexicanas, negra y asiática— la existencia en el país más rico y desarrollado del mundo no es precisamente la que pintaban los poetas en la Arcadia feliz. Ninguno de ellos disfruta de las ventajas con que cuentan los anglos, raza privilegiada, aunque sea cada vez mayor el número de éstos que se siente identificado con los discriminados.*

El genocidio de Guayana no se entendería si se analizara solamente con el prisma de la injusticia social en una nación super-capitalista. (Foto del campamento de Jonestown, pocos días antes del suicidio colectivo).

EL genocidio de Guayana no se entendería si se analizara solamente con el prisma de la injusticia social en una nación supercapitalista. Un número no insignificante de los sacrificados había renunciado de **moto propio** a sus bienes materiales, en ocasiones cuantiosos, en beneficio de su congregación a cambio de una promesa: la Gloria Eterna, morada de los ángeles y de los justos. La forma de llegar a tan maravilloso lugar ha sido terrible: asesinados por los esbirros de su **padre espiritual,** o arrojando espumarrajos por la boca en medio de espantosas convulsiones provocadas por el veneno ingerido a la mayor gloria de Dios. Quizá sólo los que vivimos en California podamos explicar el fenómeno místico que ha llevado a tan monstruosa muerte a cerca de 1.000 fanáticos, arrastrando, además, a un diputado californiano y a cinco corresponsales de la televisión y la prensa de Los Angeles y San Francisco; más de 185 eran niños menores de 15 años. Ya he señalado en anteriores crónicas el increíble grado de incultura, palurdismo y atraso de la sociedad californiana y el alto nivel de peligrosidad que se respira en sus ciudades.

Dudo que exista un conglomerado humano como el de Los Angeles donde se amontonen con peor gusto y ostentación tantos religiosos, masónicos o seglares de simple meditación.

Por si ello fuera poco, los periódicos anuncian cada semana en algún teatro o estadio deportivo la presencia de un orador sagrado —también se hacen llamar «filósofos del siglo XX»— que prometen la panacea, como desvelar los misterios de la metafísica, el contacto con un Ser Superior y la salud a través del magnetismo, etc. Excusado es decir que esos estadios y teatros se llenan hasta el tejado, porque la mayoría de los norteamericanos no saben por dónde andan, ni lo que pisan, ni lo que pasa a su alrededor: el afán de amontonar dinero o la extrema necesidad de ganarlo no les deja un minuto libres para pensar en sí mismos. Este pueblo tan pragmático y utilitario necesita contar con una programación dictada por alguien para encauzar su conducta cotidiana y vincular su conciencia con alguna divinidad. El escéptico, el agnóstico o el ateo es automáticamente repudiado por la sociedad norteamericana y le resultará casi imposible abrirse paso en ella. El marxismo o cualquier otra doctrina revolucionaria se identifica con el mal y el pecado. Por una parte, negar a Dios y su Gloria eterna no sólo es **shocking**, sino subversivo. Ted Patrick, un enemigo del sectarismo o atomización religiosa que viajó desde San Diego a Washington para advertir a las autoridades sobre el peligro de los oradores sagrados improvisados, fue dos veces encarcelado por conducta antirreligiosa.

Por otro lado, ofrecer la felicidad en este planeta a los desheredados, que son la mayoría, como pretenden las teorías materialistas, a través de una justicia distributiva suena a música de viento en los oídos norteamericanos. La justicia social no ha sido nunca la meta del estadounidense medio cuyo individualismo es casi zoológico. Aquí hay multimillonarios, una clase media acomodada y otra de medio pelo; los que no son capaces de llegar a uno de esos estratos sociales se consideran inadaptados o mendigos. Nadie piensa en cambiar ese estado de cosas, porque el ciudadano de este país tiene la mente fija en un solo punto: hacer dinero para llegar, si es posible, a multimillo-

El norteamericano desconfía profundamente de los políticos, pero se entregan con los ojos vendados y se dejan intoxicar sensualmente por cualquier orador sagrado como Jim Jones o el más famoso de todos, Billy Graham —en la foto—, quien arrastra multitudes, gran amigo y sostenedor de Nixon, aunque el ex presidente sea cuáquero y Graham ministro de la Iglesia Bautista del Sur.

El reverendo Jim Jones tuvo cordial correspondencia con la Primera Dama de la nación y con Mondale, vicepresidente de la Unión Americana. (En la *fotografía, de derecha a* izquierda, el Presidente Carter, Rosalynn Carter Joan y Walter Mondale).

En los Estados Unidos siguen proliferando los hambrientos de justicia y de misterio dispuestos a embarcarse por ignorancia y falta de imaginación en el burdo magnetismo de una fe administrada por un charlatán con carisma y cierta atracción sexual como esos dos, inspiradores de bárbaros asesinatos, Charles Manson (en la foto) y Jim Jones.

nario. Si se le quitara este incentivo en nombre de una mayor justicia social administrada, por ejemplo, por un Estado socialista, todo el dinamismo de la economía nacional se vendría abajo. De ahí que se venere la libertad como al gran mogol, porque sólo con ella puede atesorarse la fortuna de un Rockfeller, un Morgan, un Getty o un Al Capone.

Los países capitalistas poco desarrollados culturalmente como los Estados Unidos —su gran desarrollo es tecnológico, pero no humanístico— siguen siendo adictos al principio religioso de que la felicidad absoluta no se alcanza hasta que el alma se desprende, por intercesión de la muerte, de su impureza terrenal. Para lograrlo no se necesitan los músculos ni la voluntad de llegar a la meta como en la lucha por la vida, sino que basta con afiliarse a una secta de las quinientas que funcionan en el país. Los más ricos y la clase media acomodada, que forman, sin duda, el grupo mayoritario y dirigente de la nación, no arriesgan su alma con pequeñas iglesitas como la de Jim Jones, sino que escogen los dogmas más acreditados y de mayor solvencia: metodista, episcopal, bautista, luterano, presbiteriano, cuáquero, mormón, católico, sin olvidar a los no cristianos, como los judíos, musulmanes y budistas. En país tan enorme y tan poblado hay espíritus de todas clases, pero los más impacientes y peor tratados muestran su disconformidad inscribiéndose en las innumerables sectas que ofrecen paraísos para bobos, como **The People's Temple of the Disciples of Christ**, fundada hace algunos años por el reverendo Jim Jones. En un país europeo se habrían afiliado a cualquiera de los partidos de izquierda o combatirían por sus derechos desde un sindicato de orientación socialista, comunista o anarquista. El norteamericano desconfía profundamente de los políticos, de sus partidos y sus primesas —en las elecciones del 7 de noviembre pasado sólo votó un 35 por 100 del electorado—, pero se entregan con los ojos vendados y se dejan intoxicar sensualmente por cualquier orador sagrado, como Jim Jones o el más famoso de

Quizá sólo los que vivimos en California podamos explicar el fenómeno místico que ha llevado a tan monstruosa muerte a cerca de 1.000 fanáticos. (En la imagen, un hombre aparece con una careta antigases durante el recorrido por el campamento del Templo del Pueblo de Guayana, donde se encuentran los cadáveres de los miembros de la secta).

Eric Fromm —en la fotografía— señala en su famoso estudio «Escape from Freedom» que la mayoría de los humanos aspiran a que su conciencia esté siempre sometida a un ser supremo o un déspota, porque no saben ser libres.

todos, Billy Graham, quien arrastra multitudes, gran amigo y sostenedor de Richard Nixon: aunque el ex-presidente sea cuáquero y Graham ministro de la Iglesia Bautista del Sur.

La condición esencial para salvar el alma con plenas garantías consiste en sostener generosamente la congregación religiosa a la que el norteamericano ha decidido pertenecer; la otra condición es que asista a los sermones del predicador de turno y entone en su caso cánticos a la divinidad a coro con los otros feligreses, casi siempre desentonados. El reverendo Jim Jones no sólo pedía a quienes aspiraban a formar parte de su congregación, fundada en la ciudad de San Francisco, California, que escucharan sus sermones, en ocasiones de seis horas, sino que consagraran todas sus energías más todas sus propiedades y pertenencias al Templo del Pueblo de los Discípulos de Cristo. Maravillosa tenía que ser la descripción del paraíso que prometía a sus oyentes para que cerca de mil creyentes le entregaran su vida en medio de terribles convulsiones provocadas por el veneno que les ordenó ingerir, o se dejaran asesinar sin resistencia por los esbirros del fatídico nigromante. Si esa tragedia hubiera acontecido en un país de origen latino, eslavo, árabe o asiático, la propia prensa norteamericana le habría dedicado una simple mención como un producto de la superstición y el subdesarrollo de tan exóticas regiones. Aunque el suceso ha ocurrido en un diminuto país semicolonial de población mixta —indios y negros—, las víctimas y sus asesinos son exclusivamente norteamericanos, en su mayoría de California.

O sea, que a pesar de las grandes autopistas de asfalto que atraviesan ciudades con sus impresionantes rascacielos, sus fábricas gigantescas, sus universidades —más de 4.000 en todo el país— y sus lujosos centros comerciales que han hecho de los Estados Unidos el país más rico y poderoso de la historia, siguen proliferando los hambrientos de justicia y de misterio dispuestos a embarcarse por ignorancia y falta de imaginación en el burdo magnetismo de una fe administrada por un charlatán con carisma y cierta atracción sexual como aquel predicador negro ya fallecido que se hacía llamar **Father Dicine** (Padre Divino), y esos dos blancos, inspiradores de bárbaros asesinatos, Charles Manson y Jim Jones. La televisión no sólo prodiga a los oradores sagrados que compran su tiempo para conseguir adeptos, sino que el 90 por 100 de sus programas se dedican a exponer por diversos medios casos de asesinatos, muertes, luchas, pandillas de gángsters, ladrones, terroristas, etc. Buenos y malos en constante pugna, aunque lo de **buenos** no pase de eufemismo. Llega a parecer casi natural que quienes querían escapar a un medio tan hostil y agresivo se dejaran convencer por un mediocre comediante que recitando el Evangelio les propusiera fundar una especie de falansterio en una tierra idílica sin prejuicios discriminatorios a muchas millas de California. ¿Cómo permitió el gobierno de la Guayana que se instalara allí un gángster con sus pistoleros para explotar a un rebaño de infelices? Porque el reverendo Jim Jones, durante su estancia en California, se codeó y retrató varias veces con el subgobernador de California, Dimally, y con el alcalde de Los Angeles, Bradley, y tuvo cordial correspondencia con la Primera Dama de la nación y con Mondale, vicepresidente de la Unión Americana. Incluso el subgobernador Dimally, de raza negra, visitó el falansterio de Jim Jones, para el que tuvo elevados conceptos antes de la tragedia. El título gratuito de reverendo —Jones era bachiller en Educación por la Universidad de Butler en Indianápolis— y el noble propósito de salvar almas, abre las puertas de todas las casas y se gana la confianza de todos los norteamericanos, aunque oculte la conciencia de un asesino o un paranoico.

Eric Fromm señala en su famoso estudio **Escape from Freedom** que la mayoría de los humanos aspiran a que su conciencia esté siempre sometida a un ser supremo o un déspota porque no saben ser libres. Esto le ocurre a una considerable parte de los norteamericanos, entre ellos esos centenares de crédulos

que se trasldaron a la Guayana para suicidarse en masa, no como los defensores de Numancia o de Massada que han inspirado a grandes poetas, sino para huir del pecado, del desprecio social y alcanzar con la muerte la eterna felicidad. Para Jim Jones una simple operación de limpieza que se suele llamar «lavado del cerebro». ■ **A. C.**

POSTDATA.—*Me encontraba bajo los efectos de la terrible impresión que esta tragedia me ha producido cuando fui invitado por unos amigos norteamericanos a celebrar en su casa el tradicional* **Thanksgiving Day** *(Día de Acción de Gracias), en que todas las familias se sientan a comer pavo asado y pastel de calabaza en recuerdo del* **Mayflower**, *primer barco de peregrinos llegado a Nueva Inglaterra en el Este de los hoy Estados Unidos para colonizar las nuevas tierras vírgenes. Planteé de inmediato el terrible suceso que llenaba las páginas de todos los periódicos, pero mis amigos dedicaron menos de cinco minutos a comentarlo. No era tema de conversación.*

Los países capitalistas poco desarrollados culturalmente como los Estados Unidos —su gran desarrollo es tecnológico, pero no humanístico— siguen siendo adictos al principio religioso de que la felicidad absoluta no se alcanza hasta que el alma se desprende, por intercesión de la muerte, de su impureza terrenal. (El trágico escenario del suicidio colectivo, con el bidón que contuviera el «refresco» envenenado en primer término).

Noviembre de 1918:

Europa entre la guerra y la revolución

José María Solé Mariño

MIL cuatrocientos días de guerra. Casi nueve millones de muertos. Más de veinte millones de heridos, muchos de ellos irrecuperables. Utilización de nuevos métodos de muerte: las trincheras y los gases asfixiantes. El día 11 de noviembre de 1918 se firma el armisticio que pone fin a la primera guerra mundial. Es definitivamente el final de un mundo. Un mundo que para muchos significó el punto más alto de cultura, bienestar y tranquilidad material y espiritual, mientras que para la mayoría no fue más que una época que institucionalizó la explotación más vergonzosa y la hipocresía más sutil como formas de vida y organización social. Noviembre de 1918 es, pues, una fecha clave. Desaparece aquel mundo acerca del cual Winston Churchill escribió que «en su ocaso era bello de vivir», y en su lugar comienzan a reinar la inseguridad y el miedo. A finales de 1918, Europa arde en revolución. De todos los focos que estallan sobre el continente, solamente la rusa se mantendrá con vida. La aparente paz que se disfruta no es más que el telón de fondo para toda la serie de preparativos necesarios para otra guerra. Veinte años de Historia de Europa observarán las sucesivas convulsiones que acabarán por conducirla, una vez más, al incendio de otra contienda general.

REVOLUCION EN ALEMANIA

En 1917, el káiser Guillermo II había anunciado que no conocía ni izquierdas ni derechas, sino solamente a patriotas alemanes. Pero de hecho, durante los cuatro años largos de guerra, el jefe supremo de los ejércitos, el mariscal Luddendorf, había establecido en el país una verdadera dictadura militar de carácter reaccionario, que solamente en los últimos meses, y en previsión de la derrota, fue abriendo paso a los partidos políticos, hasta entonces apartados de los centros de decisión. A principios de noviembre de 1918, el Ejército elemán controla todavía la totalidad del territorio nacional y ocupa más de la mitad de la extensión de Bélgica. Por eso precisamente sorprende al pueblo alemán el anuncio del armisticio solicitado por el Gobierno a los aliados, lo que viene a representar la derrota sin condiciones. Los altos mandos militares, encabezados por Luddendorf y Hindemburg, quisieron que fuese un Gobierno civil el que solicitase el armisticio para que el prestigio del Ejército quedase a salvo. Los aparentes éxitos militares no respondían a una realidad exacta. El derrumbamiento del potente Ejército era solamente cuestión de semanas. El Gobierno formado por el príncipe Max de Baden, formado bajo presión del Alto Estado Mayor, cargará así con las responsabilidades y a partir de este momento nacerá la falsa leyenda de la **puñalada por la espalda** asestada al heroico Ejército alemán por la clase política.

Pocos días antes, la insurrección había prendido entre los marinos del puerto de Kiel, que se negaban a marchar al combate. La rebelión se extiende al Ejército, lo que hace que la oficialidad pierda el control de la tropa mientras comienzan a formarse los primeros consejos o **soviets** de marinos y soldados, a los que se unrían en seguida los obreros. La revolución recorre Alemania, desde los puertos militares del Báltico y del Mar del Norte hasta Berlín y Baviera. Los cabecillas comunistas de extrema izquierda, los **espartaquistas**, que persiguen la idea de la implantación de un Estado proletario, partiendo del sistema burgués caído y aprovechando las circunstancias del momento que parecen propiciar el cambio, dominan los consejos de soldados y marinos, que por ello alcanzan una mayor radicalización. Los consejos de obreros, sin embargo, están en manos de la socialdemocracia mayoritaria en el **Reichstag**, por lo que la fusión de unos y otros habría de conducir finalmente al control de la mayor parte del movimiento revolucionario por parte del Gobierno. A mediados de noviembre, la paz, primera reivindicación de los revolucionarios, es sustituida, una vez firmado el armisticio, por exigencias sociales y políticas, entre las que destaca la abdicación del emperador. Guillermo II se niega en un principio, pero debido a la situación se ve obligado a ceder y marcha del país para acogerse a la hospitalidad holandesa. Al caer el Im-

perio, Max de Baden renuncia a su cargo de canciller y es sucedido en el cargo por el socialdemócrata Ebert, para quien la mayor preocupación estriba en debilitar la revolución y evitar que ésta caiga en manos de los comunistas, que en algunos momentos parecen estar a punto de acceder al poder apoyándose en las masas. Pero a pesar de la gran influencia de los **espartaquistas**, la mayor parte de la clase obrera alemana continúa siendo fiel a la socialdemocracia, que ya hacía años que había escogido el camino del reformismo abandonando la senda revolucionaria, a la que el propio Ebert temía más que a nada. Los mismos socialistas, como harán sus correligionarios austríacos, serán los últimos en aceptar la proclamación de la República —que alzará a Ebert hasta la Presidencia— y harán todo lo posible por la perduración del sistema imperial asentados ahora sobre bases democráticas. Pero van a ser rebasados por los acontecimientos y a la hora del vacío estarán solos sobre la cresta de la ola, llevando a demás sobre sus espaldas la injustificada culpa de haber traicionado al Ejército, espejo en el que se miran todos los alemanes.

A fines del año dieciocho, las promesas del Gobierno sobre mejoras en las condiciones de vida del proletariado no obtienen los resultados previstos, y una fracción importante de los consejos no consigue ser dominada por los socialdemócratas, por lo cual el Ejército, enviado por el Gobierno, se ve obligado a enfrentarse a las manifestaciones comunistas que diariamente imponen su ley en las calles. El Gobierno socialdemócrata, al aplastar la revolución adopta decididamente el partido de las clases más conservadoras de Alemania y la extrema derecha se coloca definitivamente enfrente de los poderes constituidos. Para los primeros días de febrero de 1919 está anunciada la apertura de la Asamblea Nacional que habrá de redactar la nueva Constitución que rija la vida de la nueva República. Las sesiones tendrán lugar en Weimar, ya que Berlín en esos momentos no es más que un campo de batalla.

En el verano de 1914, la muerte del Archiduque de Austria, en Sarajevo, constituye el detonante que va a dar principio a la Primera Guerra Mundial. (En la fotografía, los sarcófagos del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, trasladados a Austria desde Bosnia, a través de un puente de barcazas).

y a las pocas semanas desaparecen los focos revolucionarios en todo el territorio alemán.

EL CASO DE BAVIERA: LA CRISIS DEL FEDERALISMO

El día 8 de noviembre había sido proclamada la República en Munich, con anterioridad pues al cambio de régimen en Berlín. El movimiento revolucionario bávaro, además de los componentes socioeconómicos que toda conmoción de esta clase conlleva, tiene una especial significación y unos fines concretos: lograr la separación de Baviera del Imperio alemán. La fragilidad del gran montaje político ideado por Bismark se evidencia aquí de la forma más palpable. Encabezada por Kurt Eisner, socialista utópico, la recién nacida República bávara cuenta con el apoyo de la burguesía católica, deseosa de sacudirse del predominio de la Prusia lejana y protestante. Es

La gran huelga general revolucionaria ha comenzado el día 6 de enero. El levantamiento espartaquista coincide con ella. Los enfrentamientos arrojan sangrientos saldos de víctimas, y la reacción no tarda en llegar. Los muertos ascienden a varios millares. La mayor parte de ellos debido a la acción de la policía y las fuerzas militares. Rosa Luxemburgo, la teórica del marxismo, y el ex diputado Karl Liebnecht, cabecillas del movimiento **espartaquista**, son asesinados en un parque público por oficiales de la derecha, después de haber sido sacados de la prisión donde se encontraban arrestados. Este es el momento culminante de la revolución. A partir de aquí, el movimiento cede en intensidad

El príncipe heredero de Baden forma gobierno en Alemania cuando el desastre en la guerra es inminente y los militares se retiran del poder. (Retrato del príncipe Max de Baden, último Canciller del Imperio).

el momento de la gran crisis del federalismo alemán, y la oportunidad de crear un Estado progresista pero no revolucionario en el corazón de Europa. Pero en febrero de 1919, Eisner será asesinado en la calle por un aristócrata extremista de derecha y la situación se radicaliza. Los consejos de obreros y soldados rompen la alianza con las clases burguesas y las masas toman el poder. Mientras el escritor Heinrich Mann pronuncia el elogio fúnebre del idealista que fue Eisner, se proclama la República Soviética de Baviera, precursora de la húngara, y nacida como ella por el ejemplo de Rusia. Los desmanes de los nuevos dirigentes y su inexperiencia política —un poeta, Toller, es nombrado jefe del Ejército— deciden al Gobierno de Berlín a intervenir de forma definitiva. La socialdemocracia, que de acuerdo con las clases dominantes ha aplastado la revolución en el resto del país, se unirá ahora a las peticiones de ayuda de la burguesía bávara, atemorizada ante el cariz que toman los acontecimientos. La represión que sigue a la entrada de las tropas del Gobierno en Munich es espantosa y a partir de ese momento, con sus organizaciones obreras extremadamente debilitadas, la capital de Baviera se convertirá en el centro de todos los movimientos reaccionarios nacidos en Alemania y enfrentados al Gobierno constitucional de la República.

Los acontecimientos del invierno de 1918-19 tendrán como consecuencia principal la definitiva toma de posición de los distintos niveles de las clases medias alemanas acerca del peligro bolchevique. El temor que éste les produce y la terminante decisión de oponerse a él con todas sus fuerzas determinarán en los años siguientes la aparición y el ascenso del nazismo, considerado como barrera anticomunista por una buena parte de los niveles medios y altos de la sociedad alemana. Durante las jornadas revolucionarias de Munich, un cabo que había resultado herido por gases durante la guerra se recuperaba en el hospital militar. La enfebrecida mente de Adolf Hitler comienza a desarrollar la idea de evitar en el futuro la repetición de acontecimientos como aquéllos. El nazismo está en marcha.

Karl Liebchnet —en la foto— es, junto con Rosa Luxemburgo, el máximo lider del movimiento espartaquista, que durante los meses que siguen al final de la guerra dirige los grandes movimientos obreros en la Alemania derrotada.

LA CUNA DEL FASCISMO

La firma del armisticio italo-austríaco el día 4 de noviembre, únicamente sirve a la destrozada Italia como apoyo moral, pero no va a solucionar los graves problemas contraídos por el país durante la guerra que ha causado centenares de muertos italianos y más de medio millón de heridos, además de las enormes deudas contraídas con los gobiernos anglosajones. En las conferencias de paz, Italia será tratada injustamente en sus reivindicaciones territoriales. Poco partidaria de entrar en la contienda, Italia decide su intervención ya en abril de 1915, y tras el desastre económico que sigue a la victoria, el país sufre una de las convulsiones sociales más fuertes que en esos días se suceden en el continente. A la baja del rendimiento industrial en las zonas del Norte, las fuerzas proletarias hacen frente a la amenaza de la inflación y del paro por medio de movimientos revolucionarios similares a los de Rusia, faro y guía en aquel momento del proletariado europeo, que había sido la capa social que había sufrido con más dureza las consecuencias de la guerra, tanto desde un punto de vista humano como material. En Italia,

paralelamente a las huelgas que se suceden en los centros industriales, los campesinos del Sur realizan por su cuenta una especie de reparto de tierras. El temor de las clases dominantes, la aristocracia terrateniente, la alta burguesía y los grandes industriales, es la posible unión de estas dos fuerzas desatadas en revolución. La alianza de obreros y campesinos hubiera podido crear en Italia una situación no muy diferente de la que derribó al régimen zarista el año anterior. Centrándonos en la Europa occidental, lo que diferencia el caso italiano del alemán es la inexistencia en la península de grupos de ataque de la extrema izquierda, equiparables a los **espartaquistas.** Y esa razón fue principalmente la que impidió la extensión y la profundización del movimiento revolucionario. La revolución contaba en Italia con muchos factores a su favor, pero le faltó uno decisivo: el empuje. Tampoco el tiempo ayudó a los revolucionarios italianos. Inmediatamente después de finalizada la guerra, los países occidentales intentaron por todos los medios apartar el peligro de nuevas Rusias, ya que los ejemplos de Petrogrado, Munich, Berlín y Budapest fueron suficientes para hacerles adoptar una firme oposición en contra de cualquier revolución naciente. Benito Mussolini, antiguo miembro del partido socialista, ya por los meses finales de 1918 escribe furibundos artículos en periódicos de extrema derecha. Poco tiempo ha de pasar hasta que consiga reunir a su lado a los despechados, a los marginados sociales y a los idealistas frustrados que, formados en bandas armadas, terminarán siendo financiados por los grandes industriales, que las utilizarán como freno a los excesos de la izquierda. Tras haber impuesto su ley en las calles, menos de cinco años más tarde, el acceso de los fascistas al poder inaugurará el **ventenio,** durante el cual se procederá a desmontar el tinglado de la moribunda y corrompida democracia del **Risorgimento,** que será sustituida por una dictadura personal con grandes ribetes de paternalismo autoritario. En los meses que siguieron a la terminación de la guerra, las agitaciones revolucionarias se extendieron a la casi totalidad de los países del continente, incluso a sistemas tan estables como Suiza y Holanda. La reacción de los gobiernos burgueses dependió en cada caso de la magnitud de los movimientos, pero creó entre la población un temor a la izquierda que tendría como consecuencias las posiciones autoritarias que aparecerían en los años posteriores, incluso dentro de los regímenes democráticos que nunca estuvieron de forma cierta amenazados por la revolución. 1919 será el año que verá el fin del peligro revolucionario en Europa. Para entonces ya estarán prácticamente sentadas las bases de otro movimiento general: la reacción se instalará en el continente con ánimo de sobrevivir mil años.

Las milicias populares se adueñan del poder en Munich durante la República Soviética Bávara. La primera experiencia colectivista en la Europa occidental e industrializada terminará en medio de una sangrienta represión.

LAS NUEVAS NACIONALIDADES: EL IMPERIO RUSO

En los primeros días del año 1918, el presidente norteamericano Wilson expone sus célebres **Catorce puntos**, entre los que destaca el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos. Siguiendo esta idea, el final de la guerra hará posible la independencia de una serie de nacionalidades que se mantenían bajo el dominio extranje-

En la Italia convulsa de la inmediata postguerra, Benito Mussolini comienza a aglutinar los grupos de lucha antidemocrática. (Fotografía de Mussolini joven).

ro, sojuzgadas por los sistemas imperiales de Rusia y de Austria-Hungría.

En el mes de marzo de 1917, cuando la primera revolución rusa arroja del poder a Nicolás II y lleva al Gobierno provisional a los partidos socialdemócratas y burgueses, la primera nacionalidad incluida hasta entonces dentro del sistema imperial zarista que obtiene un reconocimiento a su propia autodeterminación es Finlandia. Los representantes de las legítimas tradiciones políticas de Finlandia obtienen del Gobierno revolucionario la garantía de una completa independencia, y en diciembre de ese mismo año de 1917, los bolcheviques en el poder reconocen la independencia total de Finlandia como Estado soberano. Entre enero y mayo de 1918 estalla la guerra civil. El **Consejo Popular,** constituido por los bolcheviques finlandeses tras la declaración de independencia efectuada ante la debilidad del Gobierno de Moscú, se enfrenta al Ejército blanco, comandado por el general —y más tarde mariscal— Gustav Mannerheim, apoyado por unidades alemanas. Los **rojos** dominan en los primeros momentos las zonas más ricas y pobladas del sur del país, incluyendo a Helsinki, la capital. El bando conservador, por su parte, controla los distritos agrarios y carentes de industria de ninguna clase. Pero la mayor potencia de la ayuda que recibe Mannerheim le permite reconquistar en unas semanas la totalidad del país, emprender una feroz represión contra sus vencidos oponentes, e instalarse en el antiguo palacio ducal de Helsinki como Regente hasta la proclamación de la República en julio de 1919. La presencia del mariscal no se apartará de la vida pública finlandesa durante las siguientes décadas, y debido precisamente a esta influencia personal, Finlandia será un fiel aliado de las potencias dictatoriales durante los años de entreguerras. Las pretensiones que siempre mantuvo la Unión Soviética sobre Finlandia obligan a ésta a estrechar sus relaciones con Alemania, que utilizará a Finlandia como un amortiguador eficaz en sus roces con el peligroso oponente del Este.

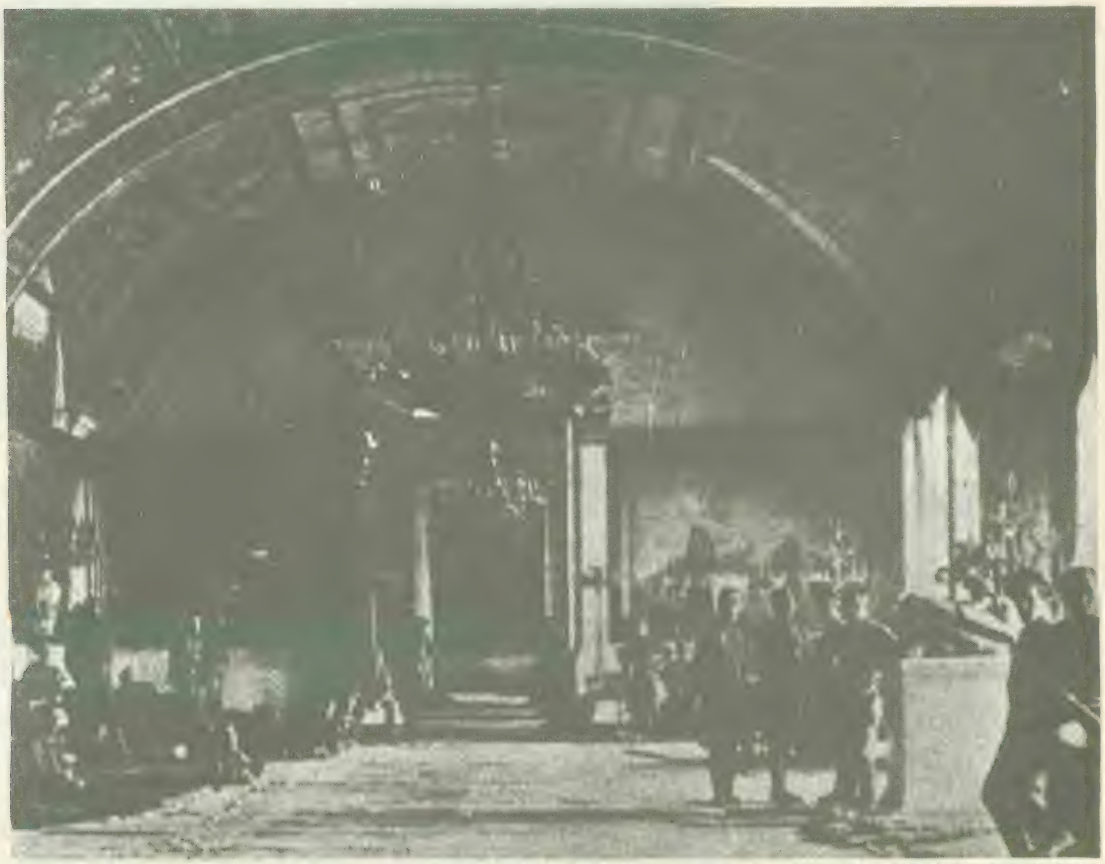
Noviembre de 1918 contempla también la proclamación de la República en Polonia. El **Comité Nacional Polaco** había comenzado a funcionar en París a raíz de la revolución rusa de marzo. Constituido sobre esta base un Consejo de Regencia, todas las fuerzas polacas intentan obtener la independencia para su país, tras una oscura historia de sucesivos repartos y depredaciones. Así, en el mismo mes en que finalizan las hostilidades, la clandestinidad polaca sale a la luz perfectamente organizada y encamina al país hacia la independencia. Los nuevos dirigentes de Petrogrado nada pueden hacer contra los independentistas polacos que no hacen más que cumplir con el ideario de Wilson, jefe moral de los aliados. La República de Polonia, encabezada por el general Pilsudski, de carácter personal totalmente antidemocrático, será la fuerza de choque que utilicen las potencias occidentales cuando decidan establecer un **cordón sanitario** en torno a la Rusia soviética para evitar que se propague la ideología marxista y la peste revolucionaria por Europa. La **Cruzada** que el mariscal Foch pretendía que se llevase a cabo en contra del Gobierno bolchevique, conducirá a fuerzas francesas e inglesas al mar Negro y al Báltico. Los japoneses desembarcarán en el Extremo Oriente, los checoslovacos ocuparán grandes zonas de Siberia, y los polacos, deseosos de obtener sustanciosos beneficios territoriales sobre el suelo

de Ucrania, que históricamente había pertenecido a Polonia, se lanzarán a esta especie de **Santa Alianza** que no consigue derribar al régimen bolchevique debido precisamente a la falta de organización de que adoleció esta contrarrevolución internacional.

Entre las nacionalidades que hasta el triunfo de la revolución bolchevique habían formado parte del Imperio ruso se diferencian así claramente dos posiciones opuestas entre sí. Frente al éxito de la revolución en la Rusia propiamente dicha, éxito como hemos visto debido a los defectos de sus oponentes más que a la fuerza de los bolcheviques, como el propio Lenin reconocería más tarde, la reacción más clásica toma asiento en Helsinki y Varsovia, y sus más conspicuos exponentes, Mannerheim y Pilsudski, son los tradicionales militares conservadores, bonapartistas cuando se presenta la ocasión, partidarios de los Gobiernos reaccionarios y modelos para demasiados imitadores que en los años siguientes proliferarán en el continente. Los tres Estados Bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, que también obtienen su independencia en 1918, como consecuencia del pacto de Brest-Litovsk, encontrarán enseguida a sus respectivos dictadores, que se arrimarán a Alemania en un vano intento de defenderse de su enorme y voraz vecino soviético, pero que no podrán impedir su inevitable absorción dentro del territorio de la Rusia revolucionaria.

EL HUNDIMIENTO DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO

Un día 3 de noviembre de 1918, el Imperio Austro-húngaro firma el armisticio con las potencias aliadas. El agotamiento del régimen ya no puede ser mayor. Una semana más tarde, el día 11, la revolución estalla en las calles de Viena, llenas a rebosar de soldados hambrientos que regresan desesperados del frente y que terminan por hacer causa común con los millares de obreros del cinturón industrial de la capital, en plena agitación revolucionaria. Ya el día 24 de octubre, en Budapest, grupos de amotinados habían entrado en el parlamento húngaro y habían obligado a aban-



Desde los primeros momentos de la Revolución de Febrero se hizo evidente la precariedad del Gobierno Provisional, encabezado por el socialdemócrata Kerenski. (En la fotografía, los «júnkers» custodian el Palacio de Invierno durante una reunión del Gobierno Provisional).

donar la Cámara al representante del poder central de los Habsburgo. Budapest se adelanta así a la efervescencia revolucionaria de Viena, añadiendo además una nota decisiva, y es que a las exigencias de los trabajadores húngaros en materia social y laboral se suman los ímpetus independentistas de la exigua pero fundamental clase media urbana. Así, mientras que en Budapest, el conde Karolyi, representante de la aristocracia liberal en el reducto medieval que era Hungría, se hace cargo del Gobierno mientras se decide de forma definitiva la separación de Hungría del Imperio dual, el Parlamento austríaco, reunido en Viena, y dominado por socialdemócratas y socialcristianos, debe decidir sobre la naturaceza del Estado que surja de la guerra. Incluso los mismos socialistas no exigen directamente la retirada del emperador y la proclamación de una República, debido al tradicional respeto que siempre habían mantenido hacia la institución monárquica. Será en las calles donde el pueblo decida el cambio de régimen. Las turbas se hacen con el poder en Viena y amenazan el palacio de Schombrunn. La familia real marcha al exilio y ese mismo día 11 se proclama la República. Millares de personas rodean el edificio del Parlamento, en la Ringstrasse, en cuyo interior el partido socialdemócrata, encabezado por su líder Karl Renner, se hace cargo del poder a la espera de la redacción de una Constitución acorde con la nueva situación.

La República ha sido proclamada en Budapest la víspera. El fuerte movimiento nacionalista y de izquierda da en esos momentos una mayor virulencia a los sucesos húngaros que a los austriacos, en los que el movimiento revolucionario tiene un carácter más académico se podría decir, y por tanto, más elejado del apasionamiento magiar. En Budapest, el conde Karolyi se erige como jefe del ejecutivo en un sistema mixto y extraño, mezcla de República burguesa y de monarquía arcaica. El poder supremo sigue perteneciendo al rey, pero Carlos de Habsburgo nunca podrá volver a reinar en Hungría. El ambiguo cargo de regente constituirá hasta 1944 la suprema autoridad del Estado. Monarquía sin rey, Hungría mantendrá su carácter anacrónico en una Europa en movimiento, y los primeros fervores revolucionarios se verán pronto saciados por la obtención de la independencia y por la emisión de vagas promesas nunca cumplidas de reformas sociales.

La revolución austriaca nunca adquirió tintes tan preocupantes como la alemana, que se estaba desarrollando al mismo tiempo. El proletariado austriaco era fuerte y estaba bien organizado en sindicatos socialdemócratas. Como advirtió el propio Trotsky durante una estancia en el país, «la población trabajadora de Viena no es muy revolucionaria. Los obreros se manifiestan pacíficamente mandados por Vicyor Adler, Otto Bauer y Karl Renner, que son sensatos y civilizados intelectuales vieneses». Lo que restó violencia a los acontecimientos de noviembre fue, al contrario que en Alemania, el insignificante papel que jugaron los comunistas, que constituían una mínima parte del proletariado. Como señala Nolte, la izquierda, unida en la socialdemocracia, colaboró activamente en la reconstrucción del Estado y no se dieron enfrentamientos similares a los producidos en Alemania entre el Gobierno y el poder obrero, dirigido e inspirado en alto grado por las organizaciones comunistas de extrema izquierda. La socialdemocracia austriaca, hasta cierto punto y también al contrario que la alemana, acostumbrada a los usos de poder y

(A la izquierda, guardias rojos vigilan la entrada del Instituto Smolny, sede del Estado Mayor revolucionario. A la derecha, tropas insurreccionadas patrullan las calles de Petrogrado).

teniendo líderes de prestigio mundial como Otto Bauer, era decididamente antibolchevique, y así el peligro experimentado por Alemania de convertirse en una nueva versión de la Rusia bolchevique nunca existió en Austria, en donde tras las elecciones legislativas el desarrollo de la vida del país fue normalizándose a pesar del tremendo descalabro económico que supuso la disgregación del Imperio. Una tendencia autoritaria inclinada hacia la derecha por parte del poder irá, sin embargo, creciendo hasta alcanzar su punto culminante en el austrofascismo del canciller Dollfuss (1).

Hungría, por su parte, no dejará de conocer vicisitudes, que en los meses del verano de 1919 harán posible la vida de una efímera República Soviética, rápidamente muerta a manos de la reacción. El almirante Horthy, que ocupará el cargo de Regente hasta 1944, determinará la política del país, apoyado por las tres fuerzas tradicionales: la aristocracia terrateniente, la Iglesia católica y el Ejército conservador, heredero de las tradiciones de los emperadores Habsburgo.

CHECOSLOVAQUIA Y YUGOSLAVIA

El día 18 de octubre de 1918, cuando las fuerzas militares del Imperio Austro-húngaro, gobernado por el débil e inexperto Carlos II, pierden rápidamente posiciones ante el empuje aliado, los representantes de los pueblos checo y eslovaco llegan a un acuerdo mutuamente satisfactorio y deciden proclamar la independencia, que ya había sido anunciada con anterioridad por su padre moral, Tomás Masaryk. Este había obtenido además de los aliados el trato de Checoslovaquia como beligerante a su favor, lo que la eximiría de cargar con las pesadas reparaciones que al final de la guerra serían impuestas a los países perdedores en el conflicto. Un Gobierno provisional formado en París sitúa a Tomás Masaryk al frente del Estado checoslovaco, mientras que Eduard Benes, que protagonizaría las horas más negras de la Historia de su país, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores. El día 28 de octubre, casi dos semanas antes de la firma del armisticio, la independencia es proclamada en Praga. Las fuerzas austriacas estacionadas en el país lo abandonan pacíficamente. El día 14 de noviembre, la Asamblea Nacional proclama la República. Checoslovaquia ha nacido. El país que va a mantener en pie los principios democráticos que hicieron posible su nacimiento como Estado soberano comienza su vida independiente y libre, que se extenderá a lo largo de veinte años, hasta que Hitler decida que ha llegado el momento de hacerlo desaparecer (2).

Los pueblos eslavos del sur, en uno de los cuales —Croacia— prendió la chispa que encendió la guerra en el verano de 1914, había sido durante el conflicto una de las zonas más castigadas por la guerra. La miseria en la que se desenvolvía la vida de sus poblaciones aumentó durante los cuatro años de lucha hasta dejar casi completamente exhausta a la población civil y al ejército. Durante el verano de 1917, el Gobierno servio, exiliado, junto con la familia real en la isla griega de Corfú, emite una declaración en la que se afirma la unidad de servios,

(1) Ver **Requiem por Austria**, *en TIEMPO DE HISTORIA, N.º 41, de abril de 1978.*

(2) Ver **El Pacto de Munich**, *en TIEMPO DE HISTORIA, N.º 46, de septiembre de 1978, y* **Checoslovaquia, la guerra y la paz**, *en TIEMPO DE HISTORIA, N.º 48, de noviembre de 1978.*

León Trotski, creador del Ejército Rojo, ante su tren blindado, en los días de la guerra civil.

croatas y eslovenos, así como su intención de formar, tras el cese de las hostilidades, un sistema monárquico, democrático y parlamentario. Será el primer ejemplo de un Reino federativo, gobernado por la dinastía servia de los Karageorgevitch. El día 9 de noviembre de 1918, Austria admite pacíficamente la formación del Estado yugoslavo, efectuada en la ciudad de Zagreb por el Consejo Nacional. En el Reino de los servios, croatas y eslovenos, será Servia, apoyada por los aliados, al lado de los cuales ha luchado en la guerra, el aglutinante de todos los demás componentes, cumpliendo así el papel histórico que a muchos reinos y regiones les correspondió en distintas épocas llegado el momento de las formaciones de una unidad nacional. Y la hegemonía servia, ejercida desde el primer momento en detrimento de las demás regiones, contribuirá a debilitar gradualmente al precario Reino, edificado sobre una montaña de contradicciones. En el caso yugoslavo, el autoritarismo de los años treinta no va a provenir de la figura de un militar reaccionario. La dictadura va a ser ejercida directamente por el rey, que mediante un golpe de estado pondrá a los partidos en la ilegalidad y entrará a gobernar directamente siguiendo los usos clásicos de las dictaduras de la época.

UNA REFERENCIA DE RUMANIA

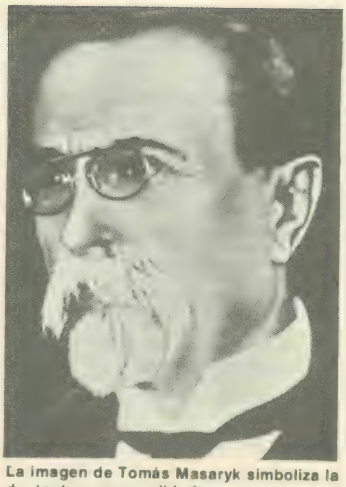
Tras la firma de los tratados de Versalles y Saint Germain, Rumanía obtiene toda la Transilvania húngara, que por sí sola supone una extensión muy superior al total de la extensión territorial a que ha quedado reducida la nueva Hungría. En 1916, Rumanía había declararado la guerra a los Imperios centrales y se había unido a la Entente esperando así obtener

al final de las hostilidades los territorios que históricamente reclamaba a Hungría. El día 11 de diciembre de 1918, los diputados rumanos, reunidos en la Gran Asamblea de Alba Iulia, deciden la incorporación de la región transilvana al Reino de Rumanía, alcanzándose así la culminación de las aspiraciones expansionistas de los dirigentes de los principados del Danubio, que en las primeras décadas del siglo XIX se fusionaron para crear la nación rumana. Las continuas querellas entre Hungría y Rumanía sobre la posesión de Transilvania alcanzarían durante las décadas de los años treinta y cuarenta sus momentos de mayor apogeo, que serían aprovechados por Hitler para manejar a su antojo a los Gobiernos de Bucarest y Budapest, encabezados respectivamente por Antonescu y Horthy, ciertamente afines ideológicamente, pero enfrentados en razón de su patriotismo. Todavía hoy, las reivindicaciones húngaras sobre Transilvania subsisten y son motivo de fricción entre los dos países, que a pesar de hallarse incluidos dentro del mismo campo político-económico, se hallan separados profundamente por la cuestión transilvana (3).

UNA CAUSA Y UNOS EFECTOS

La disgregación de los dos grandes imperios, el ruso y el austrohúngaro, ya que el territorio del alemán quedó prácticamente intanto, supone el primer gran vuelco en la situación europea desde la época de los reajustes del continente a manos de Bonaparte. Si bien es cierto que la monarquía austríaca era opresora de los pueblos balcánicos y danubianos, la creación de los nuevos y pequeños países, consagrada en

(3) *Ver* **Fascismo en Rumanía, 1927-1944,** *en TIEMPO DE HISTORIA, N.º 44, de julio de 1978.*



La imagen de Tomás Masaryk simboliza la de tantas personalidades europeas que ayudaron a la independencia de sus respectivos países tras la desaparición de los grandes Imperios autocráticos. (En la fotografía, el doctor Masaryk en la época de la proclamación de la independencia de Checoslovaquia).

los tratados de Saint Germain, constituye la base para el debilitamiento de la zona central de Europa. La solución de una federación igualitaria y democrática de los pueblos componentes de la doble monarquía no aparece desde la perspectiva de hoy tan descabellada como pareció serlo en el momento histórico en que fue propuesta. Los proyectos de conversión de las pequeñas Repúblicas y Monarquías en Estados democráticos de derecho fue frustrándose progresivamente con gran rapidez durante los primeros años de la falsa paz, excepto en el modélico y, por tanto, extraño caso de Checolovaquia, cuyo elevado nivel general no admitía comparación con el del resto de los países que la rodeaban. El parlamentarismo, la división de poderes y los demás usos democráticos, resumidos por el voto universal y copiados de las democracias occidentales, fallarán en los nuevos países, que acabarán convirtiéndose ineludiblemente en dictaduras reaccionarias. En todos los casos, estos pequeños países fueron los primeros objetivos del expansionismo alemán, y cayeron como presas fáciles bajo la fuerza de Hitler. La existencia en 1938 de un Estado fuerte que rodease por el sur y el este a Alemania, hubiera dado un eficaz y definitivo frenazo al imperialismo nazi. Nunca es indicado ni posible hacer suposiciones históricas, pero una federación que incluyese las potencias particulares de los nuevos Estados surgidos tras la terminación de la guerra, hubiese podido ofrecer a Hitler una oposición insalvable y no es difícil afirmar que la Historia hubiera corrido por otros cauces bien diferentes de los conocidos. La falta de preparación política de los nuevos países hace, pues, que pasados pocos años desde la proclamación de su independencia sus dirigentes se vayan inclinando hacia posturas autoritarias fomentadas por Berlín, y, así, unos se integrarán más o menos voluntariamente dentro del Reich, como Austria; otros sucumbirán por la fuerza, como Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia; y otros, finalmente, mantendrán ideológicamente posiciones afines con el Tercer Reich, como Finlandia, Hungría y Rumanía. La segunda Guerra Mundial comenzó a prepararse ya al día siguiente del armisticio. Veinte años serán más que suficientes para efectuar el rearme y fortalecimiento de una Alemania deseosa de revancha, mientras en el interior de todos estos nuevos, débiles e inexpertos países, la doctrina nacionalsocialista, en cualquiera de sus múltiples variedades, comienza a hacer su efecto entre amplias capas de su población. Los políticos occidentales parecen no darse cuenta de ello e imaginan la posibilidad cierta de que el entendimiento entre los países por medio de tratados será suficiente para calmar los apetitos de una Alemania cuyas fronteras le resultan ya demasiado estrechas y necesita extenderse más allá de sus límites.

LA ERA DE LOS TRATADOS

El día 18 de enero de 1919, en el palacio de Versalles, Clemenceau, presidente de la República Francesa, preside la apertura de la Conferencia de Paz que ha de elaborar el tratado regulador de las relaciones entre vencedores y vencidos. Participan en la redacción veintisiete países pertenecientes al sector que ha obtenido la victoria. Alemania no envía representantes, ya que únicamente ha de aceptar lo que decida la asamblea internacional. Tras una larga serie de presiones y forcejeos debidos a las negativas alemanas a acceder a las duras condiciones estipuladas en el tratado, el Gobierno de Berlín accede a firmar la conformidad con el tratado el día 28 de junio de ese mismo año. A lo largo de los cuatrocientos cuarenta artículos de que consta el tratado denominado «de Versalles», la nueva República Alemana admite pérdidas territoriales —aunque no en una proporción importante—, la renuncia a su imperio colonial, el desmantelamiento de su ejército y la prohibición de rearme, el pago de grandes reparaciones económicas, y, finalmente, la humillante servidumbre de soportar un control francés sobre el Sarre, la parte más industrial del territorio alemán.

Pero serán los países sucesores del desaparecido Imperio Austro-húngaro los que reciban los más duros golpes por parte de los vencedores. A pesar de la evidente voluntad del depuesto Carlos de Habsburgo de intentar conseguir una paz por separado con los aliados ya un año antes del fin de la guerra, Austria va a ser la víctima propiciatoria del momento. El día 10 de septiembre de 1919, los países occidentales firman en Saint Germain-en-Laye el tratado de paz con Austria, que ha quedado reducida a un mísero jirón de sus antiguas posesiones. Las cesiones territoriales a Italia y el reconocimiento de las independencias de Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia convierten a la República Austriaca en uno de los últimos países del continente en cuanto a importancia real. Así, la impuesta reducción de sus fuerzas armadas no es más que ironía legal. Incluso las aspiraciones austriacas de integrarse en la República alemana son abortadas expresamente en el tratado de Saint Germain. Austria vivirá a duras penas dentro de su insignificancia durante veinte años hasta que sea unida a la Alemania nacionalsocialista en marzo de 1938. Hungría también considerada **enemiga** por los aliados, debe pagar también el tributo a quienes ahora dictan la política en Europa. Y es Hungría, todavía más que Austria, quien habrá de soportar los desmembramientos más atroces. Al entregar Eslovaquia, Transilvania, Croacia y Eslovenia, a los nuevos países que la rodean, Hungría perderá más del sesenta por ciento de su territorio original. El 4 de junio de 1920, el tratado de Trianón consagrará para siempre el sentimiento irredento de los despojados húngaros. Sevrés y Neully serán, a su vez, los escenarios de la firma de los tratados impuestos a Bulgaria y Turquía. El caduco Imperio Otomano había sido hasta 1914 uno de los cuatro grandes armazones autocráticos establecidos sobre territorio europeo. Ahora, con el final de la guerra, Turquía quedará reducida a la Península de Anatolia y al territorio que circunda a la ciudad de Estambul, y habrá de soportar además la carga de la internacionalización de los estrechos. También Turquía, tras 1918, ha dejado de ser árbitro de la política para convertirse en una potencia de segunda categoría.

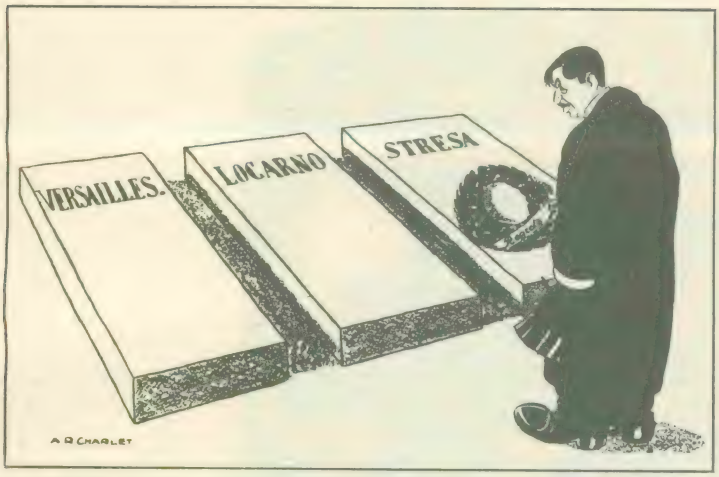
La cuestión de las reparaciones alemanas será durante largos años materia de discusión en el centro de la política europea, y caballo de batalla de las ideologías reaccionarias en el interior del país, que acusaban al Gobierno socialdemócrata de vergonzoso entreguismo a las democracias. La finalización del tema como materia de discusión no tendrá lugar hasta la celebración de la conferencia de Lausana, que tiene lugar ya en el año 1932, solamente unos meses antes de la llegada de Hitler al poder.

Los catorce puntos del presidente Wilson van a ser la base para la **paz** que se prepara en los tratados elaborados en los palacios de los alrededores de París. El derecho a la propia determinación de los pueblos y la decisión de crear un organismo internacional que evite la repetición de horrores como el recientemente terminado llevan a la creación de la Sociedad de Naciones. Establecida como un anexo al tratado de Versalles, la nueva organización nace bajo el patrocinio del propio Wilson, del presidente de la República Francesa Clemenceau, y de los jefes de Gobierno de la Gran Bretaña, Lloyd George, y de Italia, Orlando. La Sociedad de Naciones va a ser un organismo eminentemente europeo, ya que los Estados Unidos, de donde había partido la idea de su creación, nunca formarían parte de él, volviendo a su aislacionismo ultramarino tras haber precipitado y facilitado la victoria de las democracias sobre los sistemas autoritarios de Europa central. Tampoco la Unión Soviética, enzarzada en una cruenta guerra civil con intervención extranjera, forma parte de la Sociedad. Y China, el gran gigante todavía incógnito en Occidente, es olvidada en el momento de la construcción de un *supuesto nuevo mundo*. La Sociedad de Naciones, cuyo pleno funcionamiento co-

La firma del armisticio que pone fin a la Primera Guerra Mundial puede ser considerada como el primero de los Tratados que jalonarán los veinte años de insegura paz que comienza en noviembre de 1918. (En primer plano, el mariscal Foch; en segundo término de la fotografía, el general Weygand).

mienza en enero de 1920 en la ciudad suiza de Ginebra, nace así mutilada y con el gravamen moral de haber sido alumbrada por los vencedores y atada durante toda su existencia al tratado de paz que condenaba a la humillación a Alemania, el más potente país del continente. Así no puede extrañar el rechazo que hacia la Sociedad se extendía entre la mayor parte de la población de los países perjudicados por la guerra. También los políticos autoritarios, que durante los siguientes años van a proliferar en casi todos los países del continente, van a sentir un rechazo instintivo hacia esta organización que, a pesar de sus graves defectos, no podía dejar de reflejar un espíritu democrático dentro de un mundo que había comenzado a hundirse en la oscuridad del autoritarismo. Cada uno en su momento, Hitler, Mussolini, e incluso, el general Primo de Rivera, retirarán a sus países de la Sociedad de Naciones aduciendo justificaciones que nunca contaron con el aval de sus pueblos que, naturalmente, nunca serían consultados sobre el tema. Como telón de fondo de la época de los tratados, esos veinte años que parecieron de paz y que no fueron más que una guerra largamente contenida, la Sociedad de Naciones habrán de perecer cuando el territorio suizo sea el único en quedar libre de la ocupación alemana, demostrando así su completa inutilidad y lo innecesario de su existencia en un momento en que ya no existen Estados soberanos, sino pueblos sometidos y humillados. Eduard Benes ya había pronosticado veinte años antes, que la Sociedad de Naciones evitaría pequeñas guerras, pero que el estallido de una guerra grande terminaría por destruir a la propia organización. Los acontecimientos habían de darle plenamente la razón.

Los movimientos de la política auropea durante los cuatro lustros que median entre las dos guerras mundiales vienen determinados por la posición de Alemania dentro del conjunto de sistemas políticos del contienente europeo. Las repetidas



Los sucesivos Acuerdos y Tratados celebrados entre los Gobiernos europeos con el fin de apuntalar un equilibrio cada vez más inestable no conseguirán evitar la catástrofe de otra guerra de proporciones gigantescas. (En el grabado, una caricatura de la época, representando a Pierre Laval, la inutilidad de los Tratados era ya evidente en el mismo momento en que tenían lugar).

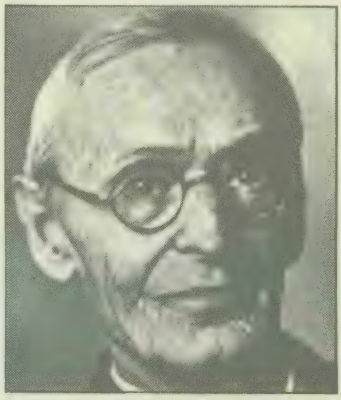
promesas de paz y de renuncia definitiva a la guerra como medio de solución de conflictos, que se sucedieron durante todo ese tiempo no pueden hoy más que despertar una irónica sonrisa. Los pactos de Birand-Kellog, entre Francia y Alemania no significaron en realidad más que una tregua entre un país vencedor, pero arruinado como era Francia y un país vencido, pero potente y deseoso de recuperar el puesto que por derecho le correspondía. Los tratados de Rapallo, celebrados en 1922 entre la Unión Soviética y la Alemania de Weimar no pudieron por menos que inquietar a las potencias occidentales, temerosas de una alianza entre los dos regímenes. El espaldarazo que para los dos sistemas suponía el tener el apoyo de otra gran potencia hace que las democracias insistan en atar a la renacida Alemania al campo occidental y así, en 1925, la colección de los pactos de Locarno vendrá a significar la definitiva entrada de Alemania en la política europea. La República Alemana se liga por tratados a los países de democracia burguesa, a los que estos compromisos vienen a tranquilizar en cierta forma, pero no del todo. El temor a una colaboración entre Alemania y la Unión Soviética nunca dejará de estar presente en Europa, hasta culminar, justificando plenamente todos estos temores, en la firma del tratado germano-soviético, de agosto de 1939, que venía a tener como efecto inmediato la partición de Polonia y la entrada en la órbita soviética de Finlandia y los Estados bálticos. En un plano ideológico, el pacto vino a tener graves consecuencias para el movimiento comunista internacional, muchos de cuyos componentes nunca pudieron aceptar la existencia de concordancias entre el régimen estalinista y su opositor nazi. La validez del tratado dependió, como se vio a la larga, de la voluntad del dictador alemán. La era de los tratados, que podría establecer su nacimiento con el pacto de Brest-Litovsk, establecido entre un Imperio moribundo y una revolución triunfante pero precaria, se cierra con otro pacto celebrado entre los mismos protagonistas, rusos y alemanes, representados ahora por dos fuertes dictaduras, cuyos posterior enfrentamiento decidiría los rumbos de la Historia de Europa.

VEINTE AÑOS DE ESPERA

La etapa histórica que se ha venido a denominar «Era de los tratados» está determinada desde un punto de vista sociológico por una inmovilización mental localizada en las capas más favorecidas de la sociedad: la aristocracia y la nueva burguesía en ascenso, enfrentadas cada vez más con la concienciación que tiene lugar entre los componentes de los sectores del trabajo. Los veinte años que median entre los dos conflictos generales no viene a ser más que un período de exacerbación de los enfrentamientos y las contradicciones de la sociedad burguesa instalada en el poder. Dormido en el pasado el sector dominante, como si la primera Guerra Mundial no hubiese sido más que una de tantas guerras locales como las que habían jalonado la Historia de Europa, el sector opuesto, que va adquiriendo creciente fuerza, espera la llegada del momento en que espera hacerse cargo del protagonismo político en los países capitalistas. Pero cuando el choque sea inevitable, las clases trabajadoras serán las grandes perdedoras. Los niveles dominantes han sabido atrincherarse en sus privilegios y rodearse de una serie de protecciones que les harán prácticamente invulnerables, y la clase obrera será de nuevo aplastada y reducida al silencio del trabajo. Los países europeos durante las décadas de los treinta y cuarenta contará siempre con los mecanismos necesarios para que el ordèn burgués no degenere hacia un sistema con influencia de la izquierda, sino todo lo contrario. Cualquier pequeño temor del grupo dirigente con respecto a un acceso, por parcial que sea, de las clases trabajadoras hasta los centros de decisión será respondido con un empujón hacia posturas autoritarias de dere-

cha. Así podría decirse que paradójicamente, a una mayor concienciación y organización del mundo del trabajo, lo que podría parecer que le empujaba hacia el poder, se produce un mayor deslizamiento de los sistemas originalmente democráticos hacia posiciones netamente reaccionarias. Las acciones de los revolucionarios alemanes y la implantación de la República soviética en Baviera van a decidir en gran manera la llegada al poder de los grupos nazis. En Italia, el esfuerzo unido de los obreros y los campesinos a raíz de la terminación de la guerra no va a tener otra consecuencia que el asalto al poder por Mussolini y sus seguidores. Dentro de España, el éxito aparente que pareció haber tenido la convocatoria y celebración de la huelga general revolucionaria de 1917, llevó al país hacia la dictadura de Primo de Rivera. Reacciones similares se producen en todos los demás casos cuando la fuerza del movimiento obrero parece amenazar la existencia del Estado establecido. Y Europa soportará la etapa de las dictaduras, a la espera del nuevo conflicto general. La ideología fascista en el poder es la meta siempre deseada por tantos pequeños **duces** que por esos años aparecen como salvadores de sus países y que de forma efectiva no actúan más que como meros agentes de las clases dominantes, que a veces creen ver tambalearse su poder y acuden al apoyo que les prestan las bandas armadas que acaban haciéndose dueñas de la calle. De punta a punta del continente, van a ir surgiendo sucesivamente pequeñas figuras reducidas en un primer momento al ámbito local, pero que con los años cobrarán suficiente fuerza dentro de sus propios países hasta llegar a convertirse en pequeños dictadores, más comparables a Mussolini que a Hitler. Serán en la mayor parte de los casos militares de alta graduación, educados bajo el sistema desaparecido como consecuencia de los simbólicos disparos de Sarajevo, y conseguirán establecer en sus países, desde el Báltico al Mediterráneo, dictaduras creadas a inspiración de la italiana, basadas en la desparición de los usos democráticos, en proyectos corporativistas como solución político-económica, y cargadas hasta cierto punto de un débil antisemitismo y de una fuerte negativa al protagonismo político de la clase obrera. A finales del año 1918, todos estos personajes y personajillos comienzan a pulular por los edificios gubernamentales y por los cuarteles de Europa a la espera de su oportunidad, que llegará ayudada por las inestabilidades sociales, la crisis económica, los miedos a la revolución y las esperanzas autoritarias. Alemania será el constante miedo y el riesgo de otro enfrentamiento. Tras la terminación de la guerra, los optimistas decidieron que había pasado definitivamente el peligro, pero no advirtieron que un enorme país había quedado atado de pies y manos y que su potencia no tardaría en soltar sus ligaduras.

Las ansias de revanchismo, el enorme poder económico de Alemania en medio de una Europa arruinada, la partición del continente en pequeños trozos casi indefensos, un movimiento obrero fuerte y eficaz respondido con las acciones de los grupos defensores de los grupos privilegiados, la perduración de la ideología conservadora en el seno de los ejércitos, junto al predominio material y mental de las Iglesias, todo esto podía hacer pensar ya desde el primer instante de la pretendida **paz** en un futuro estallido a un plazo más o menos largo. Pero pocos fueron los que se dieron cuenta de ello, tras haber logrado salir con vida de la anterior catástrofe. Incluso las mentes más claras de Europa esperaron y confiaron en una larga paz, manteniendo, sin embargo, una serie de reservas ante la nueva situación, bien expresadas en estas notas escritas por Hermann Hesse en Suiza tras la firma del tratado de Versalles por la vencida Alemania: «Ahora, Alemania acepta la paz de París. Pese a ello, el mundo no avanzará un solo paso en el camino hacia la tanquilidad. Y Alemania tendrá que aprender ahora, por el camino largo y lento, lo que antes dejó de aprender». Y en otro de sus escritos, que casi puede ser considerado profético, escribe: «Totalmente errónea era, de cualquier forma, la opinión que con tanta frecuencia se oía durante la guerra: que, dadas sus dimensiones y su horrenda y gigantesca mecánica, esta guerra serviría para que las futuras generaciones temieran la reproducción de semejantes conflictos. El temor no es un medio educativo. A quien disfrute matando, la guerra no le quitará las ganas». No serían los sucesores de los antiguos combatientes los que se enzarzasen de nuevo. Los viejos soldados volverían a luchar sobre el suelo de sus países repitiendo una vez más los horrores de la guerra. Parecía como si los hombres no deseasen la paz. ■ **J.M.S.M.**

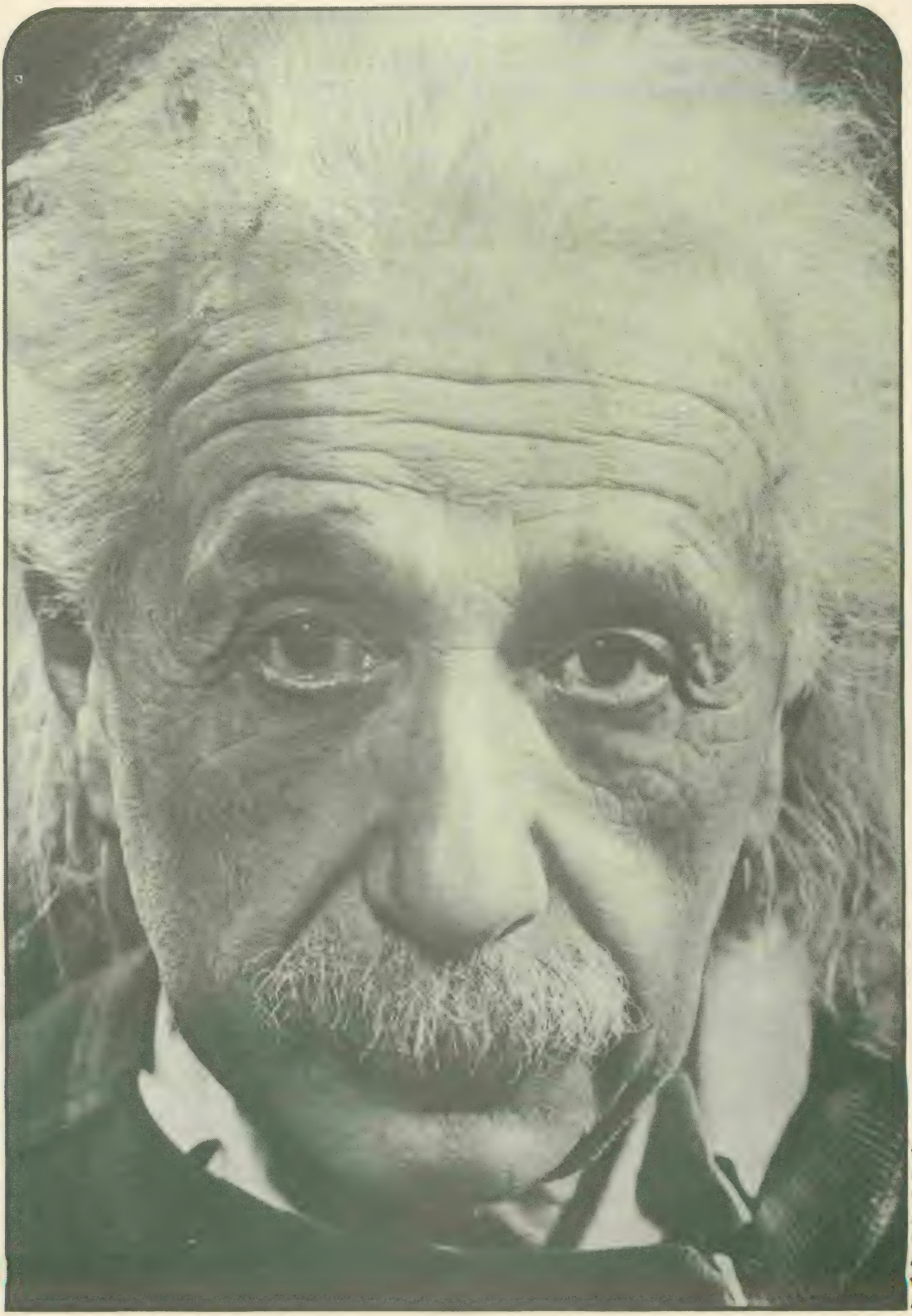


Herman Hesse, la conciencia de un espíritu pacifista en medio de una Europa asustada que se deja llevar sin darse cuenta hacia el precipicio...

Einstein o la tragedia del científico en la sociedad contemporánea

Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte Rivas

EL 26 de enero de 1939 Albert Einstein (1879-1955) llega a los Estados Unidos huyendo del nazismo. Siete meses después, el 2 de agosto, le escribe al presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt, tratando de interesarlo en las investigaciones nucleares. Un mes después estalla la segunda guerra mundial, cuando Alemania invade Polonia. En 1938, dos científicos alemanes, Otto Hahn y Fritz Strassman, han descubierto la fisión nuclear. Berlín se interesa por dichas investigaciones. El 19 de octubre llega la respuesta a la carta del científico: «Mi querido profesor: le agradezco su reciente carta y su interesantísimo e importante alegato. He encontrado sus datos tan importantes que he reunido una junta...». El gran drama del siglo XX sube a escenario. Einstein, como un aprendiz de hechicero, ha desatado, podemos calificar de una manera inocente, un proceso fantástico, casi mágico, que pone en peligro la existencia de la vida en el planeta y su existencia misma. La energía nuclear, como un nuevo **árbol prohibido**, *aparece ante la humanidad. El 6 de agosto de 1945, a las ocho y cuarto, «Muchachito», la primera bomba atómica no experimental destruye Hiroshima. Einstein dice apenado: «Si lo hubiese sabido..., no hubiese escrito jamás esa carta». Einstein, es un pacifista, que sabe que aterrorizado por la amenaza que representaba Hitler, se ha permitido ser el* **padre** *de la más peligrosa e incontrolable criatura que registra la historia. Para él, el pacifismo es —según dice— un sentimiento instintivo, un sentimiento que lo domina porque «el asesinato del hombre me inspira profundo disgusto. Mi inclinación no deriva de una teoría intelectual; se funda en mi profunda aversión por toda especie de crueldad y de odio». Pero el instinto ha fallado. Este hombre, tan humanista, ha posibilitado la crueldad más terrible y el odio más sofisticado. Así, el científico de la sociedad contemporánea, abrió la Caja de Pandora, perdiendo la llave. Eso sí, le dio a la humanidad la posibilidad de comportarse con responsabilidad. Es ya mayor de edad. Tiene que fijarse sus propios límites. Ahora, si se equivoca, si comete un error, puede ser el último.*



E igual a mc²

Einstein ha cambiado la definición que teníamos sobre el mundo, sobre el universo. En el lapso de dos décadas formuló una teoría repitiendo la hazaña de Tolomeo, de Galileo, de Copérnico, de Newton. Para Einstein, razón y experiencia son los elementos constructivos de la imagen del mundo y de sus leyes. Como subraya Philipp Franck, «para Einstein, las leyes teóricas fundamentales son una libre creación de la imaginación; el resultado de la actividad de un inventor está limitado por dos principios: uno empírico, según el cual las conclusiones emanadas de la teoría deben estar confirmadas por la experiencia, y otro, entre lógico y estético, para el que las leyes fundamentales deben ser pocas y lógicamente compatibles».

«Para tener algún valor —subraya Bertrand Russell—, una teoría no deberá resultar de una atenta recolección y selección de observaciones individuales. Debe emerger más bien como una imprevista intuición imaginativa, tal como le sucede a un poeta o a un compositor». De ello deriva que, como dice Einstein, «la misión más alta del físico será, pues, la investigación de las leyes elementales, las más generales, y de ellas se deberá partir para alcanzar, a través de simples deducciones, la imagen del mundo. Ningún camino lógico conduce a estas leyes elementales: sólo la intuición, fundada en la experiencia, puede permitir alcanzarlas».

Para llegar a enunciar la teoría, Einstein nunca temió alejarse de las ideas comunes, de las lecturas simples y sencillas de la realidad. No vaciló nunca en confiarse más en las matemáticas y en las experiencias que en la evidencia sensible, aun cuando trató de demoler y de comprender en un esquema teórico más vasto, la sólida imagen del mundo construida por Newton y por sus leyes de la gravitación universal: «Newton, perdóname; tú encontraste el único camino que en tu tiempo fue posible alcanzar para un hombre de gran intelecto y poder creativo. Los conceptos de tu creación guían, todavía hoy, nuestro pensamiento en el campo de la física, si bien ahora comprendemos que deben ser sustituidos por otros más alejados de

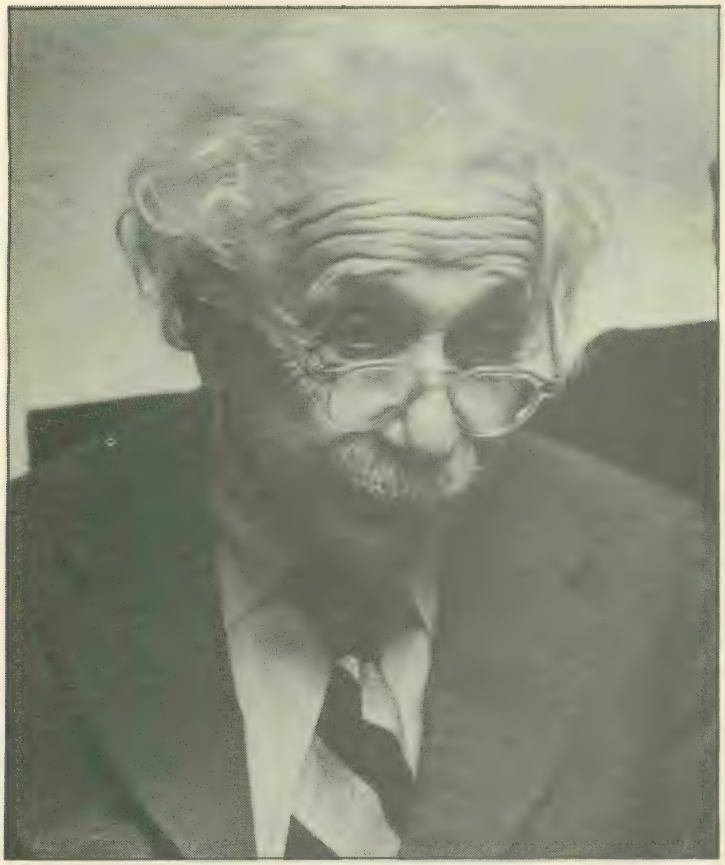
«La bomba de hidrógeno aparece como algo posible. ...Si este propósito se realiza, el envenenamiento de la atmósfera por medio de la radioactividad y, en consecuencia, la destrucción de toda forma de vida sobre la Tierra, entrará en el dominio de las posibilidades técnicas» (Einstein).

la esfera de la experiencia inmediata, si se quiere alcanzar un conocimiento más profundo de las relaciones entre las cosas».

«En una buena novela policial —dice el científico—, los indicios más aparentes suelen conducir a falsas sospechas. De la misma manera, en nuestro intento de comprender las leyes de la naturaleza, sucede frecuentemente que la explicación intuitiva más obvia induce al error». Desde su primer escrito fundamental, pasando por su genial teoría de la relatividad, hasta sus últimas dos fórmulas sobre la teoría del campo unificado, publicadas poco antes de su muerte, Einstein perseguirá, con convicción inquebrantable, la posibilidad de lograr una síntesis, de construir una teoría única, general, siguiendo los criterios por él indicados: «Una teoría es tanto más convincente cuanto más simples son sus premisas, cuanto más variadas son las cosas que reúne, cuanto más extenso es el campo de su aplicación».

Las dos suposiciones fundamentales de la teoría de la relatividad restringidas fueron las siguientes: 1.º) Independientemente del movimiento de su fuente la luz se mueve siempre a través del espacio vacío con una velocidad constante. Por lo tanto, la velocidad de la luz es la misma en todos los sistemas de referencia que se mueven con un movimiento uniforme los unos respecto a los otros; 2.º) No hay manera de establecer si un cuerpo está quieto o en movimiento uniforme respecto a un éter fijo. Es así que, resultando «todo relativo», esta premisa sugiere una hipótesis: todas las leyes de la naturaleza son las mismas en todos los sistemas de referencia en movimiento uniforme

Einstein en el lapso de dos décadas formuló una teoría repitiendo la hazaña de Tolomeo, Galileo, Copérnico y Newton.



«En una buena novela policial —dice el científico—, los indicios más aparentes suelen conducir a falsas sospechas. De la misma manera, en nuestro intento de conocer la naturaleza, sucede frecuentemente que la explicación intuitiva más obvia induce al error».

los unos relativamente a los otros.

Por lo tanto, «la relatividad restringida» tomaba como principio que, cuando dos cuerpos están en movimiento rectilíneo uniforme, el uno relativamente al otro, todas las leyes de la física —sean las de la dinámica corriente como las correspondientes a la electricidad y al magnetismo— son exactamente idénticas para los dos cuerpos.

La primera consecuencia de la «relatividad restringida» es la modificación sustancial de los conceptos de espacio y de tiempo. El espacio absoluto —escribió Newton en sus Principios matemáticos de la filosofía natural—, por su naturaleza, se mantiene siempre igual e invariable sin ninguna relación con lo exterior. El tiempo absoluto, verdadero y matemático, transcurre del mismo modo, sin ninguna relación con lo exterior.

En este caso es también preciso liberarse del «sentido común». Dos sucesos simultáneos que se verifican en dos puntos diversos de un sistema no resultan así si son observados desde otro sistema en movimiento respecto al primero. Es decir, que, al menos parcialmente, el espacio es intercambiable con el tiempo. Para aclarar este concepto partamos del ejemplo elemental proporcionado por el científico George Gamow. Consideremos un viajero sentado a la mesa en un tren en marcha; primero come la sopa, luego la carne y finalmente el postre. Estos hechos se realizan todos en el mismo lugar, la mesa, pero en instantes sucesivos. Sin embargo, para un observador adherido a la vía férrea, el viajero consume la sopa y el postre a una distancia de varios kilómetros. Esta conclusión aparentemente insignificante puede ser formulada así: Hechos que se verifican para un sistema en el mismo lugar, pero en instantes sucesivos, se verifican en lugares diversos para un sistema en movimiento respecto del otro.

La quiebra del concepto newtoniano de «tiempo absoluto» y la relación entre espacio y tiempo han sido puestas en evidencia por la quiebra de la noción clásica de la contemporaneidad absoluta de dos sucesos. Para demostrar la macroscópica contradición implícita en el concepto de contemporaneidad nos servimos de experimentos ideales en los que entran en juego inmensas distancias y enormes velocidades. Dice Bertrand Russell: «... el telégrafo sin hilos viaja con la velocidad de la luz, de manera que no puede esperarse que haya nada más veloz. Lo que un hombre hace como consecuencia de la recepción de un radiomensaje, lo hace **después** que el mensaje ha sido enviado... Pero todo lo que hace mientras el mensaje se halla en viaje no puede ser influido por el envío del mensaje, y tampoco puede influir sobre quien envía el mensaje hasta algún tiempo después que el mensaje ha partido. Es decir, que si los dos cuerpos están separados por una larga distancia, el primero no puede influir sobre el otro sino después de un cierto lapso; lo que ocurre antes que haya transcurrido este tiempo no puede influir sobre el cuerpo distante. Suponed que se produzca en el sol un evento importante; hay un período de 16 minutos so-

Einstein y Oppenheimer; ambos científicos son perseguidos por el maccartismo por sus posiciones en favor del desarme nuclear.

bre la Tierra durante el cual ningún suceso puede influir sobre el hecho importante verificado en el Sol ni éste, a su vez, pudo haber influido sobre aquél. Lo que permite considerar el período de 16 minutos sobre la Tierra como ni precedente ni sucesivo al evento solar».

Se trata por lo tanto de superar la vieja distinción entre el tiempo y espacio basada en la convicción de que es posible describir el Universo en términos puramente espaciales, en un instante dado; de darse cuenta de que esto no puede hacerse a menos de indicar el momento en el cual un cuerpo es tomado en consideración, porque ese momento influye claramente sobre la determinación del cuerpo mismo. En definitiva se trata, más que de hablar de un cuerpo espacial *(tridimensional) en un* momento dado, de hablar de un «evento», es decir, de algo que está definido por cuatro dimensiones, de alguna manera conexas. El mundo de los eventos constituye un continuo cuatridimensional (tres dimensiones espaciales y una temporal), un continuo espacio-temporal.

La relatividad general

Si la teoría de la «relatividad restringida» puede considerarse como una extensión de la relatividad de Galileo, en el campo de los fenómenos mecánicos y en el de los electromagnéticos, siempre y cuando se refiera al movimiento uniforme, la «relatividad general» intenta aplicar los mismos principios al movimiento no uniforme. La «relatividad

Einstein es uno de los primeros en denunciar los peligros de la guerra de los «botones», una guerra difícil de controlar una vez desatada y que puede poner fin a la vida humana.

restringida» ha hecho evidente que, cuando dos cuerpos se mueven con movimiento uniforme (esto es, en línea recta y con velocidad constante) el uno con relación al otro, las leyes de la física (las mecánicas y las electrodinámicas) son exactamente idénticas para los dos cuerpos. ¿Qué sucede si el movimiento de los dos cuerpos no es uniforme? Si, por ejemplo, uno de los dos cuerpos es la tierra y el otro una piedra que cae con movimiento acelerado, cada vez con mayor velocidad?
En la tentativa de resolver este problema, Einstein logra formular la «teoría general de la relatividad» diez años después de haber formulado la de la relatividad restringida. La relación entre las dos teorías puede formularse de la manera siguiente: así como los conceptos de quietud y de movimiento son relativos y dependen del sistema de referencia elegido, así también son relativos los conceptos de gravedad y de aceleración; en cierto sentido también la gravedad y la aceleración están íntimamente conectadas entre sí.

Una nueva imagen del Universo

Con la teoría de la «relatividad general», Einstein había perseguido el objetivo de construir una imagen estable del Universo, estable más allá de las bases reveladas por la visión newtoniana. Partiendo de la íntima relación entre la gravedad y la aceleración, Einstein vuelve a postular que todas las leyes de la naturaleza son constantes y permanecen iguales respecto a cualquier observador. Pero la «relatividad restringida» y la «general» deben insertarse en un todo más amplio, en una gran explicación geométrica del Universo. La geometría de la cual Einstein se sirve para ello no es la clásica, es decir, la euclidiana. La geometría utilizada por él es la tetradimensional de Riemann. Para comprender intuitivamente de qué cosa se trata, se puede pensar en un espacio «plano» de dos dimensiones; en él la geometría de Riemann busca representar lo que se encuentra en la superficie de una esfera. Sobre esta superficie existirá aun la línea recta (el «meridiano»), línea recta entendida como el camino más corto entre dos puntos, pero no existirán más rectas paralelas (en efecto, todos los meridianos se encuentran en los dos polos). En la física clásica —la de Galileo, Képler, Newton—, si un cuerpo se mueve en el espacio lo hace en línea recta y a velocidad constante, cuando no está ligado a alguna fuerza. Por ejemplo, un planeta se alejaría en línea recta si no lo retuviese la fuerza de gravedad del Sol, que atrae al planeta en una órbita eclíptica. En la física relativista la línea recta, se-

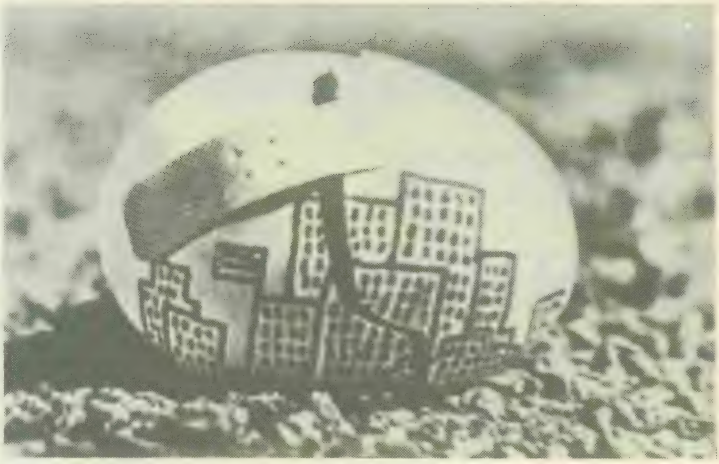
Einstein trabajó en la «teoría del campo unificado» a lo largo de 40 años. Entretanto, polemizaba con la última teoría de la física atómica y subatómica, afirmando su derecho a continuar trabajando sobre una visión unitaria, absoluta del mundo.

gún la cual se mueve un cuerpo, no está en el espacio, sino en el espacio-tiempo. Y en la vecindad de grandes masas materiales —como el Sol—, el espacio-tiempo sigue una geometría no-euclidiana y se curva: los cuerpos siguen continuamente los caminos más «rectilíneos» posibles, pero lo que es «rectilíneo» en el espacio-tiempo resulta curvo cuando se proyecta en el espacio. Todo evento que tiene lugar en el Universo es un evento que se verifica en un mundo tetradimensional de espacio-tiempo.

Para Einstein, «la naturaleza es una armonía interna tan maravillosa que tal vez, de hechos aparentemente desconocidos, se pueden deducir fenómenos todavía no observados, con tal sensación de seguridad, como para esperar sin temor, incluso sin curiosidad, la confrontación con la experiencia».

La teoría del campo unificado

La «relatividad restringida» y la «relatividad general» sólo han iniciado, según Einstein, el trabajo de geometrización de la realidad, la tentativa de construir una imagen del Universo sobre «leyes simples», lógicamente conexas, hacia la cual él habría tendido siempre. «La obra de Einstein, escribe George Gamow, se tradujo prácticamente en la geometrización de una vasta parte de la física; el tiempo se convirtió en un pariente cercano de las tres coordenadas espaciales y la fuerza de gravedad fue atribuida a la curvatura de este Universo tetradimensional. Pero las fuerzas eléctricas y magnéticas estaban todavía fuera del dominio de la geometría, y Einstein, que había ido tan lejos, concentró toda su inteligencia para poner riendas también al campo electromagnético. No fue casual que su construcción arrancara de una única constante, la velocidad de la luz, punto de partida de una colosal, grandiosa y sin embargo simple 'imagen del mundo'».



«Todo parece encadenarse en esta siniestra marcha de los acontecimientos. Cada paso parece una consecuencia inevitable del que lo precedió. Al término de este camino se perfila cada vez más claramente el espectro de la inanición general» (Einstein).

Einstein trabajó en la «teoría del campo unificado» a lo largo de 40 años, hasta el día de su muerte. Entretanto polemizaba con la última teoría de la física atómica y subatómica, afirmando su derecho a continuar trabajando sobre una visión unitaria, absoluta del mundo: «No puedo todavía presentar argumentos lógicos como sostén de mi tesis; sólo puedo traer como testimonio mi dedo meñique, es decir, una autoridad que no puedo pretender que sea respetada fuera de mi propio pellejo».

Un pacifista

Como podemos apreciar, Einstein está vinculado con las armas atómicas pero su trabajo concreto, a través de décadas, no se vincula con ellas. Pero tanto él como otros científicos están vinculados al desarrollo de las mismas, y pesará en sus conciencias el papel que les correspondió. Le pedirán, inútilmente, al presidente Truman, que arroje la bomba sobre el mar. Sería suficiente para que Tokio comprendiera que debía rendirse.

En 1950, ante la televisión norteamericana, condena la bomba H. Einstein afirma, no temiendo al maccarttismo, que «la bomba de hidrógeno aparece como algo posible, alcanzable en poco tiempo. El presidente Truman ha anunciado que su realización debe ser acelerada. Si este propósito se realiza, el envenenamiento de la atmósfera por medio de la radioactividad y, en consecuencia, la destrucción de toda forma de vida sobre la Tierra, entrará en el dominio de las posibilidades técnicas. Todo parece encadenarse en esta siniestra marcha de los acontecimientos. Cada paso parece como la consecuencia inevitable del que lo precedió. Al término de este camino se perfila cada vez más claramente el espectro de la inanición general». ■

R. L. S. y H. A. R.

Los papas contra el milenio

● «Esperaban la parusía y llegó la Iglesia»

Juan Aranzadi

«Luego vi a un Angel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena. Dominó a la Serpiente, la Serpiente antigua —que es el Diablo y Satanás— y la encadenó por mil años. La arrojó al Abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después tiene que ser soltada por poco tiempo. Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años».

(Apocalipsis, 20, 1-4)

EL increíble relanzamiento publicitario del catolicismo y el Papado que ha amortizado con creces los cuantiosos gastos de dos Conclaves seguidos, ha sacado a la luz, por medio de la recurrente **profecía de Malaquías**, un tema merecedor de más atención que la que frívolamente se le ha dispensado: el **Milenio.**

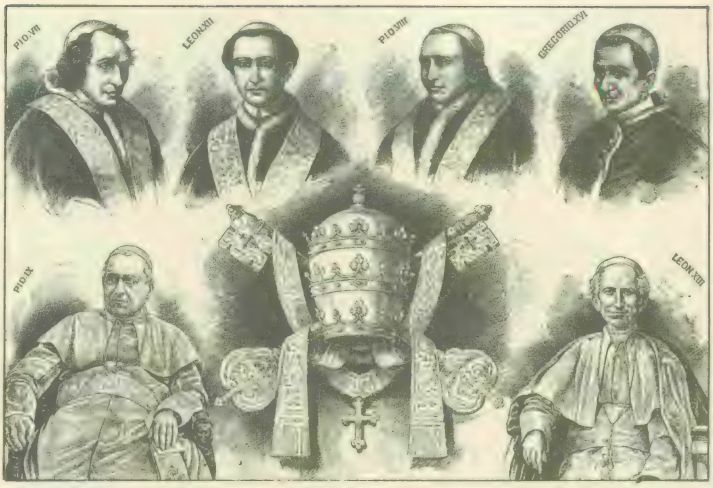
Cierto que a primera vista no ha sido sino uno más de los ingredientes (junto a las intrigas de los cardenales; la sonrisa-profidén de Luciani; su misteriosa muerte entre complots de la Curia, monjitas obligadas al silencio y rumores «a lo Borgia»; la sorpresa de un Papa venido del Este —eficaz plagio de Morris West— y un largo y cuidado etcétera) de la admirable promoción «a lo Travolta» del supuesto sucesor de Pedro y sus ovejas.

Cierto que a segunda vista sólo gentes de tan dudoso atractivo y escaso poder de convicción como adventistas, cuáqueros, testigos de Jehová y demás sectas crecidas a la sombra de la simpleza yanqui, parecen tomarse hoy en serio el asunto éste del Milenio, agotando nuestra paciencia con urgentes admoniciones al arrepentimiento y la virtud. (A alguna de estas tribus pertenecen, según todos los indicios, los jóvenes grupos proféticos que aparecen últimamente en todas las fiestas coreando la escatológica exhortación: «A follar, a follar, que el mundo se va a acabar»).

PARADOJAS

Y, sin embargo: **del Milenio venimos, en el Milenio vivimos y hacia el Milenio vamos.** De él venimos, ciertamente. Aunque quizá menos de su realización que de la lucha en su contra y de su tumba. El caldo de cultivo del **milenarismo judío** nutrió el mensaje de Jesús, el **cristianismo primitivo** y sus persistentes prolongaciones heréticas; sobre su mixtificación primero y su directa represión, más tarde,

se edificó el **cristianismo ortodoxo** y la católica **Iglesia** Romana. El creciente poderío de los Papas fue el paradójico resultado histórico del anhelo milenarista primitivo. Mas no por ello murió, sino que supo conservarse durante toda la Edad Media, en las «cruzadas de los pobres», los «mesianismos sibilinos», los «espirituales», los «flagelantes» y tantos otros, para explotar en los siglos XIV-XVI como lucha abierta y radical contra la Babilonia Romana. Husitas, taboritas, anabaptistas, supusieron para el Papado un auténtico «Retorno de lo Reprimido», insufrible rememoración del crimen original de cuya sangre nació la Iglesia. También la Reforma recibió su bautismo con sangre milenarista: las cabezas de Münzer y los campesinos sublevados en pos del Reino, señalan la moderada frontera de las transformaciones luteranas.
Sofocado, vencido, el milenario cristiano sólo se vengará del viejo mundo una vez «travestido», metamorfoseado, secularizado: primero los jacobinos, más tarde los bolcheviques, descubrirán (triunfando) la terrorífica similitud entre el Reino de Dios y el Dominio del Diablo. **Némesis** revolucionaria, cuyo compensatorio equivalente reaccionario es el paradójico destino de los misioneros cristianos convertidos en involuntarios agentes de la Revolución internacional: mal podían pensar estos abogados ideológicos del colonialismo que los fermentos milenaristas de la Biblia iban a germinar en los movimientos «nativistas» del Tercer Mundo, convirtiendo a los indígenas en decididos émulos de Macabeos y zelotas judíos.
Tales son los paradójicos cimientos milenaristas de nuestro mundo. Y a tal pasado, tal presente. W. E. Mühlmann no tiene empacho en considerar como derivación histórica de tales cimientos el utopismo, la xenofobia, el antisemitismo, el primitivismo (tanto bucólico como etnológico), el nacionalismo, el comunismo, el



El creciente poderío de los Papas fue el paradójico resultado histórico del anhelo milenarista primitivo. (Los Papas del siglo XIX).

anarquismo, el totalitarismo (de derechas o de izquierdas), el inmoralismo, el dogmatismo, e incluso el hedonismo social que subyace a la ideología del bienestar de la sociedad de consumo y la privilegiada valoración de lo irracional, por parte de las ciencias humanas actuales. Si algo no lo remedia, el Milenio es también el futuro.
Aunque la cosa suene a exageración y en parte lo sea, apunta a un problema muy real, con frecuencia subvalorado: la enorme **dificultad de liberarse del cristianismo.** Si por cristianas entendemos todas aquellas doctrinas y corrientes de ideas que históricamente se han reclamado tales, y no exclusivamente la estricta rama ortodoxa («herejía» —palabra griega que significa **secta**— que sólo se diferencia de las herejías por haber triunfado sobre ellas) se empieza a calibrar hasta qué punto sigue siendo cierto que **Occidente (y Occidente es ya hoy más o menos todo) es cristiano.** Tan desmesurado ha sido el sincretismo cristiano, tan demencial el esfuerzo teológico por conciliar lo inconciliable, tan variopinta la imaginación del creyente, que raro es el mito o rito pagano no asimilado y no hay absurdo ni desmesura no cristianizable. Contra demasiado alegres proclamaciones, hay que constatar que **no es tan fácil dejar de ser cristiano.** Desgraciadamente. ¿Desgraciadamente?
Algo de ello se vislumbra a través del antagónico equilibrio entre Papado y Milenio que la historia registra.

QUILIASMO Y ESCATOLOGIA

La creencia en el **Milenio** o **Quiliasmo** (del griego chilioi, mil) no es sino un componente o variante de la **escatología** (doctrina sobre los últimos días; deriv. del griego **tó éschaton,** lo último) judía y cristiana, resultante en cierto modo del compromiso entre el carácter puramente **terrenal** del primitivo mesianismo davídico y su progresiva **espiritualización** por influjo gnóstico y persa. Aunque los estigmas de este conciliador origen perduran a lo largo de toda su historia (explicando su frecuente función de puente entre la mística y la revolución), su carácter de fase terrenal **intermedia** para la consumación del Reino de Dios irá olvidándose y perdiendo importancia, hasta el punto de que por **«milenarismo»** puede correctamente entenderse un tipo específico de **soteriología** (doctrina de salvación) que concibe ésta como colectiva, terrestre, inminente, total (instauradora de la perfección) y milagrosa (lograda con el concurso de medios sobrenaturales), admi-

Tan desmesurado ha sido el sincretismo cristiano, tan demencial el esfuerzo teológico por conciliar lo inconciliable, tan variopinta la imaginación del creyente, que raro es el mito o rito pagano no asimilado y no hay absurdo ni desmesura no cristianizable. (Heliodoro arrojado del Templo, célebre fresco de Rafael, pintado en la segunda de las stanzie del Vaticano).

tiendo todo tipo de variantes en cuanto al procedimiento de obtención (espera pasiva o preparación activa, vía pacífica o violenta, camino de ascetismo y sacrificio o de anomismo libertino) y en cuanto al modo de plasmación (ascético o hedonista, espiritualizado o materialista, comunista o no).

El tronco principal y común de las diversas doctrinas milenaristas brotó en Palestina entre los siglos II a. C. y II d. C., período que registra una impresionante floración de literatura apocalíptica (apocalipsis = revelación) y escatológica: libros de los Macabeos, de Daniel, de Enoch, Esdras IV, Apocalipsis de Baruch, Apocalipsis del Pseudo-Juan, textos esenios de Qumran, en especial «Los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas», etc.

Tamaña eclosión milenarista resulta de la fertilización por el trasfondo socio - histórico palestino de la larga evolución ideológica de la religión israelita, cuyo punto de inflexión determinante (auténtico origen del judaísmo) lo constituye la deportación a Babilonia en el año 586 a. C. Ya para entonces había nacido la idea del **Mesías**, el Ungido de Dios (Christós en griego) como fruto de la lucha y conciliación entre la tradición profética yahvista y la configuración de Israel como monarquía de influjo oriental. La figura de Elías (símbolo del retorno a los orígenes de la fe israelita y de fidelidad a Moisés; signo preparador del día de la consumación divina) proyecta su inspiradora sombra sobre los profetas del siglo VIII a. C.: Amós, Miqueas, Oseas e Isaías condenan la conducta de los monarcas en nombre de Yahveh, proclaman la necesidad de retornar a un **orden social justo** acorde con el **igualitarismo** yahvista y profetizan como castigo grandes desastres que precederán al «día de Yahveh». En el Juicio que ese día tendrá lugar, serán condenados y castigados los israelitas inicuos y los enemigos de Israel, pero la esperanza de Salvación se mantendrá gracias a un remanente de justos, el **«resto» de Israel**, que tras la venganza de Yahveh reinará con El en una Jerusalén renovada, capital de todas las naciones. El «Deutero - Isaías» se alza ya a una visión **universalista** de la misión salvadora de Israel.

MESIANISMO PALESTINO

Esta incipiente ideología mesiánica experimentó un fuerte impulso y una importante transformación por efecto del cautiverio babilónico, cuyo comienzo coincide con los inicios de la actividad profética de **Zaratustra.** Su **dualismo** cósmico que ve el mundo atravesado por la lucha del Bien y el Mal penetró hondamente en el judaísmo, así como su **escatología** que predice la final victoria de las fuerzas del Bien tras el advenimiento del Salvador, y la consiguiente **resurrección de los muertos** y restauración de la tierra o **palingenesia.** El exacerbado angelismo y **demonología** que caracterizará el medio carismático palestino en tiempos de Cristo es también un legado de esta época.

Este complejo de ideas y, más tardíamente, otras de raíz griega, transmitida por influjo gnóstico, se va superponiendo (sin anularlo) sobre el primitivo **mesianismo davídico,** nacionalista, terrestre y político, cuya esperanza se cifra en la definitiva restauración de Israel.

La chispa que provocó la fusión de todo ello en un heterogéneo y potente **movimiento mesiánico** fue el intento de helenizar Palestina realizado por Antíoco IV el año 167 a. C. La respuesta judía fue la **insurrección de los Macabeos** en nombre de Yahveh, que venció a los seleúcidas sirios y consiguió la independencia nacional. Más tarde, la dominación romana reavivó el nacionalismo mesiánico judío, protagonizado ahora por el movimiento de los **zelotas,** fundado por Judas «el Galileo» y el fariseo Zadok el año 6 d. C. como respuesta al censo ordenado por Roma para cobrar tributo en Palestina. En ese clima de exaltación escatológica tuvo lugar la crucifixión de Jesús, condenado por delito de sedición. Pocos años más tarde (66 d. C.) la exigencia romana de rendir culto al emperador provoca la primera guerra judía, que comienza con la entrada en el Templo como Mesías del caudillo zelota Menahém y termina con la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70

d. C.; mientras Eleazar continúa la resistencia armada contra Roma, se suceden diversos Mesías, cuyo repetido fracaso no anula la fe popular en las profecías. El aplastamiento por Adriano del último de ellos, el caudillo de la segunda guerra judía (131-133), Simeón - bar - Kosiba, proclamado Mesías por el rabino Akiba, puso fin al milenarismo judío, cuya antorcha iba a ser pronto recogida por los cristianos.

Respondiendo a este trasfondo socio - histórico, la abundante literatura escatológica de la época eleva a un plano cósmico el combate político y desarrolla la **especulación mesiánica** en diversas direcciones, cuyo núcleo común es la figura popular del redentor davídico nacionalista, a la que se adhieren ahora una amplia gama de ideas e imágenes nuevas: el Mesías - Sacerdote, el Mesías - Profeta, el Mesías Oculto (en la tierra o en el cielo) y Revelado, el Mesías Muerto en el final combate apocalíptico que antecede a la redención final, etc. Los sucesivos fracasos de las rebeliones provocan en algunos casos una progresiva **espiritualización del mesianismo** (sustitución del combate armado por el ascetismo purificador, predominio de la espera sobre la acción, «idealización» del Reino de Dios), pero, por lo general, este gnosticismo judío, del que los **esenios** son el más acabado ejemplo, no rebasa el ámbito de sectas reducidas, pues su dualismo alma-cuerpo (de origen órfico - pitagórico) se enfrenta a la tradicional antropología unitaria hebrea.

El amplio abanico de ideologías mesiánicas que va de los zelotas a los esenios, pasando por los fariseos y los jasidim galileos, ofrece ya las variantes fundamentales que presentará el milenarismo posterior y a las que inicialmente nos referimos. Lo cual no tiene nada de extraño, pues el **mesianismo judío** constituye el perdurable **arquetipo** no sólo de los milenarismos medievales, sino también de los diversos **movimientos «nativistas»** surgidos en Africa, Asia y América como reacción al colonialismo europeo (escatología Tupi-Guaraní, profetismo indio de la Danza de los Espíritus, antonianos congoleños, revuelta Mau-Mau, cultos Cargo de Nueva Guinea, Mahdismo islámico, etc.). En él se dan no sólo las estructuras míticas básicas del milenarismo (fe parusíaca en un Salvador, topos de los «sufrimientos mesiánicos», mito de una perfección original recuperable, etc., etc.), sino también las premisas institucionales (medio carismático, emergencia de personalidades polarizadoras) y las **raíces históricas** perdurables de aparición del milenarismo: el **endeudamiento** como base socioeconómica de los conceptos teológicos de sacrificio, redención, expiación (de ahí el odio evangélico a los publicanos, la destrucción de los libros de deudas del Templo por los zelotas, el rechazo al tributo romano, etc.), la coincidencia de dominación étnica y explotación económica de clase, una situación de contacto cultural inter-étnico y sincretismo religioso, etc.

La creencia en el «Milenio» no es sino un componente o variante de la «escatología» judía y cristiana, resultante en cierto modo del compromiso entre el carácter puramente «terrenal» del primitivo mesianismo davídico y su progresiva «espiritualización» por influjo gnóstico y persa. (Estatua de bronce de San Pedro, del siglo V, que se guarda en la iglesia de San Pedro de Roma).

Sin embargo, la deuda más radical del milenarismo con el mesianismo judío, que explica por qué el hinduísmo y budismo no han producido sectas quiliásticas, es la **temporalidad lineal y conclusiva.** El tiempo hindú y budista, como el tiempo griego, **era** cíclico y ahistórico, el tiempo judío (y a su través, el tiempo cristiano y el islámico) **es** lineal: aunque eternamente inacabado y abierto, lo es ya antes del exilio babilónico que le añade la noción de consumación, de camino hacia el «fin de los tiempos»; lo es también en el cristianismo paulino y agustiniano, aunque la temporalidad histórica se halle providencialmente regida por la divina eternidad; lo es igualmente en los movimientos nativistas que le superponen el mito anaclítico del retorno a los orígenes.

Lo cual es tanto como decir que la conciencia histórica occidental es hija de la escatología judeo-cristiana y que la función que ésta ha desempeñado en los movimientos milenaristas ha sido la de insertar a los pueblos colonizados en la corriente (única) de la historia. Paradoja del anticolonialismo (y quizá de todo anti-...): aquello por lo que se opone es justamente lo esencial de lo que se le impone.

DE JESUS A PABLO DE TARSO

En este marco político - religioso tuvieron lugar los hechos que dieron origen al cristianismo: la predicación de Jesús, su crucifixión como culpable de sedición (es decir, por un delito civil, no religioso), la agrupación de sus discípulos tras su muerte y la peculiar interpretación que Pablo de Tarso hizo de todo ello. Lo que sobre tales hechos nos dice el Nuevo Testamento no ofrece excesivas garantías si tenemos en cuenta lo siguiente; el canon sólo llega a fijarse hacia el año 495, tras siglos de fuertes polémicas y radicales desacuerdos sobre la ortodoxia y carácter «revelado» de muchas obras finalmente aceptadas o excluidas como canónicas; los más antiguos documentos actualmente **existentes** en que aparecen es-

critos neotestamentarios canónicos (el Codex Sinaiticus y el Codex Vaticanus) son del siglo IV; la fecha de composición de los «originales» de que éstos proceden no es en ningún caso —a excepción de las Epístolas paulinas— anterior al año 70 d. C., siendo posterior, por tanto, a la toma de Jerusalén por Tito y la desaparición de la primitiva comunidad judeo - cristiana; entre todos ellos, la máxima —aunque relativa— fiabilidad histórica corresponde a los Evangelios Sinópticos, redactados en griego por cristianos pertenecientes a Iglesias de la gentilidad que someten la biografía de Jesús a interpretaciones teológicas influidas por la predicación paulina.

Los intentos de reconstrucción histórica de la figura de Jesús y del cristianismo primitivo en base al estudio crítico del material neotestamentario y su comparación con las cada vez mayores fuentes de conocimiento histórico de la Palestina de la época, han recorrido toda la gama de matices del mesianismo judío, situando a Jesús bien en la línea zelota, bien en la esenia, bien en la de los «jasidim» carismático. El peso político y la influencia social que el cristianismo conserva aún, ha teñido con frecuencia la investigación histórica de intereses políticos, especialmente por lo que se refiere al debate en torno al carácter revolucionario o conformista, violento o pacifista, del mensaje cristiano y al carácter terrenal o celestial del Reino de Dios anunciado. Diversos pasajes evangélicos permiten ambas lecturas, y los dos tipos de posturas se hallaban representados en el espectro del mesianismo judío, por lo cual la opción por una u otra nos dice más sobre la ideología del optante que sobre la de Jesús. Lo curioso es que el antagonismo con que ambas alternativas se nos presentan hoy se disuelve en gran medida en el seno de los movimientos milenaristas: la dialéctica de la espera y de la acción observable en numerosos nativismos medievales y modernos que han pasado con extraordinaria facilidad del adventismo escapista y pacifista a la acción violenta, y viceversa, revela que bajo la fuerte tensión creada por la inminente expectativa escatológica se disuelven fácilmente los contrastes entre los polos extremos de las sectas quiliásticas. La disolución de la personalidad opera como frecuente puente psicológico entre la mística quietista y la entrega fanática a un movimiento colectivo. El **rechazo común del mundo presente** une a gnósticos espiritualistas y a milenaristas terrenales más de lo que les separa su divergente valoración de lo material.

Equidistantes de unos y otros y esterilizando el núcleo escatológico, inspirador del milenarismo de uno y otro signo, la ortodoxia cristiana seguirá la nueva vía abierta por San Pablo en lucha con el judeo - cristianismo primitivo (varios escritos neotestamentarios conservan el eco atenuado, pero indudable, de este conflicto entre «dos evangelios»: Hechos, XV; Gál. II; I Tes. II, 14). La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén reaccionó al «shock» de la crucifixión de Jesús (considerada inicialmente como testimonio de su fracaso como Mesías) imprimiendo una original inflexión a la ideología mesiánica: la creencia en que Jesús es el Mesías prometido, pasan a fundamentarla en la fe en su resurrección (justificando de paso la necesidad de su muerte), recurriendo, en consecuencia, a

El tronco principal y común de las diversas doctrinas milenaristas brotó en Palestina entre los siglos II a. C. y II d. C., periodo que registra una impresionante floración de literatura apocalíptica. (Cuadro de escuela veneciana, que se conserva en la iglesia de San Martín de Landshut).

una doctrina de la Salvación en dos etapas que predice la **Segunda Venida del Mesías Resucitado**, esta vez como Rey triunfal y Juez universal. Esta **Parusía** era para los primeros cristianos inminente, configurándose sobre su espera febril una comunidad escatológica expectante, practicante del comunismo de bienes y una ética radical del altruísmo y el arrepentimiento, cohesionada en torno a la repetición de la fórmula **Maranatha** («el Señor va a venir»).

En contraposición a este mesianismo, San Pablo convierte la crucifixión en acontecimiento redentor que desplaza en importancia a la Parusía: la Salvación no es ya algo que se espere del futuro, por inminente que éste sea, sino que **ya** ha ocurrido con el sacrificio de Cristo, cuya expiación opera una transformación sobrenatural en quienes acogen en el carisma de la conversión individual. Por un mismo movimiento, San Pablo priva de sentido a la escatología, individualiza e interioriza la salvación y espiritualiza el Reino de Dios, convirtiéndolo en una realidad actual de carácter místico, en Cuerpo Místico, pneumático, cuya cabeza es Cristo, mantiene la fe en la Parusía y conserva el lenguaje escatológico, pero aquélla no aporta ya nada radicalmente nuevo y no será sino la definitiva transparencia «para el mundo» de la salvación ya presente. Aunque la doctrina paulina es en gran medida una gnosis moderada, su localización en el interior del hombre del origen del mal (identificado por los gnósticos con la materia) le permite sustituir el rechazo del mundo propio de éstos por la distancia interior frente al mismo, compatible con la obediencia y la sumisión al Estado y la autoridad. Es decir, San Pablo suprime del cristianismo las dos ideas nucleares que encierran potencialidades milenaristas: el rechazo del mundo y la espera de la Parusía.

LA IGLESIA

Aunque inicialmente el evan-

La sorpresa de un Papa venido del Este... (S. S. Juan Pablo II).

gelio paulino fue rechazado por las cabezas reconocidas de la primitiva comunidad cristiana (Juan, Pedro y, sobre todo, Santiago, el hermano de Jesús), el futuro era suyo: la desaparición de ésta como consecuencia de la primera guerra judía y el persistente retraso de la parusía, favorecieron el triunfo de Pablo. El camino abierto por él alcanza su culminación en los textos canónicos atribuidos a Lucas y Juan. Todo el cuarto evangelio (lleno de contradicciones con los Sinópticos) no es sino la interpretación teológica y mística de la vida de Jesús al servicio de una tesis que aúna la soteriología paulina y la teoría filoniana del Logos divino, añadiéndole lo que marcará el rasgo distintivo del cristianismo futuro: la Encarnación del Verbo. En él se le hace proclamar al propio Jesús el carácter exclusivamente espiritual del Reino de Dios (Juan XVIII, 36-37) y la desescatologización del mensaje cristiano es llevada hasta el punto de repudiar prácticamente la doctrina judía de la resurrección de los muertos y el juicio final para sustituirla por la teoría de la vida eterna en Cristo (desde ya) por la fe en El (Juan XI, 24-27). Pero quien realizará una completa reinterpretación de la escatología apocalíptica judeo - cristiana al servicio de la nueva teología paulina, buscando, además, la síntesis conciliadora de los «dos evangelios» en pugna, es Lucas, sobre todo en los «Hechos de los Apóstoles», verdadera acta de nacimiento de la Iglesia cristiana. En Lucas aparece claramente una interpretación intemporal del Reino, que deja de ser una realidad histórica para convertirse en entidad metafísica: «el Reino de Dios está dentro de vosotros» (Luc. XVII, 21). En virtud de dicha interpretación, el fenómeno Iglesia sustituye y desplaza en importancia al fenómeno Parusía; el tiempo de la Iglesia y el tiempo de la Parusía se superponen y confunden, pues la Resurrección de Cristo inaugura la Parusía de ahora en adelante, concibiéndose ésta no ya como un punto, sino como una línea indefinida: todo lo que en el mesianismo era futuro se irá haciendo con la Iglesia presente espiritualizado que se dilata y consuma en el futuro. Se halla aquí ya implícita la línea argumental antimilenarista que seguirá San Agustín en el libro XX de la «Ciudad de Dios». El arraigo entre los cristianos de la creencia en el Milenio era tal que aparece repetidamente en los escritos de los primeros Padres: Bernabé, Papías, San Justino, San Ireneo, Lactancio, Tertuliano, Victorino de Pau, Olimpio y Metodio sostuvieron la doctrina milenarista (no faltaron intérpretes materialistas, como Cerinto, que daban un sentido carnal al milenio o Commodiano que invitaba a tomar las armas para implantarlo). Ello obligó a San Agustín a proceder a una sutil y sistemática exégesis de los textos neo-testamentarios en que tal creencia se basaba para ofrecer una reinterpretación espiritualista carente de toda virtualidad revolucionaria; San Agustín identifica el Milenio con el tiempo actual desde la venida de Cristo hasta su aparición gloriosa al fin de los siglos: «porque

ahora la Iglesia se llama reino de Cristo y reino de los Cielos. Así que también reina ahora Cristo con los santos, aunque de diversa manera reinarán entonces».
El milenario Reino de Cristo, proclama San Agustín, es la Iglesia, poseedora de plenitud de poderes para atar y desatar, organización terrenal que tiende a confundirse con la espiritual Ciudad de Dios. El giro agustiniano es históricamente crucial, pues supone el encauzamiento del caudal milenarista hacia un terreno que, al tiempo que seca aquel caudal, sirve de cimiento a su futuro dique. Es enormemente significativo que la misma obra que sofoca el milenarismo cristiano siente las bases teológicas de la organización de la Iglesia e incluso de la aspiración al predominio sobre el poder temporal que constituirá la perdurable ambición del Papado.
Paralela a esta evolución doctrinal se desarrolla el surgimiento de la Iglesia como institución y su desarrollo organizativo. En el corto plazo de cuatro siglos tienen lugar una serie de cruciales transformaciones entre las que destacan: el nacimiento de la idea misma de Iglesia (inicialmente inexistente), el paso de la Iglesia concebida como comunidad mística viviendo una anarquía pneumática a la Iglesia entendida como institución organizada, la progresiva estructuración de las iglesias particulares a impulsos del desarrollo ritual y el nacimiento del clero, la evolución hacia el episcopado monárquico y el progresivo aumento de poder del obispo y el clero, la configuración de la idea de catolicidad de la Iglesia y el reconocimiento de la autoridad de los metropolitanos, el final predominio de los cuatro patriarcados (Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma).
Ni Cristo ni los apóstoles fundaron ni desearon la Iglesia. Tanto uno como otros vivieron convencidos de la inminencia en la realización del Reino de Dios. La idea de Iglesia nació de la universalización de la esperanza cristiana, de su trasplante a terreno griego. La expulsión de los conversos cristianos de las sinagogas judías obligó a la formación de comunidades cristianas autónomas en las que se registra un comienzo de desarrollo ritual (ninguno de los llamados Sacramentos fue establecido por Cristo o los apóstoles). Dichas comunidades lo eran de carácter místico y espiritual, carentes de toda organización fija y establecida y de autoridad doctrinal; en ellas gozaban de atención y predominio los «inspirados», profetas y apóstoles itinerantes a quienes guiaba el Espíritu «que sopla donde quiere». A medida que se fue pasando de la anarquía pneumática a la organización estructurada, estos profetas fueron temidos, preteridos y excluidos de la comunidad en favor de un naciente clero, cuyas funciones se limitaban inicialmente a los aspectos temporales, administrativos y preparatorios del ritual sin interferir en lo doctrinal o pastoral ni monopolizar la celebración de los ritos. Los primeros presbíteros (antiguos), episcopos (vigilantes) y diáconos (servidores) no eran sino lo que sus nombres significaban; sólo más tarde se convertirían en sacerdotes, obispos y diáconos.

Esta incipiente ideología mesiánica experimentó un fuerte impulso y una importante transformación por efecto del cautiverio babilónico, cuyo comienzo coincide con los inicios de la actividad profética de Zaratustra. (En la foto, Nietzsche).

A lo largo del siglo II va fraguando la convicción de la fraternidad cristiana de las diversas Iglesias particulares, basada en una **comunidad doctrinal** presuntamente fundada en la tradición apostólica. Tal convicción favorece la rápida evolución hacia el **episcopado monárquico** al estimular la confusión de las funciones de instrucción, edificación y administración. Inicialmente, los obispos (pues había varios en cada comunidad), como el clero en general carecían de autoridad doctrinal y pastoral; la lucha contra (entre) las herejías impulsó la autoadjudicación de tal autoridad por el obispo, aprovechando la necesidad de seguridad en la fe experimentada por la comunidad. Las persecuciones y las crisis heréticas favorecieron el triunfo del monárquico episcopal que consiguió en el siglo III que se identificara unidad de fe y unidad de organización. La naciente jerarquía episcopal buscó justificación en la tradición apostólica y se multiplicaron las legendarias listas que en cada una de las iglesias conducía desde un primer apóstol al obispo actual. El creciente poder del obispo, directamente elegido por toda la comunidad al principio y cada vez más autónomo y escogido en un ámbito crecientemente restringido, fue acompañado del creciente poder del clero (que incluía mujeres diaconisas y no obligaba al celibato). Algunos miembros de éste siguieron viviendo de su trabajo, pero en general se profesionalizaron y pasaron a «vivir del altar». La comunidad cristiana se jerarquizó, minimizó hasta la nulidad el lugar de los laicos y la Iglesia tendió poco a poco a dejar de ser la comunidad de los fieles para confundirse con los diversos escalones del clero.
La tendencia de las Iglesias particulares a consultarse, colaborar, ayudarse y llegar a un acuerdo doctrinal fue dando cuerpo a la idea de una Iglesia católica (universal) a la par que fue supeditando las Igle-

sias pequeñas a las grandes en un proceso que condujo en el siglo IV al reconocimiento de la autoridad de los metropolitanos, al nacimiento de arzobispos y a la proclamación por el Concilio de Nicea (en que se elaboró el Credo) de la primacía igualitaria de los cuatro patriarcados: Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma.
Dogmatización, jerarquización, centralización, tal es la triple tendencia que desde el comienzo guió el destino de la Iglesia.
Este proceso de metamorfosis de la Parusía y el Milenio en Iglesia pone de manifiesto un rasgo perdurable de los movimientos mesiánicos: la **función del fracaso de la profecía.** Todos los movimientos milenaristas sobreviven al incumplimiento de sus profecías, el fracaso no conduce nunca a la pérdida de la fe, sino a su inagotable reinterpretación en función de las perspectivas del grupo (verbigracia: la doctrina cristiana de la Segunda Venida del Mesías). Sin embargo, tal supervivencia suele realizarse al precio de un cambio de estructura que institucionaliza el movimiento en secta o Iglesia. La institucionalización va normalmente acompañada de una retirada del «Espíritu», de una pérdida del impulso espontáneo en beneficio de la instauración de un dogma que opera como factor de sistematización y racionalización teológica y como elemento de cohesión organizativa.
Tras cada aspiración milenarista, una Iglesia acecha su oportunidad.

SUPERVIVENCIAS HERETICAS

De todas formas, la metamorfosis del Milenio en Iglesia no fue completa, el triunfo del evangelio paulino sobre el mesianismo judío no fue total: la ortodoxia cristiana mantuvo un difícil equilibrio entre las fuentes ideológicas de que provenía. Además del lenguaje escatológico que las Epístolas paulinas conservan (aunque vaciado de sentido) y la concepción del Reino de Dios como inminente que Marcos y Mateo dejan con frecuencia aparecer, el canon incluye dos obras con una clara impronta del mesianismo judío: la «Epístola de Santiago» y el «Apocalipsis». Este último constituirá, junto al «Libro de Daniel», la inspiración doctrinal de todo el milenarismo medieval y el nativismo moderno tercer-mundista.
Pero la principal perduración del mesianismo original no cupo en los estrechos márgenes de la ortodoxia y se manifestó en diversas herejías de los primeros siglos.
Los **ebionitas,** a quienes se debe el «Evangelio según los hebreos», constituyen la última manifestación del judeo-cristianismo primitivo que rechazaba el evangelio paulino y seguía colocando en el centro de su fe la espera de la inminente Parusía de Cristo para instaurar su Reino. La difícil situación histórica de Palestina, su incómodo lugar entre judíos y cristianos y la carencia de desarrollo teológico de su doctrina, hizo que el evangelio ebionita languideciera poco a poco, perdiéndose con él los últimos restos de la primera fe de los discípulos de Jesús (el judeo-cristianismo subsistió en algunas sectas orientales que más tarde influirían en la educación de Mahoma, convertido así en heredero imprevisto, pero directo, de Jesús).
Mucha más importancia histórica tuvo el **montanismo,** movimiento milenarista, ascético y místico, estático y visionario, iniciado el año 156 d. C. en Frigia, cuando Montano se declaró la encarnación del Espíritu Santo, del «Espíritu de Verdad» que debía revelar el futuro. El anticlericalismo de los montanistas muestra la lógica profunda de una característica constante de los movimientos milenaristas: su afán anti-jerárquico, anti-autoritario, anti-institucional. La confianza en la pronta aparición de la «nueva Jerusalén» priva de sentido a toda organización «de este mundo»; donde el Espíritu sopla, sobra la Iglesia. De ahí que los montanistas postularan un retorno al rigorismo cristiano primitivo y a la simplicidad inicial, rechazando al clero y su organización jerárquica. Entre las profecías quiliásticas y las críticas contra la institución eclesiástica, entre las ansias milenaristas y la exaltación de la pobreza o el misticismo, habrá siempre unos fáciles vasos comunicantes; movimientos que comienzan en un polo terminan insensiblemente en el otro en virtud de su propia dinámica. El ojo de la Iglesia ha sido siempre muy sensible a estas

La sonrisa-profidén de Luciani; su misteriosa muerte entre complots de la Curia, monjitas obligadas al silencio y rumores «a lo Borgia». (S. S. Juan Pablo I).

fáciles transiciones, atajando prontamente lo que al principio pudiera parecer inocente: conocedora de todo lo que ella ha negado para levantarse, percibe claramente las conexiones entre las más diversas cosas que le nieguen.

Una conexión de este tipo se observa también en el movimiento **donatista**, nacido de una exigencia de pureza y rápidamente convertido en movimiento milenarista y social-revolucionario. Lo que comenzó como rechazo rigorista de un obispo con un pasado de lenidad y **traditio** (entrega de las Escrituras a la autoridad civil para escapar al martirio), durante la persecución de Diocleciano se agravó con la irrupción de los guerrilleros **circumcelliones** (soldados de Cristo), que quemaban los libros de deudas y vehiculaban una clara protesta social. El rechazo donatista de la validez de los sacramentos administrados por un ministro impuro, su radical rigorismo, su total exigencia de pureza a la Iglesia, impide prácticamente a ésta su existencia «en este mundo», al excluir cualquier transacción o compromiso con el mal por parte de la Ciudad de Dios. La teoría agustiniana de la **mezcla** de las dos ciudades o tipos de hombre mientras dure el mundo tendía a conceder a la Iglesia una capacidad de maniobra que los donatistas impedían. Fue la crisis donatista la que impulsó a San Agustín a defender la utilización del poder temporal para combatir la herejía, delimitando así claramente la frontera que en el futuro separará y opondrá el tándem Iglesia-Estado a los movimientos milenaristas.

LEYENDA DEL PAPADO

Decir tándem Iglesia-Estado es tanto como decir Papado, pues la historia de los Papas se confunde con la historia de la configuración estatista de la Iglesia, de la creación de un Estado eclesiástico y del intento de subordinación del Estado a la Iglesia. Al servicio de esa historia se gesta la leyenda del Papado. «Legenda»: lo que debe ser leído; durante muchos siglos, la fabricación de documentos fue la industria genuina de Roma. Se empieza tempranamente con las varias y contradictorias listas de obispos que hacen remontar hasta Pedro la «tradición apostólica» del episcopado romano. El año 451 asiste a la invención de una adición al canon 6 del Concilio de Nicea que probaría el temprano reconocimiento de la supremacía romana; la confrontación con el original griego mostró su inautenticidad. De similar modo, el Papa Zósimo había intentado poco antes colocar bajo la autoridad del Concilio de Nicea unos cánones favorables del de Sárdica, deformando además su sentido. Todo lo que «sabemos» de los Papas de los primeros siglos, lo debemos al «Liber Pontificalis», colección de biografías papales cuyos más antiguos pasajes remontan al siglo VI, redactadas al servicio de preocupaciones e intereses pontificios de su tiempo. De esa misma fecha es la adición por el monje Dionisio el Pequeño de cierto número de decretales papales a una colección de cánones conciliares; la costumbre cundió, buscando provocar un efecto de identificación de la autoridad de ambos tipos de documento. El procedimiento tuvo éxito y no se tardó en añadir decretales falsos a los verdaderos: el siglo IX vería toda una colección de falsificaciones, las «Decretales del Seudo Isidoro», que establecían la invalidez de una decisión conciliar no aprobada por el Papa y la pertenencia a éste del poder supremo de la Iglesia. Nicolás I aceptó agradecido las falsas decretales y Gregorio VII (1073-1085) incrementó hasta el vértigo las falsificaciones interesadas, que fueron reunidas en 1140 por el monje Graciano en un corpus que sentó la base jurídica de todo el sistema papal y fue abundantemente utilizado por teólogos que, como Tomás de Aquino, procedieron a fundamentar la autoridad pontificia. Si falsas son las bases del poder espiritual del Papado, no lo son menos las de su poder temporal: el siglo VIII asistió a la fabricación de una inexistente «Donación de Constantino» para inducir a Pipino el Breve a reconocer la soberanía territorial del Papa.

La investigación histórica ha ido descubriendo toda esta ingente superchería al tiempo que ha ido revelando que la pretendida supremacía de Roma es, antes del siglo XI, poco más que la frustrada pretensión de algunos (no todos) Papas.

Antes del año 1000 no se conoce ni una sola ocasión en que un Papa se haya pronunciado, **por su autoridad particular y propia**, sobre algún punto de doctrina, o haya interpuesto su persona entre un obispo y su grey en los asuntos

El increíble relanzamiento publicitario del catolicismo y el Papado que ha amortizado con creces los cuantiosos gastos de dos Cónclaves seguidos, ha sacado a la luz, por medio de la recurrente «profecía de Malaquías», un tema merecedor de más atención que la que frívolamente se le ha dispensado: el Milenio. (Cualquier día en la Plaza de San Pedro...).

ordinarios de una diócesis, o reclamado una contribución fuera de los países sometidos a su obediencia directa.

Antes de la caída del Imperio Romano, la doctrina de la supremacía papal no existe, ni tan siquiera en Roma. Ni un solo texto patrístico de los seis primeros siglos proclama la existencia legal de la autoridad pontificia y muchos le quitan valor, llegando en ocasiones (San Basilio en el siglo IV) a acusar al obispo de Roma de orgullo, de presunción y casi de herejía. Los siete primeros Concilios Ecuménicos fueron convocados por el Emperador y no por el Papa (que ni tan siquiera estuvo representado en todos), siendo los concilios o los sínodos y no el Papa quienes regulaban los asuntos de la cristiandad y se pronunciaban en los debates dogmáticos; con tan escaso respeto por la «infalibilidad pontificia» que el Concilio III de Constantinopla, por ejemplo, declara al Papa Honorio I culpable de la herejía monotelita, condena su memoria y hace quemar sus escritos.

Podrían multiplicarse los ejemplos de conflictos del obispo de Roma con otros obispos que demuestran que lo único que al pontífice romano se le reconocía en los primeros siglos era una primacía de honor, un gran respeto y cierto derecho al fraterno consejo, pero en ningún caso se aceptaba su autoridad doctrinal o disciplinaria. Baste con decir que desde la muerte de Constantino hasta el fin de la crisis iconoclasta (337-843), hay cisma probado (repartido en siete crisis) entre las Iglesias orientales y Roma, durante 248 años, casi la mitad del tiempo. Poco después vendrá el cisma de Focio y un siglo más tarde la definitiva ruptura de Miguel Cerulario; no parece que antes de ésta, los orientales respetasen mucho la pretendida autoridad de Roma. Y tampoco los occidentales, pues el cisma de Aquileya (553-700) mantuvo enfrentadas a Roma y separadas de ella las Iglesias de Aquileya, Istria, Liguria, Milán y Toscana.

La consolidación del Papado va a ser contemporánea de una reanimación del milenarismo cristiano, de una polifacética eclosión de herejías en lucha con las cuales curtirá el Papado su nuevo poder. (El cardenal Valerián Gracias, arzobispo de Bombay, en un descanso entre dos cónclaves).

Ni tan siquiera todos los Papas aspiraron a su primacía: Gregorio el Grande, a fines del siglo VI, rehusó aceptar el título de patriarca ecuménico o de obispo universal, calificando tales pretensiones de «tontería expresada a la ligera».

Pocas cosas, pues, más indefendibles que la leyenda de Cristo fundando el Papado en la persona de Pedro, Pedro muriendo como obispo de Roma y una larga y directa serie de Pontífices sucediéndole a los que la cristiandad siempre concedió la suprema autoridad y el don de la infalibilidad.

Ya vimos los grandes cambios y saltos habidos entre Cristo y la organización de la Iglesia. La evolución que conduce a ésta hasta la **monarquía papal** no es sino el resultado de la confluencia de dos factores: la perduración de la tendencia eclesiástica a la jerarquización y centralización y una larga serie de circunstancias políticas que darán forma diversa a esa tendencia. La capitalidad del Imperio hacía partir con buen pie a Roma en la disputa por culminar el proceso de centralización eclesiástica; la caída del Imperio occidental y el traslado de la capitalidad a Constantinopla promocionó a esta ciudad por encima de los otros patriarcados de Oriente y la enfrentó a las pretensiones romanas. La tendencia a la centralización se convirtió en tendencia a la bipolarización y el cisma de Cerulario convirtió inapelablemente a Roma en cabeza de la cristiandad occidental. Desde el siglo V, los Papas buscaron independizarse del Emperador bizantino, consolidar su poder temporal y alzarse con la suprema autoridad de la Iglesia. La alianza con los reyes francos en el siglo VIII constituye el comienzo de la triunfal andadura papal, que estuvo, sin embargo, al borde del descalabro en el siglo X, cuando el Papado se convierte en juguete de los barones romanos y las intrigas femeninas de la marquesa de Spoletto destronan y coronan Papas mediante asesinatos y envenenamientos. Otón I y el Sacro Imperio Romano-Germánico salvaron al Papado del oprobio para hacerlo caer en la dependencia del emperador. Pero los Papas reformadores del siglo XI, apoyándose en el nuevo espíritu de Cluny y en el ejército innumerable de los regulares, lucharán por la independencia y pondrán los definitivos cimientos de la monarquía que en adelante regirá a la Iglesia.

La represión de las sectas milenaristas y de los elementos mesiánicos del cristianismo fue la precondición de una evolución que condujo al Papado. La consolidación de éste va a ser contemporánea de una reanimación del milenarismo cristiano, de una polifacética eclosión de herejías en lucha con las cuales curtirá el Papado su nuevo poder.

Pero ésa es ya otra historia. ■

J. A.

(«ABC», 4-I-1949).

UN AÑO DE ESPAÑA FECUNDO EN POLÍTICA EXTERIOR

DECLARACIONES DEL MINISTRO SEÑOR MARTIN ARTAJO

«NUESTRO PAIS HIZO IMPERAR SU VERDAD SIN CLAUDICACIONES»

«Los triunfos políticos en el exterior se han obtenido sin ningún género de capitulación ni componenda por parte de España.» Con esta frase, el ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, expresó uno de los más importantes hechos políticos del año pasado.

Las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, publicadas esta mañana en nuestro querido colega «A B C», se imprimían al mismo tiempo

no regatea esfuerzo para el servicio de la Patria, personalmente, con sus declaraciones y escritos ha obtenido las más ruidosas conversiones de esas personalidades extranjeras a la causa nacional.

La dignidad nacional, en una época de tantas claudicaciones, no sólo se mantiene intacta, sino acrecida.

Uno de los acontecimientos diplomáticos más importantes para nosotros en 1948 fue el solemne canje de notas

(«Informaciones», 1-I-1949).

de un perezoso aburrimiento. Esto, que sólo las gentes sin visión podrán no advertir y que quizá no afecte al presente, comprometería decididamente el porvenir nacional, dejaría ese porvenir suspenso en el vacío. Y quiérase o no, sépase o se ignore, va a llegar para España la hora de prueba: hora de operar y crear, de regresar a un mundo agitado, pero en medio del cual ningún pueblo puede permitirse el lujo de estar solo. No sé si podemos en estas circunstancias ser puramente optimistas o pesimistas sobre las posibilidades de España. Afirmar, sin más, lo primero sería contribuir al adormecimiento general; incurrir en lo segundo sería peor que la muerte. Pese a mi aversión al tópico, es cosa que creo firmemente que, con todos nuestros defectos, hay aquí acumuladas fuerzas espirituales más sanas y más grandes que en los otros pueblos de Europa. El problema es, como siempre, ver de qué modo y con qué oportunidad esas fuerzas vayan a ponerse en acción.

EUROPA

CONTRA las apariencias, Europa se restablece o, mejor dicho, se restablecen los pueblos occidentales y más representativos de Europa. A pesar de la ineficacia democrática, a pesar —o acaso a causa— del acecho comunista y a pesar de la ruina material. Y sobre todo porque la voluntad americana de restablecer a Europa parece firme, sana y desinteresada, con lo que —en la medida de lo posible— triunfará en su propósito.

Mas es evidente que para que Europa sea Europa —ya que no el continente que predomine— no basta el restablecimiento de un grupo de pueblos al Este del telón de acero. Mientras Alemania —columna de este viejo mundo— siga en tela de juicio, dividida y maltratada, y Rusia posea media Europa, ésta no será más que un proyecto de campo de batalla. Mientras la sombra de una guerra se cierna sobre Europa, ésta no pasará de ser un recuerdo o un ideal. Y esto es lo grave: hoy parece imposible devolver la confianza a Europa, alejar la sombra de la guerra, cuando es evidente que no puede soportar esa guerra sin extinguirse sabe Dios por cuantas décadas.

El duelo entre Estados Unidos y Rusia se desarrolla hoy sobre países que desearían ser neutrales, que necesitarían muchos años de paz para recobrar su capacidad de «autodecisión». Sobre países «forzosamente democráticos» y seriamente enfermos que necesitarían muchos años de «autoridad» para recobrar su salud.

Por lo que se refiere al año que avanza, si no surge un chispazo catastrófico, creo que será para el mundo un año más de espera sin que estemos demasiado seguros de saber lo que esperamos...

(«ABC», 1-I-1949).

—Primero entras tú y obligas al cajero a fumarse un pitillo de «Ideales», y en cuanto pierda el conocimiento, entro yo y le quitamos los cuartos.

(«La Voz De Asturias», 23-I-1949).

HUMOR ESPAÑOL por Usa

TERRIBLE DUDA

—¿Me hace el favor? ¿Cuánto cuesta un paquete de cigarrillos «Ideales», que valían una cincuenta, ahora dos pesetas y marca en la envoltura una peseta con diez céntimos?

(«Informaciones», 15-I-1949).

LOCAL COMERCIAL
Traspaso piso mejor sitio Gran Vía.
Teléfono 22 32 03.

ESPAÑA-EUROPA 1949

Por Ramón SERRANO SUÑER

ESPAÑA

A lo largo del año 1948 ha venido haciendo crisis, hasta casi ceder por completo, la presión exterior de hostilidad que circuía la situación política de España. Sin que ello haya sucedido por virtud de ninguna maniobra o modificación de esa misma situación política. Las circunstancias del mundo, apreciadas por los Estados Unidos con criterio realista y con firme voluntad de intervención, han sido las determinantes de este cambio, previsto por casi todos. Sea como fuere este estado de cosas, ha de tener importante transcendencia en los asuntos de nuestra vida nacional. La citada presión exterior había fortalecido al régimen imperante, que en su protesta y en su resistencia frente a ella, encontraba, prescindiendo de sus obras, su justificación en toda conciencia española. Sería una gran injusticia no reconocer el acierto y alcance de la impavidez y la serenidad con que el Estado afrontó toda suerte de amenazas e intolerables sanciones, por obras de las cuales su suprema justificación ha radicado en estos años en el lema de la independencia nacional y en el temor, por parte de los españoles —de casi todas las tendencias—, a la situación caótica a que pudiera dar paso un cambio improvisado, radical e impuesto desde fuera. Esa presión exterior imponía también a España una limitación de recursos que impedía —diríamos que dispensaba siquiera de intentarlo— la resolución total de los problemas más apremiantes: la elevación del nivel de vida popular, el freno a la carestía, etc., etc.

Ahora, al cancelarse aquella situación, dos cosas debemos esperar del año que nace: Una ayuda o colaboración resuelta de los países pudientes para los que la situación de España en la Europa de hoy significa un alivio. Y una etapa nueva en la política española para quien las consignas «España, país privilegiado», «España, baluarte contra el comunismo», pasen a convrtirse de una fase inmóvil y de mera resistencia a otra de obligada actividad positiva y creadora. Porque, merced a las circunstancias anteriores, la vida española sufre hoy de una cierta atonía, de un desentendimiento colectivo peligroso,

Se acaba el mundo en 1950

El pastor protestante señor Smith está en Italia, nos dice nuestro corresponsal en Roma. El pastor protestante señor Smith tiene cierta importancia porque acaba de anunciar el fin del mundo para 1950. Esta es la segunda vez que se anuncia en Roma el final del mundo. De 1937 a 1941 se dijo que la tierra haría explosión antes de 1943...

(«Informaciones», 17-1-1949).

El bandolero "ALADINO", muerto por la Guardia civil

En la madrugada de hoy, martes, fuerzas de la 241 Comandancia de la Guardia civil, sostuvieron encuentro con bandoleros, dando muerte a los significados elementos ALADINO SUAREZ (a) "EL ALADINO" y EDUARDO OSORIO, autores ambos pero muy particularmente el primero, de varios atracos y asesinatos en los que siempre pusieron de manifiesto su perverso instinto y sangrienta ferocidad, manteniendo durante los últimos años preocupación en la zona del río Nalón.

(«La Voz de Asturias», de Oviedo, 26-1-1949).

1948 1949

Mensaje del CAUDILLO A LOS ESPAÑOLES

He aquí algunas frases de este importante mensaje de Franco:

«LOS SUCESOS DEL MUNDO CONTINUAN ACRECENTANDO NUESTRO PRESTIGIO, AUNQUE PERSISTAN, FIELES A LA MANIOBRA COMUNISTA, LAS INTRIGAS Y MANIOBRAS MARXISTAS.»

◆

«SE VENDRA A NOSOTROS EN CUANTO SE NOS NECESITE.»

◆

«EL AMOR Y COMPENETRACION DE LA COMUNIDAD HISPANICA, SON CADA DIA MAS GRANDES Y PROFUNDOS HACIA LA MADRE PATRIA.»

◆

«LA RENOVACION DEL PACTO IBERICO, AFIANZA LA SEGURIDAD Y CONFIANZA MUTUA DE ESPAÑA Y PORTUGAL.»

◆

«SIN DESDEÑAR AYUDAS Y AMISTADES, HEMOS DE CONFIAR EL RESURGIMIENTO NACIONAL A NUESTRO PROPIO ESFUERZO.»

◆

«HEMOS SUPERADO LOS AÑOS MAS DIFICILES Y SE NOS ABRE UN FUTURO CONSOLADOR.»

◆

«YO QUISIERA LLEVAR A LA CONCIENCIA DE TODOS LOS PRODUCTORES LA IMPERIOSA NECESIDAD DEL MAYOR RENDIMIENTO. PRODUCIR ES, POR TANTO, LA CONSIGNA DE NUESTRA HORA.»

(«Informaciones», 1-I-1949).

ANOCHE A LOS ESPAÑOLES

LA POSIBLE CAUSA DE LA CATASTROFE AEREA DE GANDESA

● **Una exhalación electrica pudo causar la muerte del piloto**

El ministerio del Aire ha facilitado la siguiente nota:

«A fin de orientar a la opinión pública acerca de las causas que pudieron motivar el grave accidente sufrido por el avión de la Compañía Iberia Ec-ABK, el día 23 de diciembre último, se hace público, una vez terminadas las informaciones pertinentes, que el avión reunía todas las condiciones técnicas exigibles, no pudiendo atribuirse a faltas de esta naturaleza la causa del accidente. Ha quedado demostrado que el avión volaba con normalidad entre nubes, a 2.300 metros y en la ruta prevista. A las diez y veintinueve horas, sobre el pueblo de Bot, comunicó el radiotelegrafista de a bordo que cambiaba de antena por fuertes atmosféricos. El accidente se produjo un minuto más tarde, chocando en caída vertical con una cota de 300 metros. No estando las cumbres en el lugar del accidente cubiertas de nubes, hay que atribuir como causa más probable de este dolorso suceso, la muerte del piloto por una exhalación eléctrica, accidente imprevisible, de frecuencia muy rara, y que ya ha sido causa de otros análogos ocurridos en líneas aáreas extranjeras».

(Nota oficial facilitada el 22-I-1949).

ADHESION DE LOS EJERCITOS DE TIERRA, MAR Y AIRE AL JEFE DEL ESTADO CON MOTIVO DE LA PASCUA MILITAR

El Caudillo afirma que "España será siempre grande, porque cuenta con la protección de Dios"

LA FIESTA DE LOS REYES MAGOS REVISTIO GRAN BRILLANTEZ

Repartos de juguetes entre los niños pobres de Madrid

(Agencia «Cifra», 6-1-1949).

(«ABC», 7-1-1949).

RADIOS A PLAZOS

NUEVOS MODELOS 1948 DESDE 1.500 PESETAS. DESCUENTO CONSIDERABLE EN TODAS MARCAS, PAGANDO AL CONTADO. Martín Mayor, Goya, 77 (entr. por el portal).

Dificultades para la construcción

Nos hablaba hace unos días un conocido contratista de obras de las dificultades que se presentaban para la construcción en general. Las dificultades en cuestión son anejas, a lo que parece, no solo a la mano de obra, que acaso no rinda todo lo que debiera, y de esto ya se ha hablado por las organizaciones radicantes en la capital de España, sino a los materiales necesarios para la ejecución de los trabajos. Entraban principalmente las tales dificultades en la falta o simplemente en la escasez de dos de los elementos que hoy mas se prodigan en las construcciones: el hierro y el cemento. Y no se trata solo de escasez, que ya es un hecho importante para que las obras no puedan llevar el ritmo que debieran, sino de carestía. Este es el problema. Una carestía a la que no pueden hacer frente muchos propietarios o constructores. Y no pueden hacer frente, porque si fuera a adquirirse al precio que se fija en los mercados, y que queda, naturalmente, al margen del oficial, la unidad de obra resultaría excepcionalmente cara, que es lo que está ocurriendo en muchos casos. De ahí la imposibilidad de que las viviendas puedan ofrecer unas rentas asequibles para la mayoría de las familias. Las rentas suben,

porque suben los precios de adquisición de los materiales, y esto crea situaciones difíciles. Nos citaba el contratista aludido algunos ejemplos sobre el precio de algunos materiales. Todos han subido como cabe presumir, pero él nos señalaba los que se habían establecido para la baldosa y el azulejo, por no citar otros. Recordaba que en época anterior a la guerra se pagaba el metro cuadrado de baldosa, incluida colocación, a unas ocho pesetas. Hoy no se fija a precio inferior a cincuenta. Véase la diferencia. Y esta diferencia es aún mayor en lo que respecta al azulejo, que se pagaba el precio unitario a unas doce pesetas, incluida también la colocación, hoy sube hasta las sesenta o setenta. Esto lleva al constructor a una desorientación completa, porque cuando se encuentra ante unos planos no sabe qué precios señalar contra posibles contingencias del mercado. Y el que contrata en estas condiciones se puede coger con facilidad los dedos, es decir, que puede perder mucho dinero. Y es verdad que se pierde. Por eso son menos cada día los constructores que se deciden a trabajar por contrata ante esas constantes oscilaciones de los precios, que van hacia arriba en lugar de descender, como podría esperarse. Esto no dice que no cabe hacerse demasiadas ilusiones en cuanto al descenso en los precios de alquiler. Se construye, pero no se construye barato. En consecuencia, las rentas tienen que ser altas, porque las circunstancias no permiten otra cosa. Y mientras no se multipliquen actividades para la fabricación de los materiales precisos, sin que haya que pasar por las penurias actuales, no se habrá avanzado nada en el camino de la baratura. Porque no es posible pensar en lo que es una quimera...

(«La Voz de Asturias», 18-I-1949.)

MADRID.—En el domicilio social de Palabra Culta se ha celebrado un reparto de ropas a los pobres y familias de presos. Presidieron el acto la marquesa de Huétor de Santillán, esposa del jefe de la Casa Civil de Su Excelencia el Jefe del Estado, doña Isabel de Borbón, y otras personalidades.

(«ABC», 4-I-1949).

DECLARACIONES del Primado español al "New-York Herald"

No hay en el mundo una nación con mejor legislación social que España

Nueva York.—El "New York Herald", publica una declaración del Cardenal Primado de España, doctor Pla y Deniel, en la que califica de injusta la decisión de las Naciones Unidas, del año 1946, sobre la retirada de embajadores de Madrid.

"Por fin ahora—declara el Cardenal entre otras cosas—los Estados Unidos reconocen la verdad de España", refiriéndose, con ello, a las visitas realizadas recientemente por varios representantes y hombres de negocios norteamericanos.

Bajo el régimen de Franco—afirma el ilustre purpurado español—se ha restablecido la paz y el orden, y creo no haya en el mundo una nación con mejor legislación social, que España. (Efe.)

(Agencia «EFE», 20-I-1949).

LA CERVEZA ESTA FLOJA... ¿Y USTED?

La falta de fuerzas, puede ser una consecuencia del estreñimiento.

LOS SUPOSITORIOS ROVI

de glicerina pura son el remedio del estreñi-
1.º—Los efectos deseados, se consiguen en el momento por usted elegido.
2.º—La deposición es normal.
3.º—La glicerina lubrifica el intestino y ejerce una acción cicatrizante.
4.º—No crean hábito.
5.º—No produce ningún trastorno en el tubo digestivo.

CONSULTE CON SU MEDICO
VENTA EN FARMACIAS

CADA AÑO SE IMPORTAN MENOS PELICULAS EXTRANJERAS

LA CENSURA, EN EL TEATRO Y EN EL CINEMATOGRAFO, HA DE SER PARA TODOS, DICE EL SEÑOR GARCIA ESPINA

«Las dificultades se resuelven con ingenio».

Por Luis DE ARMIÑAN

HABLAMOS hace rato y, a veces, las palabras de García Espina no se quedan en mi memoria porque la atención se va hacia la expresiva movilidad del hombre, que pone en su conversación un entusiasmo al que estamos poco acostumbrados. El director general de Cinematografía y Teatro es humano, hasta apasionado; desborda ideas y deseos: deben darle muchos disgustos. El tiene que hacer un esfuerzo para recordar que está ante un periodista; el periodista esforzarse, también, ante el futuro relieve de la letra de molde. Las palabras son vilanos; las letras, plomo. Y así fue el diálogo:

—Vamos a hablar del teatro Español...

—Tenemos dos teatros oficiales —ataja—. Ambos se reparten la tónica del teatro universal; los dos trabajan con clásicos: clásicos contemporáneos en unos y clásicos...

—El Español ha hecho obras de autores actuales.

—Casi por excepción. Puso en escena, entre otras, el gran éxito de Foxá, *Baile en Capitanía*, como ahora hará *Los tigres escondidos en la alcoba*, de Jardiel. El María Guerrero ha conmemorado el centenario de Tirso, pero ello no son más que recodos del camino.

—¿Qué le parecen las adaptaciones clásicas del Español?

—A Luca de Tena le atraen esos montajes brillantes y los realiza espléndidamente. Pemán está ahora termiando una versión poética del *Hamlet* para estrenarla pronto. Pone en ella todo su gran talento de escritor y su garbo de versificador.

—¿Qué piensa llevar la compañía del Español a Buenos Aires?

—Si se concreta el viaje llevarán diez o doce títulos montados de las obras más ilustres ya hechas en Madrid. El proyecto es que estén allí unos tres meses, al parecer. Ya sabe usted que ahora compañía del Español pasará Gran Vía para dejar su escenario a la Compañía argentina de la señora Serrador.

—¿Nacional en la República como la nuestra en el Reino?

—Viene, desde luego, bajo el patrocinio oficial del Gobierno argentino.

Don Gabriel García Espinosa.

—Dígame usted ahora algo sobre la cinematografía española.

—El *cine* es más industrial que el teatro, dentro, naturalmente, de una estética, como en toda obra de arte.

—¿No encuentra al cinematógrafo español en un nivel inferior al extranjero? Le haré más rotunda la pregunta: ¿No se otorgan premios a películas... regulares?

—Sí, señor. Pero aplicando siempre un sistema relativo en la apreciación de méritos. Esos premios los otorga el Sindicato Nacional del Espectáculo por delegación del ministerio de Industria y Comercio, y el Jurado que los discierne es presidido por el señor subsecretario de Comercio. Si se producen en España aproximadamente medio centenar, hasta

A PLAZOS RELOJES SUIZOS
15 años de garantía
GRANDES FACILIDADES DE DE PAGO
Envíos por correo. Pida Catálogo gratis.
COMERCIAL RELOJERA SUIZA
Apartado 66. - ZAMORA

De acuerdo con las disposiciones superiores ya conocidas, todos los periódicos que se publiquen en España, plazas de soberanía y Protectorado, hoy, primer martes de mes, destinarán cinco céntimos de su precio a incrementar el patrimonio de la Institución Escuela-Hogar San Isidoro, obra cristianísima creada por el Caudillo para acoger en ella a los hijos de los periodistas fallecidos.

(Nota publicada en todos los periódicos españoles el 4-1-1949).

diez son capaces de ponerse en línea con las buenas del extranjero. El porcentaje, como usted ve, es muy estimable... Créame usted que vemos muchas y muy malas «de fuera». Pasan semanas enteras sin contemplar nada que se pueda llamar interesante. Indudablemente en los estudios norteamericanos hay una crisis quizá por falta de Historia o porque la Historia es joven allí todavía. Se repiten mucho y vuelven a los argumentos que fueron un éxito hace años. El *cine* bueno actual es el italiano. Algunas películas de su postguerra son sensacionales. Lo hacen sobre exteriores realistas, un poco crudamente, porque ésa sí que es una raza vieja que está de vuelta y que tiene Historia.

—También aquí se vuelve al pasado, sobre todo esta temporada.

—La producción española, llena de dificultades a pesar de la enorme protección del Estado, es en conjunto buena. Y es la más barata del mundo; por eso quieren venir aquí —y vienen en algunos casos— productoras extranjeras a hacer sus películas. Nuestros estudios están algo anticuados por falta de medios. Son espléndidos en arquitectura, pero su mecánica es de antes de la guerra y las dificultades se vencen sólo con ingenio y con esfuerzo personal: se inventa, se improvisa y se resuelven los problemas. Ellos, fuera de España, aprietan un botón y tienen lo que precisan. Los nuestros son como niños gigantes. Si se tiene esto en cuenta, ¿qué podríamos hacer si poseyéramos los elementos que a los demás les sobran? Debemos ser justos.

—No fue un éxito *El Quijote*, ¿verdad?

—No fue un éxito comercial, como tampoco lo es el fabuloso libro. Estas cosas se hacen por propio prestigio y por español convencimiento, y debemos agradecer el esfuerzo de la productora, en este caso Cifesa. *Locura de amor*, en cambio, ha dado ya y sigue dando una fortuna.

—¿Tendrá alguna culpa esa costumbre de ser el director su propio guionista, el que hace los diálogos y, en fin, acaparador de actividades, repartidas fuera de España?

—No crea usted que es una ambición económica la que lleva al director al acaparamiento de funciones. En total todo eso es un puñadito de pesetas.

—Todo es pequeñito y las partículas pueden ser tentadoras.

—Se pagan alrededor de cincuenta mil pesetas por los derechos sobre el argumento de una novela.

—Diez mil duros aún es dinero...

—Faltan especialistas y se ve claramente en los concursos que se convocan. Hacer un guión es tener dentro de la cabeza la película entera. Por ahí, una profesión muy seria. Aquí, todavía, un poco de deporte.

—Hablemos algo de la censura en la especialidad cinematográfica.

—Yo no tengo inconveniente alguno.

Piensa un instante y añade:

—Las películas extranjeras tienen una clasificación a efectos de Aduanas, según su categoría y comercialidad. Las españolas se clasifican por la Junta Superior de Orientación Cinematográfica, que yo presido, en cinco clases: primera, «a» y «b»; segunda, «a»

BANCO COCA

FUNDADO EN 1893

Desea a sus clientes y amigos un próspero y feliz año de 1949 y se complace en ofrecerles sus SERVICIOS BANCARIOS, tanto en su

Central de SALAMANCA

como en sus Sucursales de:

MALAGA — VALENCIA — MURCIA

Puente de VALLECAS, MADRID - Tel. 27 12 67 - GUIJUELO Y LEDRADA

Doña Virginia Fábregas.

y «b», y tercera. A cada uno de estos apartados le corresponden, de cuatro a uno, los correspondientes permisos de doblaje, y ninguna para las de tercera. A su vez el ministerio de Industria y Comercio, a través de otra importante Junta de clasificación que preside el señor subsecretario de Comercio, juzga las películas españolas a los efectos de otorgamiento de los oportunos permisos de importación, según la categoría de aquéllas. Y entre los permisos de doblaje otorgados por el ministerio de Educación a través de esta Dirección General, y los de importación, concedidos por el ministerio de Industria y Comercio, se consolida una eficacísima protección a la producción cinematográfica española. Comprenderá usted fácilmente cómo las productoras afinan sus méritos antes de lanzar su película. Y comprenderá usted también cuál es nuestro martirio ante las lamentaciones *à posteriori*...

—Y la censura, ¿juega en esa pugna?

—No, señor. Y, mire usted —afirma resuelto—, la censura no puede ser de tipo partidista. Prescinde, naturalmente, de todo lo pornográfico y antidogmático, pero no puede transigir con otras peculiaridades.

—Así puede ser perfectamente compatible con otros matices.

—Exacto. Las respetabilísimas organizaciones de diferente tipo deben dar sus rojos, verdes y azules, que aconsejen sus miembros, pero este criterio no ha de ser impuesto al Estado, cuya función es distinta. En la Junta hay un vocal eclesiástico y un suplente, nombrados por el señor obispo, con voto de preferencia en cuanto se refiere al dogma y a la moral, que puede llegar hasta el veto, aunque no se ha dado nunca este caso, porque el resto de los vocales son tan rígidos en esas cuestiones como el representante de la Iglesia. Pero la censura del Estado es para todos y por tanto, necesariamente, más abierta. Para el Estado no puede haber, además, departamento estancos.

—¿Se importan muchas películas?

—Estas cifras puede dárnoslas el presidente de la Subcomisión Reguladora de la Cinematografía, don Fernando de Galainena.

Llama al teléfono y dicta:

«En 1945, se importaron 289 películas; en 1946, 254; en 1947, 195, y este 1948, 126 de largo metraje y 57 cortas. Nosotros, en el año actual, hemos exportado 30 películas.»

—Gracias. ¿El año fue?...

—Lo más destacado del año es la convocatoria para el teatro lírico que tiende a la creación de esa especialidad como ya tenemos la de verso en el Español y el María Guerrero. El ministro de Educación está muy interesado y quiso que se concretara el concurso en las compañías que se comprometan a actuar por lo menos tres meses en Madrid o en Barcelona, con las demás características que se fijan. La subvención a otorgar es de 300.000 pesetas. Si esto fuera bien, se intentaría la creación del teatro lírico nacional, cuya dificultad mayor es el local.

Pepita Serrador.

—Económicamente, ¿ha ido bien el año?

—Los líricos posiblemente han liquidado menos que los dramáticos: es muy caro ese género. Otros años fueron mejores que éste, pero, poco o mucho, todos se han defendido y los dueños de locales, más que sus asociados o arrendadores.

—¿Quita público el *cine* al teatro?

—No. Cuando se hace buen teatro, la gente va. Los dos oficiales se defienden, se sostienen. Pero hay que cuidar al público y ofrecerle cosas interesantes.

—Y pasión, y, también pasiones.

—Muchas veces, lo menos importante es que se besen dos novios en la pantalla. La vida es así.

«ABC», 1-I-1949.)

CINE ESPAÑOL

PELÍCULAS Y GUIONES PREMIADOS

Reunido el Jurado calificador del concurso de guiones, convocado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, para el presente año, acordó, por mayoría de votos, conceder el primer premio, de 75.000 pesetas, al titulado «Europa», adaptación de doña Natividad Zaro y don Manuel Suárez Caso, del capítulo del mismo nombre de la obra

He aquí un espléndido trabajo cultural:

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

CERCA DE UN CENTENAR DE INSTITUTOS. — 74 REVISTAS.— 2.800.000 PESETAS GASTADAS EN PUBLICACIONES. — UNA BIBLIOTECA CENTRAL CAPAZ PARA 700.000 VOLUMENES.— BIBLIOTECAS ESPECIALIZADAS EN CADA INSTITUTO.—RESURGIMIENTO DE LAS CIENCIAS SAGRADAS

Mañana culminan los trabajos del XI Pleno del Consejo de Investigaciones Científicas con la solemne sesión de clausura

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas tiene en su seno cerca de un centenar de Institutos. En ellos se estudian todas las actividades del saber humano. Como es natural y consustancial con nuestra tradición cultural, las ciencias teológicas han manifestado su actual esplendor a través del Instituto Suárez.

publicación asciende a más de 4.0,000 pesetas, siendo la Argentina, Méjico y los Estados Unidos los países extranjeros donde han alcanzado mayor difusión, Madrid y Barcelona dan el mayor número de suscriptores de las publicaciones del Consejo.

Los servicios gratuitos del Consejo, en cuanto a intercambio de revistas y publica-

Esta obra de propio resurgimiento se ve completada con las visitas de hombres de ciencia del Extranjero, que este año suman varios centenares, entre las que destacan las realizadas por el descubridor de la penicilina, doctor Fleming, y otras autoridades en el campo de las ciencias experimentales y especulativas.

Ante la presencia de los ministros de Educación Nacional, Industria y Comercio y Obras Públicas, el Patriarca de las Indias leo un interesante trabajo durante el Pleno del Consejo.

(«Informaciones», 28-I-1949).

JOAQUIN TURINA

A los sesenta y siete años de edad, ha fallecido en Madrid el ilustre compositor y musicógrafo sevillano D. Joaquín Turina.

(«ABC», 15-I-1949).

«La sangre de las almas», original de don Tomás Borrás; segundo, de 50.000 pesetas, al titulado «Cuando el pasado muere», de don José María Belloch y Puig y don Jaime García; tercero, de 25.000 pesetas, al titulado «La honradez de la cerradura», adaptación de don Luis Escobar de la obra del mismo nombre original de don Jacinto Benavente, y hacer pública la satisfacción del Jurado por la buena calidad de los trabajos presentados y hacer mención de los siguientes: «Una nueva ilusión», de don Rafael López de Haro y Moya; «La vida es otra cosa», de don Vicente Escribá Soriano y don José Rodulfo Boeta; «La patrulla», de don José María Sánchez Silva y don Rafael García Serrano; «Vuelve el amor», de don Antonio Fraguas Saavedra; «Vivir, ¿qué es eso?», de don Joaquín María Marrodán Lodares; «La sangre de las almas», adaptación, de don José Luis Gómez Tello, de la obra

LA REAPERTURA DEL
CAFE-RESTAURANTE LISBOA
Mayor, número 1, se efectúa hoy
SABADO 31 DE ENERO
LA NUEVA DIRECCION se complace en ofrecerles una selecta y variada COCINA NACIONAL Y EXTRANJERA

(«ABC»«, 30-I-1949).

del mismo nombre, de don Tomás Borrás, y «Confusión», de don Carlos Caba Landa.

PELICULAS PREMIADAS

También el Jurado calificador ha hecho público su fallo para las películas premiadas, que son las siguientes:
El primero, de 500.000 pesetas, a «Locura de amor», producida por Cifesa; el segundo, de 450.000 pesetas, a «Botón de ancla», producida por Suevia Film-Cesáreo González; el tercero, de 400.000 pesetas, a «Don Quijote de la Mancha», producida por Cifesa; el cuarto, de 350.000 pesetas, a «La calle sin sol», producida por Suevia Films-Cesáreo González; el quinto, de 300.000, a «Las aguas bajan negras», producida por Colonial Aje; el sexto, de 250.000 pesetas, a «Don Juan de Serralonga», producida por Pecsa Films.
Teniendo en cuenta los méritos especiales que concurren en la película «En un rincón de España», producida por Emisora Films, por tratarse de la primera realizada en color con un sistema nacional, este Jurado estima oportuno proponerla para la concesión de un accésits de 250.000 pesetas.
Este Jurado se complace en hacer pública mención de las películas «Mare Nostrum», producida por Suevia Films-Cesáreo González, y «El marqués de Salamanca», de don Edgar Neville.
Adjudicar los premios de películas de corto metraje que a continuación se mencionan:
El primero, de 35.000 pesetas, a «Imaginería castellana», producida por «No-Do»; el segundo, de 30.000 pesetas, a «La capilla del Espíritu Santo», producida por Universitas Films; el tercero, de 25.000 pesetas, a «A la sombra de la mezquita», producida por «No-Do»; el cuarto, de 20.000 pesetas, a «Benlliure, escultor inmortal», producida por don Arturo Pérez Camarero; el sexo, de 10.000 pesetas, a «En estos años de paz», producida por el Patronato Nacional Antituberculoso.

(Nota oficial publicada el 29 y 30-I-1949).

REGALOS PARA REYES
GUANTES - BOLSOS - CARTERAS
ARTICULOS PIEL EN GENERAL
Fabricación propia.
R. LOBON
MAESTRO VICTORIA, 2
(Continuación plaza Celenque)

Crónica de Nankin

Todos los valores del Banco Nacional de China, transportados al sur

El generalísimo Chiang Kai Cheg redacta un mensaje de despedida explicando su dimisión

(Agencia «EFE», «La Voz de Asturias», 21-I-1949).

HENRY S. TRUMAN, TRIGESIMO PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS, jura el cargo

Está dispuesto a continuar prestando todo su apoyo al plan de recuperación de Europa

"Haremos llegar los adelantos científicos y los progresos industriales a las zonas desarrolladas pobremente"

(Agencia «EFE», 20-I-1949).

Contra la detención del Cardenal Primado de Hungría

Siguen llegando al Vaticano testimonios de protesta de todo el mundo

EL AYUNTAMIENTO DE MADRID SE ADHIERE A LA PROTESTA

PROTESTA DEL GOBIERNO CHILENO

Santiago de Chile.—El Presiden-

(Agencias «Logos» y «EFE», 21-I-1949).

PHILIPS

RECEPTORES

LA MAS AVANZADA TECNICA

ULTIMOS MODELOS

RADIO ELECTRA

HORTALEZA, 2

Limpiabarros de coco para entradas y portales

ALFOMBRAS Y LINOLEUM

Primera casa especializada en su venta y colocación. — Fundada en 1895.

Salinas

Carranza, 5. - Teléfono 23 23 70.

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

La verdadera "ópera de cuatro cuartos"

Una aproximación a la etapa de la «ópera flamenca»

Félix Grande

LO cuenta Ricardo Molina. En el verano de 1963 y con motivo de un homenaje a la memoria de Silverio «pasé una noche en Morón, la patria de Bermúdez. Nadie se acordaba de él. No así en Puente Genil, su patria de adopción, donde dejó un buen discípulo: José Bedmar El Seco, hoy con ochenta años. Tomando un día unas copas en un bodegón, el dueño hizo traer de su casa el diploma en que se le otorgaba a Diego Bermúdez el premio Zuloaga de Cante, en Granada, del año 1922...».

¿DONDE enterraron al Tenazas? Descanse en paz sea donde sea. Mas la pregunta es otra: durante varias décadas, ¿dónde enterraron al flamenco? ¿Quién se acordaba de él? ¿Cuáles de sus discípulos envejecían esperando tiempos mejores? ¿Qué tabernero mitológico guardaba en el lugar más silencioso de la casa el antiquísimo, amarillo diploma de los cantes? La historia pública del flamenco comienza con el siglo XIX y nunca es invisible.

La historia interna del flamenco comienza entre los pliegues más secretos del siglo XVIII, aparece a la luz de forma ocasional o tangencial, desaparece, vuelve a reaparecer. Es un Guadiana sucesivo. Historiar al flamenco en su dimensión pública y más o menos popular es posible; cada cual repasa esa historia como cree conveniente, de acuerdo con su ideología, su capricho o sus gustos. Historiar al flamenco en su versión interna, en sus movimientos defensivos, en sus retiradas ante las agresiones mistificadoras, es imposible. Ese animal de rumia extraordinario, cuando se advierte malherido, se oculta, se restaña, se cura, convalece, se fortalece y vuelve a aparecer. Lo que sucede durante sus desapariciones lo ignoramos: sólo sabemos que durante esas convalecencias se alimenta de raíces. Se vuelve lo que tal vez nunca dejó de ser: una anacoreta de música. Desconocemos dónde se oculta exactamente ese animal que, como la libertad, es a la vez frágil y eterno. Pero lo sospechamos: en sus antiguas cuevas horadadas sobre la roca de los pueblos andaluces serranos (en una de esas cuevas rumiaba el cante Manolito el de María, hasta que se murió), en algunos patios de vecindad, en tal o cual gitanería, en las tabernas andaluzas donde el vino es barato y donde los parroquianos ritualmente se beben su pobreza en la madrugada. La supervivencia del cante nos ofrece dos planos: en uno sobreviven como pueden los cantaores; y «como pueden» quiere decir, a veces, prostituyendo el cante; en otro plano sobrevive el cante, encerrado en sus míseras y seguras topografías y guardado por algunos centenares, quizá no más de un centenar, de andaluces a quienes el orgullo, el suyo y el del cante, no les consiente ceder una herencia expresiva a la voracidad de una demanda cuya filosofía es casi siempre la trivialización.

En ocasiones se oculta tan intensamente que parece que ha muerto o que se va a morir. La historia de los disfrutadores del flamenco está llena de tales sobresaltos. Ya en 1881 **Demófilo** temía que el cante se extenuara y desapareciera. En

CENTRO ARTÍSTICO GRANADA AÑO 1922

PRIMER CONCURSO DE "CANTE JONDO"

D. Manuel Ortega natural de Sevilla de 21 años de edad, ha obtenido el primer premio en la 3ª sección del programa.

Granada 14 Junio 1922.

El Presidente, Antonio Chacón

El Secretario

Diploma concedido a Manolo Caracol, en 1922. La firma del Presidente del Jurado es la de D. Antonio Chacón.

1922 Falla temía lo mismo. Ambos desconocían la terrible voluntad de salud que no abandona al cante nunca. Cuando **Demófilo** conversaba con Silverio y con Juanelo de Jerez, el rastrillo de los **Café-cantantes** arrumbaba a los cantes básicos, al tiempo que imponía (a veces, no lo neguemos, con fortuna) los cantes derivados y aún los cantes advenedizos: más espectaculares, menos íntimos. Más comerciales, menos desgarradores. Con todo, **al café-cantante** se le pudo llamar «tremendo confesionario profano» (1).

En la década de los veinte, y desde entonces hasta la década de los cincuenta, la trivialización será más vasta y no creará prácticamente nada. En el siglo pasado, desde la ilustre tradición del fandango andaluz, con mayor o menor dosis de acarreo morisco, nacen formas que en su propio proceso alcanzarán categoría flamenca: la malagueña, los fandangos mismos, aflamencados o gitanizados, los cantes de las minas. Desde los años veinte, el proceso de compraventa dejará menos margen a la creación. Sobrevendrá la dictadura del fandango deslavazado o superbarroco, la vidalita, la guajira, la casi pestilente milonga (2).

«Se creó y prohijó un cante (síntetiza González Climent) a imagen y semejanza de la sensibilidad burguesa: los fandanguillos. Todo este proceso culmina en la ópera flamenca». Y añade que lo flamenco «vuelve a repugnar a la 'sensibilidad media'. Se piensa que darle beligerancia comporta una manera de volver a la carreta, a los Siete Niños de Eci-

(1) Más atrás hemos dedicado unas páginas a la etapa de los **cafés-cantantes.** *En ellas hemos señalado los aspectos desfavorables y los aspectos positivos. Recordemos de nuevo esa época con la ayuda de unas líneas de González Climent: «En la época primitiva o romántica del cante flamenco, el cantaor sólo tenía que trazar un autorretrato para imprimirle poder y drama al jipío (...). Los cantaores eran todos ellos ejemplario de congoja humana. Tenían sobre sí una intensa línea biográfica. Sus vidas, conocidas en detalle, meten un repeluzno grande en el alma, por lo negras y cortadizas (Canario Chico, El Canario, Antonia la de San Roque, El Loco Mateo, La Rubia, etc.). En aquella época, ciertamente, pareciera que sólo aquellos que se entregaron con riesgo e intensidad al fluir de la vida, fueron los que tuvieron el título de cantaores flamencos (...). De un mero repaso biográfico de la época se ve cómo el infortunio jalonaba los andares de aquella grey cantaora. Un mal sino general impregnaba, diríamos gremialmente, la vida azarosa de aquellos flamencos tremebundos. Las coplas acusan nombres y hechos concretos. Había cantes sólo posibles para un determinado cantaor. Era directísima la fuente dramática (...). El cante ochocentista era más grito que gorjeo, más llanto que narración, más arte a puertas cerradas que escenografía teatral. Antes, los cantaores se sentaban para introvertirse, para regodearse en el impulso de lo más entrañal. El café-cantante era un tremendo confesonario profano». Retengamos esta interpretación de aquella etapa. Ello nos ayudará a auscultarle su decadencia a la época de la* **ópera flamenca.**

(2) Cuenta José Blas Vega que Manuel Escacena «fue quien popularizó la milonga,más famosa; nos referimos a **Juan Simón el enterrador,** *milonga que aprendió escuchando a los toreros mejicanos que vinieron a España con Rodolfo Gaona hacia el año 1911. La popularidad del tema culmina con la puesta en escena del drama* **La hija de Juan Simón,** *original de José María Granada y N. M. Sobrevilla, estrenada en Madrid, en el Teatro de La Latina, el 28 de mayo de 1930 por la compañía dramática de Manrique Gil. En el reparto figuraban los siguientes artistas: La Andalucita, La Gabriela, El Sevillanito, Niño de Almadén, Niño de la Puerta del Angel y José Ortega. Tras el éxito popular de esta obra teatral se realizó una película interpretada por Angelillo, que también gozó del favor del público». Cualquiera de nosotros, por algún enigmático y mayúsculo pecado, hemos llegado a padecer el agravio de aquellas infernales estrofas y el castigo de la imposible estética gutural de Angelillo, tan apoyada en lo que un muy preciso bautista ha podido denominar «bravuconadas de gaznate». Tal* **strip-tease** *mandibular conseguirá ofender los oídos, y hasta los ojos, de tres o cuatro décadas. Estos crueles, pero de todos modos aminorados juicios, son extensivos a las vidalitas, las guajiras o aquellos cantos tipo «Era un jardín sonriente, / era una tranquila fuente / de cristal, / y era a su borde asomada / una rosa inmaculada / de un rosal». La anemia expresiva de esta copla entre botánica y rococó es una muestra pálida de la anemia expresiva con que era interpretada y con que se nos atormentó durante años, sin tener compasión ni siquiera de los niños que escuchábamos desde la general o gallinero, ¡y ni siquiera de los ancianos!*

D. Manuel de Falla (óleo de Ignacio Zuloaga).

ja, a Carmen, cuando precisamente es la única escapatoria. El pueblo-masa, de contragolpe, se va haciendo los mismos ascos. Las siguiriyas dejando paso al garrotín, los martinetes a la zambra presuntuosamente sinfónica, don Antonio Chacón a Pepe Blanco (3), la Niña de los Peines a Juanita Reina, Venta Eritaña al Teatro Calderón, de Madrid, el jipío al «gaiterismo». Climent llama «gaiteros» a los cantaores «que se entregan a un verdadero éxtasis del gorjeo, estirado y superpulmonar»: recuérdese Antonio Molina y su «bonita canción que lleva por título **El macetero**». A todo lo **producido** en esa etapa no se le puede llamar nauseabundo: a buena parte, sí. Dentro de tal desaguisado, los viejos maestros se comportaban como podían. Unos se plegaban en mayor o menor medida a la demanda, seguro que jurando en voz baja, es decir, opositando a la esquizofrenia: simplemente para comer. Otros convertían su desengaño en libertad y se alejaban de aquella cacareatoria bolsa de valores. O el huracán de la época los apartaba sin respeto. Don Antonio Chacón, que había colaborado en el esfuerzo por llevar el cante a los teatros, llegó a ser, como escribe Ricardo Molina, víctima de su propia obra: «En los últimos años de su vida hemos sido testigos de su fracaso en teatros andaluces, donde el público mayoritario prefería a los entonces maestros nuevos del fandango». Murió el 21 de enero de 1929. En su tiempo de cantaor respetado, la siguiriya había sido sustituida por la cartagenera y la malagueña, que él ayudó a imponer y que llegaron a llevar su nombre; en su tiempo patético, su malagueña, su cartagenera, dejaron paso a la milonga, a la colombiana, a las «canciones» casi agrias y asquerosas de tanta azúcar: **Era un jardín sonriente...** y otras espeluznantes complacencias embadurnadas en melcocha. Toda muerte es patética. La de Chacón debió de ser horrenda: junto a su último suspiro de serio cantaor tal vez sonara al otro lado de los balcones del número 2 de la calle de Toledo, que daban a la plaza Mayor, de Madrid, los gorgoritos de **La romería loreña** o cualquier otro frankestein «andaluzado» y sin tornillos: Matrona refiere el horror de la última gira de Chacón: «...surgió Vedrines con la Copla Andaluza; llevaba veinte artistas y los llevó, con escenario y to, a las plazas de toros y tuvo aceptación. Y, claro, este Vedrines pues quiso llevar a Chacón y lo contrató pa la agrupación unos años antes de morir, y con ellos se enroló. Pero las masas profanas —sin esperarlo— empezaron a hacerle desaires, y hasta algunos artistas que iban con él pagaban entradas pa que le chillaran antes de salir cantando. Y el disgusto de tantas tardes —porque lo contrataron por treinta y tantas sesiones— le costó la vida, porque al poco tiempo de terminar la turné, murió».

En cuanto a Manuel Torre, por la época de la muerte de Chacón se hallaba retirado, disfrutando de sus gallos ingleses, sus galgos, su colección de relojes de bolsillo. ¿Qué tiempo

(3) Con cólera demasiado suave escribe Antonio Burgos: «Los años cuarenta no son solamente la historia del hambre colectiva y del que se ha calificado como cerco internacional; son los años de la funesta glorificación de lo andaluz en espectáculos de ópera flamenca y en cuplés de la menor densidad estética posible. Y casi siempre, explotado el tópico andaluz por quienes no eran andaluces, en beneficio de sus cuentas corrientes. ¿A qué venía que el señor Pepe Blanco, nacido en Logroño, y hecho a la vida en Madrid como taxista, se encasquetara a todas horas el sombrero de ala ancha como uniforme del mendicante cuerpo al que pertenecía, para hacer olvidar el hambre a los españoles con canciones supuestamente andaluzas y odas míticas al cocidito madrileño?» Venía precisamente a eso que la pregunta de Burgos deja flotando ante el lector: a mentirle a los hambrientos españoles y a mentirle brutalmente al flamenco.

Ultima foto de D. Antonio Chacón (1929).

medirían esos numerosos relojes? ¿El del origen de los cantes, el de sus propios años de maestro, el que tardaba en envilecer un tercio cualquier botarate de moda? Antonio Mairena lo recuerda con una precisión quizá impremeditada: «A Manuel Torre el dinero le importaba un pito. Ignoraba por completo las conveniencias y los compromisos de la sociedad, y nunca aprendió a comportarse según las cortesías y composturas sociales. No sabía leer ni escribir y todo en él era instinto maravilloso. Era un ser nacido para la libertad y por eso toda su vida actuó de una manera anárquica, siguiendo tan sólo los impulsos de su corazón». Aquel analfabeto leyó la moda de la época, la leyó bien, no le gustó el mensaje y se encerró con sus relojes y sus animales. Murió en Sevilla, el año 1933: a tiempo para no tener que vivir el deterioro progresivo no sólo de los cantes: del comportamiento de los públicos, de los públicos mismos, del trato dado al cantaor. No era nuevo, ni mucho menos, que el cante rugiera o sollozara junto a las prostitutas: lo que era nuevo ahora es que ambos entraran por una noche al servicio de cualquier ganadero o industrial que ni guardaba intimidad con ella ni aceptaba la intimidad del cante. Hasta el vino dejaba de ser compañero para ser un agente más del embrutecimiento general: «Yo conocía a un ganadero de Salamanca (nos recuerda Matrona) que siempre que venía me mandaba llamar. A este hombre le gustaba mucho beber, y no permitía que en la fiesta se comiera una tapa. Empezaba a pedir botellas de cuatro en cuatro y en vasos de agua; a las dos horas, tos muertos menos él, que estaba tan campante. Y un día de estos, cuando se levantó al servicio, que se levantaba muy a menudo, me voy detrás de él sin que me sintiera, y lo veo que llega y empieza a echar el vino como una fuente de agua; se da cuenta:—¿Qué haces tú aquí? —Pues mirándole a usté devolver el vino, con la borrachera que yo tengo y usté tan campante. —Esto no se lo digas a nadie, es que yo disfruto porque le tomo el paladar al vino, el olor y to, y luego, como tengo esta facilidá, pues me gusta ver a la gente a mi alrededor...». Con lo que el ganadero de Salamanca toreaba simultáneamente al cante, al vino y a la fraternidad.

En otras ocasiones, los escuchadores del cante eran gente selecta, gente fina; Matrona enumera algunos de los habituales de El Principal de Fornos: los marqueses de Narro, el vizconde de Garcigrande, el duque de Andría, el marqués de Peña Plata, Miguel Primo de Rivera, Sanjurjo, Berenguer; «incluso en la familia real, Enriquito Borbón estaba constantemente, y el hermano antes de casarse». ¡Cuánto bueno

Pepe Pinto y Pastora Pavón «Niña de los Peines».

por aquí, señores! ¡Pasen, la casa es suya! Permítame el lector seguir citando a quienes lo vivieron; en **Las confesiones** Antonio Mairena asegura que aquellos «Eran unos años duros, llenos de angustia y de miserias, en un ambiente alucinante de señoritos marchosos, pícaros, militares y mujeres de la vida, en el que ocurrieron un sinfín de cosas que hoy pueden parecer una pesadilla (...). Entre los años 37 al 40 yo andaba mucho por Sevilla. Por aquellos días se veían en la ciudad tropas italianas. Se organizaban recepciones y fiestas a personalidades extranjeras, y yo tenía que ir a muchas de esas fiestas. Recuerdo una en honor del Gran Visir de Marruecos, que venía como representante del Jalifa, y, otra que le dieron al conde Ciano, en la Venta de Antequera Nueva. Para esta fiesta, los Ibarra y Pepe Suárez me encargaron que llevara un ballet flamenco. Era entre Semana Santa y Feria. Yo llevé, entre otras bailaoras, a La Macarrona, La Malena, La Sordilla, La Gamba, Las Pompi y Rita Ortega. Casi todas eran ya bastante viejas. Hubo que alquilarles los trajes de cola, que casi ninguna conservaba. Y era gracioso y triste ver aquellas pobres mujeres, algunas de las cuales, como La Gamba, siempre andaba con alpargatas, vestidas con aquellos trajes.

En aquellos años malos, de luto y miserias, apenas se encontraba qué comer. No había más que muchas fatigas». Habría que ver a uno de los responsables de aquellas fatigas, el conde Ciano, repantigado y viendo los esfuerzos de viejas glorias del flamenco para llevar unos dineros a sus casas. En los recuerdos del guitarrista Javier Molina aparece también la crema: «Nos pusieron para llevarnos una **valenciana** (un autobús de la Empresa de este nombre), exclusivamente para los artistas, porque se iba a festejar al Jalifa de Marruecos y a su séquito de ministros y grandezas de Marruecos, y en su honor nos llevaron a Sevilla. Se celebró la fiesta en el Alcázar, donde trabajamos en unión de otros artistas de gran fama, y todos fuimos muy felicitados por el Jalifa y sus ministros. En unión de ellos estaba también el general don Gonzalo Queipo de Llano». Me alegro que le agrade, excelentísimo Jalifa; muchas gracias, mi general, Dios se lo pague; ya saben: siempre a su disposición, señorías.

Antonio Molina, uno de los artistas más populares en la época de la «ópera flamenca».

Y tales señorías, su majestad el que paga, podían ser indistintamente un industrial de Bilbao, un petimetre de la aristocracia, un ganadero, un comerciante catalán, un estraperlista enriquecido, o una multitud en la plaza de toros o el teatro local. ¿Hasta qué punto es cierto el supuesto de que la cultura dominante, en un momento dado, condiciona e incluso determina a la cultura no digo popular, sino multitudinaria, a la suma de los gustos de las multitudes? ¿Hasta qué punto los gustos del poder económico masifican y contaminan los gustos de una comunidad? Las clases burguesas ponen en circulación sus valores estéticos y parece como si únicamente los seres más férreamente marginados conservaran siquiera la nostalgia de una autonomía cultural. Todo el resto se pliega. Incluso abundantes artistas. Cuenta González Climent que en el Teatro Nuevo del Paralelo, en Barcelona, Pepe

Marchena, en plena juventud, salió a escena encorsetado en un smocking: le acompañaba a la guitarra el gran Ramón Montoya, «tristón y serio, ya en madurez». Sólo unos cuantos marginados, o dicho con mayor precisión, sólo unos cuantos seres de anónimo heroísmo suelen, en estos casos, ocultarse a conservar lo vivo, a reinventarlo entre el silencio, desde la raíz de su pobreza y de su orgullo. Otros, en ocasiones con no menor profundidad vital, cohabitan con la amenaza de la esquizofrenia, y se desdoblan como pueden, guardan su herencia para ellos y para épocas más propicias y, entre tanto, en lugar de cantar, **producen** lo que quieren tragar las fauces abismales de la demanda. Antonio Mairena recuerda que en 1941 le ofrecieron («por fin», escribe con un indiferente patetismo) la grabación de cuatro discos: «Cuando escuchaba las grabaciones de Manuel Torre y de El Gloria, de Tomás Pavón y de La Niña de los Peines, y veía el desprecio con que se escuchaba a aquellos genios, mientras que el público se extasiaba oyendo a los **Niños** de la ópera flamenca, me convencía de que era inútil ir contra la corriente». Para esa grabación, Mairena preparó con seriedad profesional y, en su caso, racial, un programa de siguiriyas, soleares, bulerías, alegrías y tangos: «Pero cuando llegué a Barcelona y presenté mi programa a la Casa grabadora me dijeron que ni hablar de cantes puros, que tenía que grabar cuatro caras de fandangos y cuatro de cuplés, y para evitar fallos de la memoria tuve que grabar teniendo un atril por delante, como un músico o qué sé yo». Su hábito de comer, y de cenar, le hizo seguir cantando lo que le pedían: fandangos, rumbas, cuplés por bulerías: se llegó a pensar por entonces que ese cante, o como cada cual quiera

Miguel Primo de Rivera y Dámaso Berenguer. Contertulios habituales en las reuniones de «El Principal» de Fornos.

llamarle, el cuplé por bulerías, era la especialidad de Mairena. Ni más ni menos. Como escribe González Climent: el público, caído en el más trivial charquito estético, hace que la localidad adquiera rango de contrato: «el ¡ay! se dicta también desde la concha del apuntador». Por lo demás, el verdadero ayeo desaparece: «el jipío no queja: declama»; el viejo grito de la vieja toná, el viejo ¡ay! que podía atemorizar al azogue de los espejos, se convierte en «jipío de smocking», arabesco gutural que ya no nace ni en el corazón ni en la memoria, ni siquiera en el pecho, sino en la misma nuez, pasa por un protagonismo mandibular que está pidiendo

a voces un buen espasmolítico, y se vierte sobre los públicos como un engrudo de complacencia y de trivial complicidad. Estamos en la época de la **ópera flamenca.**

Antes de acercarnos un poco más a la naturaleza (y, desde el punto de vista de la tensión del auténtico cante, a la desnaturalización) de la **ópera flamenca,** haré, rápidamente, una matización. En mi crítica de esa etapa el lector no debe suponer, en modo alguno, que yo sienta desprecio por las multitudes consumistas de un flamenco desvariado que ya ni el nombre exacto conservaba, ni tampoco por ese vasto ejército, de algún modo conmovedor, de vendedores de un producto híbrido. Para mi bien o para mi mal, el sentimiento del desprecio me es desconocido. Pero, además, en este caso (tal vez en cualquier caso), el desprecio sería la más dañina de las injusticias: una forma de simplificación. Los públicos consumidores de esa caricatura degluten lo que pueden digerir, creen en lo que pueden creer, exigen lo que pueden exigir y hasta diría que, en determinadas etapas históricas, antes que de la reflexión necesitan de aturdimiento. El flamenco es un alimento pesado, una aventura de la identidad, un intercambio de la intimidad, una rehabilitación de la memoria: es un riesgo del yo. Y hay etapas civiles en que las mayorías, por soportar una extraordinaria tensión social, rehuyen el agregarle a esa tensión la de su propia identidad. Determinadas circunstancias históricas (de hecho, casi todas las conocidas) no consienten que todos los individuos de una comunidad resuelvan ser, juntamente y por separado, protagonistas de su propia vida. Quien tiene el ser civil alienado por la incultura y la inseguridad tiende a desertar de la aventura de su libertad. Entonces, consume lo que le dicta su instinto de conservación: en política, sorda espera o simplemente conformismo; en economía, pequeñas complacencias en lugar de solidaridad de clase; en arte, subproductos tranquilizantes en vez de toros expresivos con pitones sin afeitar. Si repasamos la estructura politicosocial desde el origen de la desnaturalización del flamenco hasta su resurgimiento en la década de los cincuenta, veremos una monarquía despótica o semidespótica, la dictadura de Primo de Rivera, una República impotente, acorralada por el caciquismo, una guerra civil, un régimen fascista que sólo en esa década de los años cincuenta comenzará a dejarse reblandecer en su naturaleza represiva. Y durante todo ese tiempo, durante esas varias etapas de distinta estructura y de poca fortuna, las mayorías han cohabitado, primero con la servidumbre y el hambre; después, con el silencio y con el hambre; luego, con un hambre menor y con una situación esperanzada a la que la impotencia acabó por exasperar; finalmente, con el miedo y el hambre; y siempre o casi siempre, con unos mecanismos de comunicación manipulados por el poder alienador. Sólo desde la libertad (quiero decir: la decisión de ser libre) es posible asomarse al vértigo del yo sin que ese vértigo produzca un excesivo espanto. Todo poder represivo (ya sé que ambas palabras, leídas juntas, son una redundancia) consiente solamente la floración de una cultura desbravada, y arrincona —o persigue— a las artes insomnes, alimentadas de memoria. Las raíces del flamenco son demasiado «primitivas», en el sentido de que pertenecen a una tensión cultural a la que la inocencia, el terror, la pena, la necesidad, se le notan directamente, sin filtros de refinamiento. Y en consecuencia, su expresión está llena de las formas más primitivas del lenguaje: el grito y la onomatopeya. Venimos viendo cómo la falta de la libertad no es ajena a la construcción del flamenco: es por ello que el flamenco resulta mucho más comprensible desde el deseo de la libertad; justamente, un deseo que el ser alienado autoamortigua, aparta de sí. La intimidad es el tronco del cante. Inútil masticar sus frutos sino desde la intimidad. Y lo contrario de la intimidad es a veces la alienación. Unas décadas particularmente alienadas producen multitudes más atentas a la extraversión más trivializada que a la memoria, al gorjeo que al grito, a la obediencia que al orgullo, al menierismo melódico que al restallante rajo, al barroquismo escénico que a la escueta expresividad, al aturdimiento que a la concentración; al **nosotros** multitudinario y tangencial que al yo solidario y compasivo. Es decir, lo gregario aleja la quemadura fraterna de la intimidad. Por consiguiente, donde no es escuchado el grito de Manuel Torre es celebrada la floritura de Pepe Marchena; donde resulta incomprensible la siguiriya de Manolo Caracol, se harán famosos sus cuplés (se trata de la misma garganta, de la misma genialidad, pero en la siguiriya aúlla gruñidos esenciales y en **La niña de fuego** narra vicisitudes que no comprometen el corazón de nadie); donde Antonio Mairena se dispone a grabar por siguiriya y soleá, la época le exige fandangos y cuplés por bulerías; donde Aurelio se sienta a esperar que le llamen para una fiesta, la multitud se arracima alrededor de Valderrama, de Manolo el Malagueño, incluso de Antonio Molina. En cuanto a la guitarra: el **solo**, tan infaltable en el espectáculo de **ópera flamen-**

Aqui tienen ustedes a Rita, la célebre Rita «la Cantaora», cuando pasó a la reserva.

Rosario «la Mejorana», guapa entre las guapas, que echó gracia, sal y elegancia al baile flamenco.

ca, será aplaudido si incorpora algunas melodías de moda y únicamente tolerado si consiste en una encadenada floración de falsetas por soleá. Quizá ni un solo guitarrista de esa época se atreverá a tocár por siguiriyas. Con otras palabras: el volumen de intimidad y de desobediencia que hay en la subterránea geología del flamenco resultará tanto más ininteligible, e incluso más molesto, cuanto menos desobediente sea su público. Pero ese público no es culpable. No es ni siquiera responsable. Tampoco es admirable. El admirable en tales épocas es el líder obrero que se juega la cárcel entre la envidia o la indiferencia —y el temor— de sus compañeros; es el intelectual que no mancha su oficio con obediencia, aunque ello lo encarcele en silencio. Es el radioescucha que en lugar de distraer su desasosiego con el programa **Cabalgata fin de semana**, cierra bien la ventana y conduce los mandos del receptor en busca de la emisora de la BBC. Y es, también, Manolito el de María, sobreviviendo como puede en su cueva de Alcalá de Guadaira; Juan Talega, casi desconocido hasta pasados los sesenta; Mairena, registrando en su memoria casi todos los cantes de la historia mientras cena y almuerza a costa de fandangos y zambras. En suma: los públicos de cualquier época en general y, en particular, de la etapa explícito su desvarío. La tuvieron opción, o al menos no tuvieron el estímulo necesario para llegar a la profundidad de ciertas músicas; y los mistificadores del flamenco se limitaron a convertir un sobresalto en una fábrica de trivialidades. Los primeros rehuyen la tensión de su interioridad, los segundos huyen del hambre. Y ante el resultado devenido de la superficial comunicación entre los unos y los otros, no tenemos derecho al desprecio. Pero tampoco es necesario sentir admiración. Por tanto, recordemos esa época con objetividad: sin saña, sin aplauso (y esto lo está escribiendo alguien que también formó

En el empaque de esta anciana se adivina el garbo y la majeza que debió tener Antonia «la Gamba».

La madre de los hermanos Gallo, la célebre y popular «Señá Grabrela», también fué eminente y sin par bailaora.

¡Vivir para gozar...! Cuatro flamencas legendarias: Rita «la Cantaora», Rosario «la Mejorana», Antonia «La Gamba» y la «señá» Gabriela (madre de los «Gallo»).

parte de aquellos públicos de la ópera flamenca, y alguien que no desconoció ni desconoce el miedo civil y el miedo a la interioridad; y esto también lo anoto sin saña, y sin aplauso. Sobre todo, sin aplauso).

Opera flamenca. Esta curiosa asociación verbal no sólo es contradictoria: es insolente. En su mismo nombre lleva esa etapa esplícito su desvarío. La ópera es el lugar donde se dan cita varias artes para formar, al menos en España, un híbrido destinado al consumo exclusivo de las clases explotadoras; la hermosura de la música, la hermosura de la voz humana, la hermosura de la representación, la hermosura de la narración teatral, se congregan en un recipiente en donde todo rezuma la impertinencia de la ostentación: desde la decoración de los teatros, sofocados de cortinajes y de arañas, hasta la vestimenta de los espectadores, uniformados de pudientes; un uniforme que no comprende únicamente el frac, la chinchilla, los gemelos, los guantes, el peinado sofisticado, sino también la displicencia en el aplauso, el despilfarro de «buena educación», la naturalidad con que cada uno de los presentes parece indicar que ya era poderoso y elegante desde generaciones atrás. Tanto en el espectáculo que transcurre en el escenario como en el que tiene lugar en los palcos y el patio de butacas —aquí, una especie de psicodrama en foto fija— lo inmediato es la ostentación. Lo inmediato y, también, casi siempre, lo fundamental. Por entre toda esa marmolización de la belleza sobreviven a veces jirones de fuerza expresiva, de emoción, de verdad: es difícil aplastar totalmente la respiración de la música. Pero la constante es una monumentalización de lo «exquisito» y a la vez un intento del privilegio por disfrazarse de sensibilidad. Una especie de **valle de los caídos** donde yacen revueltas y a menudo desnaturalizadas varias hermosas formas expresivas que nacieron para engrandecer la intimidad de la comuni-

cación del ser y que en la ópera se suelen convertir en la autocondecoración de una clase social (4). Todo eso, ¿qué tiene que ver con el flamenco, ese animal herido por cuyo rostro asoma la suprema elegancia de la necesidad, y cuya mitológica pelambre está formada por una selva de légamos de pena? Si mirásemos al flamenco con prismáticos, posiblemente nos devoraría.

Sobre el origen de tan inflado nombre no he conseguido hallar ninguna certificación; sólo una sugerencia que aventura Caballero Bonald: «Parece ser que tan delirante nombre obedeció a un simple ardid de carácter administrativo, ya que la ópera —oficialmente protegida— pagaba entonces muy reducidos impuestos y alguien ideó ese híbrido bautismo para acogerse a dichas ventajas fiscales». Sea cual fuera su origen, ese nombre deja al flamenco un mero carácter adjetivo; de hecho, el producto que se desarrolló embutido en tan lejana e indebida holgura, dejó, casi radicalmente, de ser sustantivo. González Climent, que es quien, en más de una ocasión y con ópticas complementarias, más extensamente ha historiado esa etapa, efectúa una competente enumeración de razones por las cuales el flamenco alcanza en ella un inconcebible deterioro. Mi casi entero acuerdo con su enumeración me lleva a trasladarla a este capítulo. González Climent menciona en primer término **El gusto por la instrumentación;** el foso de la orquesta invadirá la sobriedad del cante y expulsará o sofisticará a la guitarra. El diálogo entre la guitarra y el cante dejará paso a una babélica conversación en distintos idiomas, de distinta raíz, por donde a duras penas emergerá el atareado protagonismo del cantaor (en rigor, «cantaor» no es ya su nombre). Las viejas pausas entre tercio y tercio o entre una copla y otra, que antes eran ocupadas por la guitarra con su discreta majestad, ahora serán vacíos entre una estrofa y otra del cuplé, unos vacíos que «la figura» casi nunca sabrá cómo llenar, hasta que una trompeta o un violín, ¡o un trombón!, acuda en su socorro otorgando la entrada. Por lo demás, la abundancia de cuplés, de «canción andaluza», en tales espectáculos, llegará a ser casi dictatorial; sólo al final de la primera o la segunda parte del espectáculo, la figura fuerte del elenco se acercará a las candilejas,

Manolo Caracol y Melchor de Marchena.

(4) Mi lector es inteligente, pero yo soy un obstinado: no estoy menospreciando —al contrario: los amo— a los diversos elementos que componen la ópera (esto es, la música, la voz, la representación, la palabra, el mimo): me quejo del resultado estético y social que puede y suele perpetuar la mezcla. Me conmueve una maestría como la de la Callas (esa mujer podría habernos hecho llorar cantando cualquier música de tercera si alguna vez se lo hubiera propuesto), pero me irritan cifras como las que se leen en una gacetilla de **El País** *(16-IX-77): «El último Festival de Opera de Bilbao ha costado 32 millones de pesetas». (Sin contar los modistos ni las peluquerías, ni preguntarse a quién).*

acompañado del guitarrista, cada uno con su silla en la mano. Entonces, y casi sólo entonces, la guitarra regresará a su verdadera función y recuperará su belleza y su rajo flamencos: pero generalmente acompañando a enormes tiras de fandanguillos (y no se piense en el fandango caracolero, tierno y dramático, sino preponderantemente en la jardinería gutural de Pepe Marchena y su hormiguero de discípulos), o incluso extraños organismos compuestos por dos o tres fandangos encabezados y concluyendo recitativos de una despiadada pobreza estética, como en el caso de Pepe Pinto (sin embargo, tan serio cantaor en ocasiones), Juanito Valderrama, Manolo el Malagueño... Hay, por tanto, una **Preponderancia de los cantes livianos** y de esa perversión del cuplé (5) a la que se ha bautizado con el nombre de «copla andaluza»; rara vez soleares, casi nunca una siguiriya, prácticamente jamás una toná; de vez en cuando un deshuesado martinete para dar ambiente a alguna escenografía que simula ser una fragua, y tras cuyo eco surge de pronto la invasión de una orquesta que acompañará a «la figura» en el relato de un romance que cuenta, por ejemplo, cómo los ángeles llevan hasta el cielo a un torero, invariablemente abarrotado de valor y por eso lo mató un toro; toro al que, por supuesto, no se omite maldecir por su nombre (las filípicas que tuvo que soportar **Islero** por haber empitonado a Manolete no están en los escritos). Esto es lo que llama González Climent **Desvirtuación de la copla.** En efecto: la decadencia de la

(5) «... esa perversión del cuplé...»: con esto quiero significar que, aunque de menor tonelaje emocional que los cantes flamencos, el cuplé no merece, en mi opinión, indiscriminados rechazos. Su estructura verbal, sin alcanzar ni por asomo a la grandeza, al sobresalto, de las mejores coplas de siguiriya o soleá, no carece, a menudo, de belleza. Su estructura musical, aunque más propia de cantantes que de cantaores, frecuentemente es muy hermosa. Marifé de Triana, Gracia Montes, no son precisamente advenedizas. Sólo que las normas del mundo estético del cuplé no son las de la siguiriya o la toná —ni tienen por qué serlo. Lo que hace del cuplé, del cuplé estéticamente digno, una forma de comunicación frecuentemente intrusa, no es su propia naturaleza expresiva: es su desvalido hibridaje cuando cuplé y flamenco se aparean para conseguir un producto que ya no es ni una cosa ni otra. No negemos que hay intérpretes de cuplé que cantan de un modo flamenco: mas lo que cantan no es flamenco; es cuplé emocionante, cuplé hermoso, cuplé de alto voltaje; pero flamenco, no. En ambas formas expresivas, la temperatura emocional, incluso narratoria, es muy distinta. La etapa de la **ópera flamenca** *no respeta esa distinción, y a lo largo de muchos espectáculos de «arte andaluz» ese malmaridaje desnaturalizaba a ambos miembros de la pareja. En suma: al César lo que es del César, al cuplé lo que es del cuplé, al comercio lo que es del comercio. Nadie vea aquí, pues, una agresión a los artistas del cuplé o a los artistas del flamenco, sino un cuestionamiento del vorazempresario y una matización sobre una época histórica verazmente mistificadora, confusionista, perversa —y sumamente desdichada.*

Conchita Piquer. El Cuplé. Un respeto...

copla es casi mítica; la antigua exactitud dramática, la vieja sabiduría verbal de tantas coplas flamencas, capaces de contar en tres versos un vaivén del destino, una encrucijada vital, y de contarlo desde el fondo más enigmático del lenguaje popular andaluz, deja su sitio a una degeneración de la expresión y a una trivialización de los temas. La cárcel, el hermano, el amor, el hospital, el desconsuelo, desaparecerán, dejando paso ahora a lagrimeantes y melodramáticos romances en que muy a menudo una madre o un niño muertos (¡o un perro!) van al cielo junto al Señor; o dejando paso a relatos del más estridente machismo; o bien, y este dudoso honor le cabe a la preguerra, fandangos «reivindicativos» de esta horrorosa guisa: *«Por toitos los difuntos doblan las campanas, / y para la probe de mi mare no lo hicieron. No fue porque no se confesó; / fue porque no tenía dinero, / y sin que a la probe de mi mare le doblaran las campanas se enterró»*. Dicho de otro modo: en un tiempo, la copla solía nacer por necesidad; ahora se produce al dictado de la trivialización de la época. Compárese ese engendro «social» o cualquiera de los recitativos de Pinto o del Malagueño con nuestra vieja y ya conocida siguiriya: *N'el hospitalito, / a manita erecha, / allí tenía mi compañerita / la camita jecha.* No es que no resistan la comparación: es que provienen de planetas distintos, de galaxias distintas. Agréguesele la distinta manera de salir las palabras por la garganta; la voz afillá o la voz de pecho, el rajo, la ternura o el grito repentinos, el ayeo a tiempo y a compás, se desplazarán ahora hacia lo que González Climent llama **gaiterismo:** una modalidad gutural a la que define como «galleo barroco a discreción. Muerte del ¡ay! Desfallecimiento del 'târab' flamenco. Concurso de probidad pulmonar. Intromisión tirolesa».

D. Antonio Chacón y Ramón Montoya, en 1925.

Pues bien, a este destrozo se le pondrá por nombre **estilización.** En los cartelones de propaganda y en programas de mano, casi cada «figura» será a su vez un «estilista»; en el afán, social y metafísico, de todos los maestros del cante, antiguos o actuales, podrá ser reconocido su propio estilo, pero, a la vez, también **el estilo de lo flamenco;** en la «estilización» del divo de posguerra se advierten, ciertamente, sus condiciones técnicas y su gusto personal, esto es, su estilo, pero ya no apoyado en el estilo primigenio del cante; González Climent, con precisión, llama a estas opciones profesionales «estilizaciones de salón, medidas y adornadas con prudencia burguesa». Si Fernando Quiñones ha podido llamar a algunos grandes cantaores «carusos de las cavernas», a los mentados «estilistas» podríamos denominarlos tenores de la sala de estar, barítonos del descansillo, pseudoagitanados sopraltos. Si el cantaor podía llegar a desgarrarse la camisa en un tercio, el «estilista» aparecerá en escena embutido, por lo menos, en un traje campero u otro de recepción: ambos impolutos, ilesos. La escena misma aparecerá bien vestida, aséptica; en ella, incluso la estilización será recargada: apenas si se diferencia de la escena de la zarzuela (al grado más pobre de la **ópera flamenca** se le ha llamado **zarzuela flamenca);** y, como en la zarzuela, el espectáculo «flamenco» tendrá muy a menudo una estructura argumental, un hilo conductor en donde se van anudando canciones más o menos andaluzas, historias lacrimosas o machistas romanceadas, horrorosos elogios a las varias Españas, algunos cantes más o menos dormidos en el colchón de los recitativos, un poema de Pemán, mucho metal de orquesta, alguna gui-

Entierro de D. Antonio Chacon (1929).

tarra solitaria, extraviada, perpleja y, a veces, cuando la **compañía** es pobre y no quiere ni puede ya disimularlo, un intermedio triste, que es quizá lo que más recuerda al flamenco: la rifa de unas botellas de coñac.

Y aquí debemos recordar, con ternura, con muchísimo cariño, no ya al divo o a la diva, a la figura, al estilista o la estilista, sino a esa legión de bailarinas, de segundas o terceras figuras, de guitarristas jóvenes y pálidos, de humoristas patéticos y de recitadores andaluces o no, pero siempre exagerando los seseos; esa turba de buscavidas, quiero decir de esforzados e infatigables infelices, con su traje oscuro brillando por los codos, tomando el vaso de café con leche y un mojicón y la copita de aguardiente en el bar cercano a la terminal de autobuses, viajando de un pueblo a otro con sus ojeras de mal sueño y de alimentación precipitada e insuficiente, llegando a la fonda con su conmovedora seriedad de artistas, ensayando abstraídos en el camerino común, baqueteados de una ciudad a otra durante la turné, baqueteados de madrugada en madrugada, y de año en año, cada vez más lejanos de sus iniciales sueños de gloria, cada vez más proletarios del espectáculo flamenco, incluso cada vez más subproletarios; y a veces, temiendo la inexorable dentellada de la vejez; los menos, con la esperanza de poder llegar hasta el ballet de Antonio; los más, conformándose con no tener que volver al casino o a la taberna de su lejano pueblo a esperar una seña del **aficionao** con posibles o de la autoridad que da una fiesta a unos señores. O dicho de otro modo: es una época triste, en todos los sentidos. Los artistas se ganan como pueden la vida (no hay mucha diferencia entre esas **troupes** de la **ópera flamenca** y las cuadrillas de segadores itinerantes y a destajo); los públicos prefieren —y quién nos dice que hacen mal— mantener a sus gustos estéticos debi-

Lapida con que el Gobierno de la Republica honró la memoria de D. Antonio Chacón. Corria el año de 1936...

Antonio Mairena, Juan Talega y «La Niña de los Peines», con ocasión del homenaje a «La Niña de los Peines», en Córdoba.

damente adulterados mientras transcurre la larga posguerra, ocupación que por sí misma es suficiente para chuparles todo su acopio de interioridad. Los estilistas graban sus «creaciones» y esperan con disimulada ansiedad que tal o cual emisora de radio le arrime al disco un **poquiyo** de promoción; las muchachitas con cintura de agua introducirán en medio de sus pasos flamencos algunas atronadoras revoleras para que el respetable incluya la blancura de los muslos en la valoración de su arte... Todo muy triste. De verdad: muy triste. Todo muy adecuado a esos treinta, cuarenta años sombríos, mientras se pasa la vida, tan callando.

En silencio también, el cante aguarda. «El germen puro del cante [escribe Caballero Bonald] no pudo —no podía— corromperse: su aparente letargo fue también, paradójicamente, su más segura prueba de que seguía latiendo con una sorprendente y recóndita energía». Por entre los pliegues de la triste falsedad del flamenco teatralizado, algunos artistas no cederán más que de manera epidérmica. Niño Ricardo dialogará desconcertado con las orquestas —orquestas que solían vociferar mediocres partituras—; pero, entre tanto, irá llenando su guitarra con memoria y creación flamencas hasta llegar a ser nada menos que un eslabón entre la era de Montoya y la era de Paco de Lucía. Mairena cantará lo que la demanda le pida; pero, entre tanto, irá acumulando saberes enraizados, hasta llegar a ser el más enciclopédico de los cantaores vivos. Manolo Caracol cantará en todas partes **La Sarvaora** para que Lola Flores llene los escenarios con las negras explosiones de su melena; pero, a otras horas (y a menudo en sus actuaciones), cantará fandangos que parecen siguiriyas, y siguiriyas que parecen siglos, con la voz más hermosa que pueda deducirse de la fuerza y del llanto. El abandono no es completo. Y habrá, además, un cante invisible, duradero en sus viejos escondrijos, con paciencia infinita. La paciencia de la genialidad. El mundo seguirá dando vueltas, los años transcurriendo, la posguerra durando demasiado, pero reblandeciéndose. Un día, los calendarios, andariegos infatigables, habrán pasado la cordillera de los años cuarenta, caminarán por los cincuenta. El flamenco, y el interés por el flamenco, comien-

zan a emerger. Salen cantes desde debajo de las piedras. Despacio, desde distintos frentes, un siglo y medio de flamenco regresa. Lo traen los cantaores; algunos, conocidos o famosos; otros, famosamente anónimos; otros, repentinos, casi avasalladores; lo traen algunas grabaciones ambiciosas; lo traen **aficionaos,** escritores, concursos, reuniones, conferencias, cursillos, homenajes. Será ya incontenible. En 1955, Anselmo González Climent, en su libro **Flamencología,** recomienda la recuperación del concurso de cantaores. En el año siguiente, la presión de Ricardo Molina contribuye a la aparición de los Concursos Nacionales de Córdoba. Antes habrá sido grabada la **Antología del Cante Flamenco,** en Hispavox, trilogía de long plays que alcanzará galardón internacional. El primero de los Concursos Nacionales de Córdoba descubrirá a una voz admirable: Antonio Fernández Díaz, «Fosforito». El segundo, descubre a un maestro que parece venir —que viene— de otros tiempos: Juan Talega, y a una mujer que carga sobre su menudez física un hondo fardo de fidelidad cantaora: Fernanda de Utrera. Se crea una cátedra de flamencología en Jerez. Proliferan las **peñas.** Como herederos de las antiguas **Ventas** y de los más señalados **cafés-cantantes,** irán naciendo los **tablaos.** Luego llegan los festivales. Ha empezado una relectura general del flamenco. Los cantaores desentierran cantes, formas, variantes. Los estudiosos se internan en esa selva de música y de sombra y, con acierto o con desacierto, incorporan lo que encontraron o soñaron a esta resurrección impetuosa. En las reuniones, juergas, fiestas, charlas, regresarán a primer plano viejos nombres que habían sido olvidados o que sonaban demasiado exóticos: El Planeta, Silverio, El Marruro, El Fillo, El Loco Mateo. En conferencias, monografías, artículos, sonará también otro nombre olvidado: el de **Demófilo.** El cante habrá llegado a lo que hoy empezamos a llamar su etapa de renacimiento. Pero ésta es otra historia. ■ **F. G.**

D. Antonio Machado y Alvarez, «Demófilo», en él tienen su origen los estudios de Flamencología. Amén de haber sido enorme padre de Poetas.

Silverio. Una vieja gitana, oyendo cantar a este «payo», exclamó: «¡Canta mú bien, pero tiene los pies mú grande!».

Cansinos-Assens, olvidado entre olvidados

● Un personaje de la literatura española de la primera mitad del siglo XX

Manuel Galán

EN el panorama de las letras españolas de este siglo han sucedido cosas asombrosas y de difícil explicación; hechos derivados sin duda de una situación política aberrante y, por extensión, del seguimiento de unos extraños criterios de clasificación que han mitificado la personalidad de unos mientras relegaban a otros al más injusto olvido. Al cambiar la situación, aparecen autores y libros que en tal clasificación figuraban como «de menor importancia»; así, el edificio de la Historia de la Literatura parece fluctuar y cambiar de forma, entre perplejidades y redescubrimientos que a estas alturas de siglo deberían ser ya ridículos por lo pasados. Siempre ha sido un poco ridículo descubrir lo que es evidente.

A Rafael Cansinos-Assens y al movimiento ultraísta se les puede aplicar perfectamente todo lo dicho; son la evidencia patente de lo necesitados que están los estudios de literatura de una revisión profunda. La reedición de la novela «El Movimiento V. P.» en Libros Hiperión, parece que ha abierto un camino para restituir a Rafael Cansinos, su autor, y al Ultraísmo, el lugar que le corresponde en nuestras letras. Pero antes de tratar específicamente de la figura e importancia de Cansinos, y sin entrar en detalles —sólo pretendemos dar aquí una pequeña información— vamos a tratar de definir qué es este movimiento, y qué relación tiene con quien ha sido llamado su inspirador.

El hecho de que el nombre de Cansinos-Assens vaya unido siempre al de Ultraísmo no es pura casualidad. Cansinos fue siempre un animador de vanguardias aunque en ocasiones, y su obra así lo demuestra, no estuviera tan cerca de ellas como a primera vista parece; y el «Ultra» es una vanguardia, en tanto que significa una ruptura total con el modernismo, un ir —su mismo nombre lo indica— «más allá». El lo define así: «Es una orientación hacia continuas y reiteradas evoluciones, un propósito de perenne juventud literaria, una anticipada aceptación de todo módulo y de toda idea nuevos. Representa el compromiso de ir avanzando siempre con el tiempo» (1). Del mismo modo, proporciona en muchos aspectos la base para el desarrollo de lo que se ha dado en llamar Generación del 27: ahí están las revistas **Cervantes, Grecia, Ultra** —necesitadas de una reedición urgente si se quiere conocer el fenómeno ultraísta, ya que el medio de expresión del movimiento fueron más las revistas que los libros— por citar alguna, en las que colaboraron frecuentemente poetas como Gerardo Diego o Rafael Alberti. La relación entre Cansinos y el Ultraísmo se hace aún más estrecha cuando vemos que sus componentes le erigen en su maestro, y que él mismo dirige alguna de sus publicaciones, como, por ejemplo, **Cervantes** en su segunda época (en un principio fue una publicación modernista dirigida por Francisco Villaespesa); bajo el seudónimo de Juan Las publicó algunos poemas de corte ultraísta. Después, como casi todos, rompió por el movimiento. «El profeta se ha cansado de ser moderno por serlo», nos dice Juan Manuel Bonet en su interesante y documentado prólogo a «El Movimiento V. P.».

Esta faceta ultraísta del escritor, que duró aproximadamente hasta 1921, no es la única

(1) Rafael Cansinos-Assens. «Los Poetas del Ultra», en Cervantes, junio de 1919.

«El Candelabro de los siete brazos», como la mayor parte de las obras de Cansinos, resulta hoy absolutamente inencontrable; circunstancia dolorosa que sería conveniente paliar de algún modo, si es que se quiere recuperar la obra de este gran marginado de nuestra cultura.

que cultivó y, como ya hemos apuntado, no tiene una manifestación muy directa en su obra; debe ser tratada como una adhesión más espiritual que material al movimiento, como una forma más en que el escritor manifiesta su atención perenne a las vanguardias. De todas formas, y ya que la publicación de «El Movimiento V. P.» ayuda a ello, puede ser un buen punto de partida para adentrarse más profundamente en su labor creativa, cuya característica fundamental es el raro choque entre lo más moderno y lo más antiguo, choque que la hace aún más atractiva. Desde su infancia Cansinos adoró el mundo greco-latino, y en su obra encontramos también indiscutibles raíces bíblico-talmúdicas. Su primera publicación, «El candelabro de los siete brazos» (2), escrito en salmos, ya nos habla de una melancolía antigua, de unos recuerdos ancestrales que contrastan sin duda con su modo de ver la literatura como algo en constante evolución. El contraste está siempre presente en sus temas,

(2) «El Candelabro de los siete brazos». Editorial Renacimiento, Madrid, 1914.

Cansinos fue, entre otras cosas, animador de tertulias y grupos, amigo de todos los poetas y creadores de su tiempo, impulsor a menudo de su obra creativa. En la foto, le vemos conversando con D. Manuel Machado, otro poeta hasta ahora incomprendido.

en la forma, en su estilo y hasta en ritmo de su escritura.

Por obligadas razones de espacio, nos sería imposible hacer aquí un análisis detallado de toda su obra creativa. Desde su primer libro, publicado en 1914, hasta 1939, publica en nuestro país una extensísima obra de creación. Al mismo tiempo, desarrolla una acertada labor de crítico literario en la «Correspondencia de España» y «La Libertad», entre otros. Con sus traducciones —que acabarían convirtiéndose después de la guerra civil en su casi única actividad intelectual y medio de subsistencia— introduce en España las más avanzadas producciones de la literatura europea. No queremos ni podemos detenernos aquí en su obra inédita, que incluye unas «Memorias» y «Diarios» —desde sus inicios literarios hasta 1946— fundamentales, tanto para conocer una literatura como una época, aparte de que en ella aparecen temas y formas nuevos. Me limitaré a indicar que en breve será leída una tesis doctoral del Sr. Fuentes Florido que aborda el tema con extensión en uno de sus capítulos.

Después de 1939, Cansinos prefiere guardar silencio y se recluye en un exilio interior que durará hasta su muerte en 1964. Para poder vivir permite que la editorial Aguilar le explote; de esa triste relación surgen las más importantes de sus traducciones, que no hemos considerado necesario citar, pues son de todos conocidas. Después de veinticinco años de oscuridad y marginación, sólo alguna nota necrológica, algunas gacetillas más románticas que otra cosa, recuerdan a ese hombre triste y solitario rodeado de una aureola orientalizante que él mismo cultivó.

Ante la exposición de esta figura, cuya importancia ha quedado opacada por el tiempo y la ignorancia, muchos quedarán sorprendidos: se trata de un valor fundamental de nuestras letras, que ha permanecido —y permanece— oculto. No es de extrañar que cuando Borges declarara a Cansinos-Assens su maestro se le tome por una más de sus ficciones. Decía César Tiempo, en su prólogo a «Las luminarias de Janucá» (3): «El autor de «Las luminarias de Janucá», en quien se da la circunstancia verdaderamente sobrenatural del hombre que ha leído todos los libros, habla todas las lenguas y ha escrito tantas páginas como para dar la vuelta al globo terráqueo, sólo podía ser un personaje de ficción. O de «Ficciones».». Pero no: Cansinos es un personaje real y su obra está esperando, por el bien de las letras españolas, que alguien se encargue de reeditarla. Y esto nos remite al tema del principio: la historia de la literatura española del siglo XX está necesitada de una revisión profunda. Cansinos-Assens no es un caso aislado, un marginado solitario; es un ejemplo más de los muchos autores injustamente olvidados, a quienes la Historia debe un desagravio. ■

M. G.

(3) Editorial Candelabro. Buenos Aires, 1961.

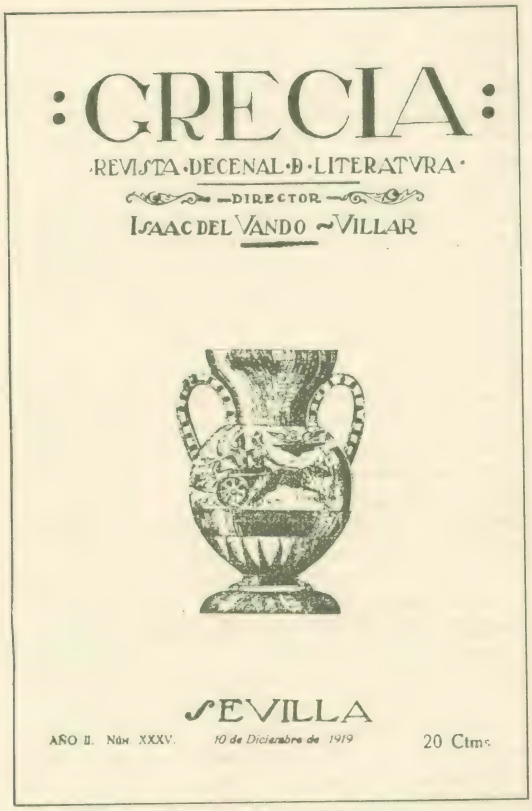
APENDICE

Para completar este trabajo, hemos pensado que sería interesante añadir la opinión que la obra de Rafael Cansinos-Assens merece a Francisco Yndurain, Catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid; opinión que, en cierta medida, refleja la visión que de dicha obra se tiene en el mundo académico de nuestro país.

«No es posible hacer un balance de obra tan extensa y varia como es la de Cansinos-Assens, de la que aún está por publicarse una parte y algo tan apetecible como sus memorias. Que fue animador y protagonista de la vida literaria española durante muchos años, ya en traducciones de varias lenguas no próximas, con revistas literarias y obra original, es algo que debe ponerse al día y con más notoria información. Pienso que su influencia como estímulo y aper-

tura quizá no tenga par. Y diré, otra vez, que le tocó vivir en una coyuntura histórica de muy ardua competición. Aí está por hacer el estudio histórico y estimativo de aquella labor. Parece que ahora llega el momento de subsanar esta grave deficiencia. En cuanto a su novela ahora reeditada, «El Movimiento V. P.», que apareció en 1921, pienso que nos depara un texto de singular entidad para reconsiderar —para ver por primera vez muchos— lo que supone esta obra de ruptura y de hallazgo en el vario campo novelesco. Sí, es una novela clave, en la que los poetas y otros escritores de aquel tiempo se nos dan con obvias transparencias, aunque ya no sean tan accesibles los autores allí representados. Es una recapitulación y casi una liquidación del movimiento Ultra, donde pueden espigarse muchos datos e información sobre el conflicto entre distintas tendencias. Véase el prólogo que a la reedición ha puesto Juan Manuel Bonet, y se obtendrán muy atinadas interpretaciones. Ahora bien, si nos atenemos al arte de novelar, hay que acusar inmediatamente la independencia y originalidad en la concepción y en su forma, tanto en el decurso del relato como, y más radicalmente, en el lenguaje. Aquí, sin que deje de percibirse algún eco de la greguería, el autor ha hecho un estilo muy suyo, ágil, inventivo, con abundosa imaginería en la línea ultra. Diría que se adelantó a recrear los hallazgos de Gómez de la Serna, y ya éste en su «Libro Nuevo» (Madrid, 1920), nos ha dejado testimonio de una reconocida estimación hacia Cansinos. Hubo entre ambos escritores alternativas de amistad y distanciamiento, y Ramón se sintió deudor de una reparación por una «biografía demasiado dura» en «la edición muerta de un viejo libro mío». El juicio de Ramón habrá de ser tenido en cuenta dejando a un lado pequeñeces ocasionadas por la vida literaria, tal como la suscitada por las tertulias de «Pombo» y «El Café Colonial», donde Cansinos ejerció un magisterio que duró décadas. Otro aspecto de la vida de nuestro escritor nada desdeñable, en tiempos de vida cafeteril casi permanente. En fin, ha sido una buena iniciativa la de volver a publicar esta novela, que tiene méritos muy valiosos por lo que es y por lo significó en su tiempo y hoy nos da para información. Lo que nos urge es la reimpresión de sus libros de crítica, hoy tan raros como necesarios».

Después de años de oscuridad y marginación, sólo alguna nota necrológica, algunas gacetillas más románticas que otra cosa, recuerdan a ese hombre triste y solitario rodeado de una aureola orientalizante que él mismo cultivó.



:GRECIA:

REVISTA DECENAL DE LITERATURA

DIRECTOR

ISAAC DEL VANDO ~ VILLAR

SEVILLA

AÑO II. Núm. XXXV. 10 de Diciembre de 1919 20 Cts.

El movimiento ultraísta se expresó sobre todo en revistas como «Ultra», «Grecia» —en la foto—, también necesitadas de una urgente reedición. En todas ellas colaboró Rafael Cansinos-Assens.

De "Heliófilo" a Umbral

José Miguel Naveros

«HELIÓFILO» (Félix Lorenzo) fue un célebre cronista del diario madrileño «El Sol», de José Ortega y Gasset, que animó con sus «Charlas al Sol» a los lectores de este periódico tan cargado de todo: técnica, conocimiento de los temas, arte de bien escribir... (Un periódico donde nunca se dieron noticias taurinas si no eran como sucesos: herida o muerte de un torero).

Las «Charlas al Sol» se hicieron populares, se esperaban a diario y era lo primero que se leía de este periódico. «El Sol», siendo un periódico perfecto, tuvo lectores por leer sólo a «Heliófilo». Sus crónicas se sucedieron sin interrupción desde el verano de 1928 al 25 de marzo de 1931, lindando con la proclamación de la República, fecha en que su autor se despedía: «Saludo y me voy». Con «El Sol» de Ortega y Gasset pudieron el señor Silió, gran accionista de la Papelera, y otros señores. Motivos políticos —«El Sol» se inclinaba a la izquierda— aconsejaron cambiar la línea del periódico: si era mucha su difusión, mayor era la influencia que ejercía entre los españoles de aquella época.

Recuerdo bien a «Heliófilo». Lo leía a diario entonces, y lo releí después al publicarse sus «Charlas» en cuatro Series por E. Dossat, editor. La primera Serie la encabezaba un «introito» de Francisco Grandmontagne explicando el porqué del seudónimo; la segunda la abrían unas líneas tituladas «Una charla sobre las **charlas**», del propio «Heliófilo»; la tercera, un «Retrato pasaporte» de Ramón Gómez de la Serna, una verdadera delicia; la cuarta llevaba la fecha 1932, últimas «Charlas» de cuando las «Charlas» ya no se publicaban. Desaparecieron casi al entrar la República, que venía mortalmente herida por el capitalismo y los ultras españoles, y que una Europa sin conciencia y en bancarrota económica le aceleró la muerte.

Ramón dijo de «Heliófilo» que era «el periodista que pone inyecciones de sensatez a la insensata indiferencia nacional, pide en voz alta sus **herramientas** y le llevan un bloque de papel satinado».

Han pasado los años, con la guerra y posguerra española por medio, y «Heliófilo» ha encontrado un sucesor que le supera (él que era el «amanecido Sol periodístico», de Ramón) en Francisco Umbral con su crónica de cada mañana «Diario de un snob». Pero «Umbral» —desde ahora lo entrecomillo— se trae consigo cada día todo lo mejor de la literatura anterior al «Glorioso Alzamiento Nacional»: los dos Ramones —Gómez de la Serna y Valle-Inclán— y la sensibilidad exquisita de Juan Ramón Jiménez, al que él cita con muchísima frecuencia, admira, y hace aparecer en sus escritos como bombazos del corazón, de la estética, de la moral. Cuando a «Carmen

Sevilla, **Carmen de España** (y no la de Merimée, ni siquiera la de Mallarmé)», le regaña por querellarse contra un fotógrafo que le ha hecho unas fotografías desnuda, coge unos versos de Juan Ramón: «Vino primero, pura, vestida de inocencia...» y se los recita.
Para hablar de la plaza de la Villa de París, destrozada en las manos del alcalde de Madrid, escribe primorosamente «La quincena loca de Alvarez/Vaguada», donde se lee:
«En su día, claro, hubo polémica y metesaca sobre esta plaza, con mucho jaleo de precatálogo, partidos políticos, urbanistas, "Adelphas", **Soutos** y cosas, a más de **Chuecas**, parlamento de papel, tigres de celulosa y punto final de **Juan Ramón:**
»—No toques ya más, que así es la plaza.
»Que así es la rosa. Pero **Alvarez/Vaguada** quiere hacer de la rosa un aparcamiento, un inmueble, yo qué sé. Se ve que **Juan Ramón** le trae flojo».
Le echa encima al alcalde José Luis Alvarez, más aliancista que de ucedé, todo el peso juanrramoniano en su «Madrid posible e imposible» hablando a propósito de la ACADEMIA: «Está tan lejos para mí como, por ejemplo, el palacio real y dentro de ella sentiría la extrañeza que sentiría un arroyo en un despacho del ministerio de Agricultura».
No hay que valorizar las imágenes de alumno y maestro. (Había dicho Juan Ramón en este mismo pequeño capítulo, todo él jugueteo: «Yo no soy un **literato**, soy sólo un poeta»).
La delicia de «Diario de un Snob» es que no se sabe nunca cuál de los «Umbral» escribe. El juanramoniano está claro, él mismo lo dice, pero ¿de dónde saca tan variados estilos, embrujo, ideas...? ¡Y con qué finura puntualiza!: «Ya se ha ido, con su pelo de gato y su cara de derechas. Juan Ramón me asiste una vez más: **Cómo era, Dios mío, cómo era».** ¿Y el valleinclanesco o ramoniano de Gómez de la Serna? «Umbral» nos dice en «Papeletas para un diccionario cheli»:
«Por ejemplo, en la España isabelina e isabelona, y en las novelas de **Valle-Inclán** (todo "El Ruedo Ibérico" está escrito en el cheli popular o aristocrático de la época, y esa es no sólo su grandeza literaria como tengo muy dicho, sino su grandeza crítica), en aquella España los duros se llamaban duradartes, y después de u siglo la expresión sigue vigente y yo la he retratado en diversos argots populares y dialectos de la gran ciudad».
Recorrer a «Umbral» en su «Diario de un snob» es un arcoiris que deslumbra... En el titulado «Gerena» dice: «Gerena, Manuel Gerena, camborio de dura crin, viene de Sevilla con su cara de tierra, su camisa de cuadros, su zamarra». El retrato es exacto con su barniz andaluz puro en el lenguaje: «**Umbrá**, el que puso la primera bandera andalusa allí en Seviya, que la puso bien arta, es uno que tie fincas y se llevaba el agua pa su finca, pa regá, y en Seviya sin agua pa bebé, qué te parece...».
Y en el «Diario» de ese ayer tan próximo, 17 de noviembre, que conmovió a España, «Umbral» se destapa con su ABRIL MARTORELL, que es la causa de todo lo que ocurre en este país que se quedó sin aquel «El Sol» de «Heliófilo», compañero en la hora de decir la verdad:
«Cuarenta años de lucha, **Camacho, Redondo,** hermanos, cuarenta años de cárcel y un día, el día en que iba a morir Franco, cuarenta años de clandestinidad, esperando el cuerpo a cuerpo con el gran capitalismo, verle la cara a **Dios** o a **Adam Smith,** cuarenta años de sangre, muertos, conspiración, fusilamientos. **Grimau,** cosas, y al final sólo vemos, sólo veis la barba dura de **Abril,** la cara, azulada de barba y afeitado, de un señor al que llaman **Abril Martorell».**
Esta es la única noticia resaltable para «Umbral» en el agitado día 17 de noviembre... Para él que da fe de todo.
¡Bello otoño! de J. R. J., ¿verdad, Paco Umbral?, sin que el paisaje haya sido fusilado. Te dejo con tu poeta y me voy. Tú bien sabes lo que quiero decir y a quién nombro. «De pronto», nó parece que lleguen. Y si nos unimos, nuestro paisaje, AZUL Y PLATA, se salvará. Dios lo haga y nosotros lo consigamos. ■
J. M. N.

Persistencia de un mito:

Drácula, príncipe de las tinieblas

Eduardo Haro Ibars

EL Conde Drácula, Príncipe de las Tinieblas —título que pertenecía al Diablo hasta que el director inglés Terence Fisher se lo adjudicó a su héroe en una de las producciones de «Hammer films»— es un mito romántico, tal vez el último. Nacido literariamente en 1897, de la pluma de Bram Stoker, ha llevado desde entonces una existencia agitada: ha concurrido los teatros y los cines, ha entrado en galerías de arte surrealistas, e incluso, ha tenido su lugar preferente en conciertos de «rock». Gracias a la magia de los medios de comunicación de masas se ha convertido en el símbolo universal de todo lo perverso y en el arquetipo del vampiro. Ha dejado de ser un personaje de ficción, una fantasía hecha de sombras y palabras, para convertirse en parte integrante de nuestras vidas. Ahora, hace muy poco, ha vuelto a aparecer entre nosotros en teatro, encarnado por José Luis Pellicena. La adaptación que aquí se nos ofrece es fiel a la que se estrenó en 1927 en Broadway: una adaptación condensada de la novela, de la que eran autores Hamilton Deane y John L. Balders, y que interpretaba Bela Lugosi. Tal versión no recrea el ambiente entre gótico y moderno de Stoker, sino que se sitúa en un ambiente más moderno, y refleja las angustias y la crisis de una sociedad que va perdiendo poco a poco la razón; no en vano transcurre la mayor parte de la acción en un manicomio; no en vano son la Locura y la Muerte sus protagonistas, la Locura y la Muerte, que acompañan siempre a la sugestiva imagen del Vampiro.

EL VAMPIRO, SU CLASE Y CONDICION

La palabra castellana **vampiro,** se deriva del húngaro **upir,** y este vocablo viene a la vez de una lejana raíz persa o turania. Designa a un tipo especial de hechicero que sobrevive a la tumba —su morada—, y que infesta desde ella la sociedad de los vivos, sobre la sangre de sus parientes y amigos, difunde la Peste —la temida Peste del Medievo, bajo cuyo nombre tan mágico y temible como el del vampiro se agrupan diversas enfermedades, entonces mortales— y, en general, molesta y destruye el orden establecido en el mundo. Es difícil trazar su historia —su leyenda, si así lo prefieren los escépticos—, pues se trata de un personaje común a todas las civilizaciones, presente entre nosotros desde la prehistoria bajo distintos nombres, formas y avatares. Representa a la muerte —o al muerto, que es imagen de la Muerte—, que viene a reclamar su presa, a arrastrar a los vivientes a sus dominios oscuros. Existió en China, en la India, en la América precolombina; incluso he podido encontrar trazas de estos seres en Filipinas: un pueblo entero de vampiros que allí llaman «berbalang», y que están dotados de características muy especiales.

En cuanto al vampiro nuestro, al vampiro europeo tal como lo ha popularizado la literatura de terror, viene de Turquía: lo traen los turcos que invadieron la Europa Central, y su sombra se esparce por Hungría, Bulgaria, Albania, toda la región balkánica y Grecia. Concretamente, es en la neblinosa región de la Transilvania donde el vampiro tiene su morada. Se le llama brukolak, en Grecia; vurdalak, en la Servia —un vampiro éste, muy especial, que sólo ataca a sus familiares y amigos—; nosferat, en ciertas regiones de Alemania... En España no hubo vampiros, porque tampoco hubo turcos; eso sí, ha habido brujas que chupan la sangre de los niños —la extraen, preferentemente, de las ingles, lo que tienen unas evidentes connotaciones sexuales—, y el famoso «sacamantecas» ya muy posterior, con el que las madres meten miedo a sus hijos: personaje éste corruptor de infantes, a quienes secuestra para sacarles sangre, grasa o semen. Pero los no-muertos —según la fórmula de Stoker— como tales, sólo se manifiestan entre

El vampiro encarna a la pesadilla; es una especie de hechicero que sobrevive a su paso por la tumba, de la que sale para turbar el sueño de los vivos, robándoles la sangre y otros fluidos vitales de los que se alimenta. Goya plasma muy bien su actividad, en este fragmento de un grabado.

nosotros en su condición de almas en pena, solicitando misas en vez de sangre. Los árabes nos trajeron sus gûls, que no son verdaderos vampiros, aunque se alimenten de sangre y carne humana y habiten cementerios y ruinas; celtas y romanos dieron pie a la leyenda del hombre lobo, que aún infesta los bosques de Galicia, y las pocas brujas que hemos tenido —en España se quemaron muy pocas; la Inquisición vio una fuente de ingresos más saneada en los procesos contra herejes, moriscos y judaizantes— nos vienen directamente de la Antigüedad pagana o de ciertos cultos matriarcales del País Vasco.

La plaga del vampirismo en Europa se extiende desde finales del siglo XV hasta las postrimerías del XVIII. Y es una plaga importante: tanto, que el ilustrado abate Calmet hace un informe sobre ellos, y que el mismo Voltaire tiene que escribir que el vampiro es aquel que se sienta en los tronos y ocupa sillas arzobispales, y no un muerto sediento de sangre en su tumba.

Todo un folklore mágico se ha establecido en torno a estos habitantes de la huesa. Para protegerse contra ellos, son necesarios amuletos muy especiales: en algunos lugares, lo indicado es el perfume del ajo; en otros, las rosas salvajes; siempre la cruz, pues el vampiro es musulmán de origen, aunque luego esto se irracionalice más y se haga de él un cuerpo

Los guls, vampiros de la leyenda árabe, no son precisamente muertos que regresan: se trata más bien de seres sobrenaturales de esencia demoníaca, una de cuyas actividades es la de bebedores de sangre, pero que tienen también otra amplia gama de bromas macabras.

Hay muchas formas de matar a un vampiro, y una de ellas es la que observamos en el grabado: a la luz del día, sorprendido en su ataúd, se atraviesa su corazón con una afilada estaca de madera. Conviene, para mayor precaución, cortarle después la cabeza.

poseído por el Malo. Para acabar con él hay muchos métodos, popularizados muchos de ellos por el cine: atravesar su cuerpo con una estaca de madera, cortarle la cabeza, e incluso —en el caso de vampiro recalcitrante, que vuelve a pesar de los severos tratamientos antes indicados— quemar su cuerpo, para que el Espíritu que lo habita no tenga donde aposentarse. El vampirismo es algo contagioso, como una enfermedad venérea: quien sufre los ataques de uno de estos monstruos sigue su sino fatal, y está condenado a levantarse por las noches para tomar de otros el líquido vital y continuar propagando la enfermedad de la vida tras la muerte.

Nuestro vampiro turco-europeo es la encarnación ya refinada, pasada por una serie compleja de ciclos folklóricos, de una serie de ideas mítico-referenciales: ante todo es el Muerto que regresa, el ser humano convertido en Otro, enajenado, y a quien incluso sus más próximos parientes temen, como a esa otra figura o sema mítico que es el Loco. De sus caracteríticas sexuales resulta casi innecesario hablar, por lo obvias: es el que pervierte. Llama a sus víctimas con voz suave, durante la noche; a veces es el marido fallecido, que regresa de la tumba para acostarse con su mujer; otras, es un amigo muy querido cuyo fallecimiento se ignora, el que penetra al amparo de la sombra en un hogar, y allí seduce a todos sus habitantes. Viene siempre de noche y fascina a quien le acoge. Recoge la sangre, ese líquido mágico por excelencia, donde —desde los evangelios lo saben los cristianos— reside la mítica. No es, como han interpretado últimamente aficionados a la sociología que se basa tan sólo en la figura novelesca del Conde Drácula, un ser perteneciente a la clase más elevada, dedicado a chupar la sangre del pueblo; por el contrario, se trata casi siempre de alguien que nos es muy cercano, de un compañero o de un pariente, convertido en **otra cosa** al traspasar el umbral oscuro e impreciso que separa a los vivos de los muertos. La Muerte, la Locura y el Sexo se encarnan en su figura tenebrosa, a la vez atractiva y repugnante como un sueño infantil. Se trata de un personaje tan rico en símbolos y en sugerencias como el de Edipo; y es extraño que un detective imaginativo como Freud no lo haya estudiado; el complejo de vampiro/vampirizado —ambos extremos van siempre juntos, como en el sado-masoquismo— está presente en todos los humanos. O, al menos, tan presente como el famoso complejo de Edipo.

ALGUNOS VAMPIROS HISTORICOS

El Vampiro no está sólo presente en el folklore, en la leyenda y en la literatura, sino que vive también en las páginas de la Historia. No es ya

Nuestro vampiro turco-europeo encarna la Locura, la Muerte y el Sexo, los tres temores más antiguos del hombre. Su figura es a la vez atractiva y repugnante, *como un sueño infantil. Jean Bouillet*, en esta ilustración para «Drácula» lo muestra como un horror bastante atractivo.

el muerto que anda, el no-muerto; pero sí el ser que encarna, con la ecuación utilizada antes, la muerte, la locura y el sexo, todo en la misma persona. Héroes cuyas vidas legendarias han sido tomadas después por románticos y decadentistas para encarnar sus sueños, pero que tuvieron una existencia real y una personalidad fijada en libros y documentos de su época.

El primero de ellos, por orden de antigüedad y tal vez de atrocidad, es Gilles de Laval, señor de Rais y Mariscal de Francia. Dicho caballero de humor melancólico vivió a principios del siglo XV; de hecho, nació con el siglo, en el año 1400. Fue compañero y amigo de Juana de Arco, luchó junto a ella, junto a la bruja cuya secreta historia nos revela el escritor americano Philip J. Farme en «La imagen de la bestia», y se retiró pronto a su castillo del sur. Joris Karl Huysmans nos lo presenta en su decadente novela «Lá-Bas», como a un hombre del Renacimiento que hubiera nacido antes de tiempo: amante de la música, de los raros tapices moriscos y de las bellas artes, dispendió su cuantioso caudal en fiestas y fastos excesivos. Acosado por la pobreza, la pederastia y el «spleen», este dandy condenado a vivir en una época que desconocía el dandysmo pensó, para seguir viviendo de acuerdo con sus apetencias hacer un pacto con Satanás. Y Satanás se encarnó en él, y el Negador le habitó: sacrificó a más de trescientos niños y muchachos —él confiesa más de mil, pero a mí me parece que el arrepentimiento le hizo exagerar— en ceremonias ofrecidas al Diablo. Y unía el ritual a la satisfacción de sus extraños deseos: hacía aparesar a los jóvenes por sus secuaces, que los ponían en el tormento. Cuando estaban ya a punto de expirar, aparecía él como salvador y les mandaba suspender la ejecución. Los niños entonces, agradecidos, se prestaban a sus caricias y se las devolvían de buen grado. Y entonces, en el momento del goce supremo, Gilles de Rais los estrangulaba. Le complacía, según cuenta él mismo en su proceso, abril en canal a sus víctimas y revolcarse entre sus intestinos aún calientes. Tan extraño caballero fue ejecutado en 1440, tras haberse confesado de sus pecados y mostrado el mayor arrepentimiento por ellos.

Las adaptaciones de «Drácula» al castellano son antiguas, casi tanto como la misma novela. Ya Enrique Rambal, el creador de increíbles espectáculos, hizo en su momento una adaptación para el teatro, que suponemos más brillante que la que ahora hemos podido ver.

Una figura que puede considerarse, si la comparamos con el personaje anterior, un modelo de virtudes y de bondad, es la del auténtico Drácula, que luego sirvió de novelo para el personaje de Stoker. Se llamaba Vlad Tepés, el Empalador, alias Drácula o Draculea, lo que significa en rumano «el hijo del Dragón». Tal sobrenombre se debe a su padre, Vlad Dracul, el Dragón, llamado así, bien por su ferocidad, bien por ser caballero de la orden del Dragón. Drácula fue príncipe de Transilvania, señor de Valaquia, territorio primero húngaro, rumano en la actualidad; luchó contra los turcos y contra otros señores cristianos vecinos, y manifestó siempre una enorme crueldad, tanto en la guerra como en tiempo de paz. En realidad, no fue más terrible que otros príncipes de su tiempo y de su región, más asiáticos que europeos. Se cuentan de él anécdotas curiosas: como que le gustaba comer en una explanada rodeado de los cadáveres de sus enemigos empalados, porque el olor de la sangre y de los intestinos desparramados le abría el apetito. O este encantador detalle de humor negro: una vez que ciertos embajadores turcos se negaron a destocarse ante él, Drácula mandó que les clavaran los turbantes a las cabezas, cuidando de que los clavos fueran muy cortos para que no muriesen enseguida y alargar su sufrimiento. Al igual que su contemporáneo, el Rey Pedro de Castilla, Drácula tenía fama de cruel, pero también de justiciero; son términos ambos que suelen aplicarse conjuntamente a quienes detentan el poder absoluto, ya que suelen aplicar con rigor a los demás las reglas de justicia que ellos se abstienen de cumplir.

El tercer y último personaje de esta galería de

retratos es la condesa Erzeberth Bathory, de nacionalidad húngara y que vivió en el siglo XVII, una época relativamente cercana a nosotros: famosa en su tiempo por su belleza, acostumbraba preservarla con un raro cosmético: sangre de doncellas. Disponía de un artilugio especial, una suerte de ducha similar a la que se utilizaba en las iniciaciones al dios Mithra, en tiempos de la decadencia romana; sólo que en éstas, el neófito era bañado en sangre de toro, mientras que en el caso de la condesa, la víctima del sacrificio era una muchacha, o varias. Así murieron unas cuatrocientas, hasta que el príncipe Esteban Bathory se vio obligado a encerrar a su hermana a perpetuidad, sin que se tengan noticias de que diese ninguna muestra de arrepentimeinto. Poca huella ha quedado de su existencia en la literatura, aunque es posible —sólo es una conjetura— que el personaje de «Carmilla», de Sheridan le Fanu, tuviese algo que ver con este personaje.

DRACULA EN LA LITERATURA

El folklore se introduce siempre en la literatura, de una u otra forma: entra por las puertas del relato popular y penetra en las canciones, en el teatro, en la novela y, por último, en esa nueva forma de narrativa literaria que es el cine. Y el vampiro, personaje folklórico por excelencia, pasa por un camino más extraño: de la superstición y el folklore pasa a los gabinetes de los médicos y los sabios y, de ahí, a la literatura culta. Es un poco exagerado remontar su existencia literaria a la novela romana, al «Satiricón» o al «Asno de Oro»: se habla allí de brujas y de hombres-lobos, de transformaciones y de magia, pero nunca de vampiros. Podemos pensar, en el caso de la Lamia, recogido en la «Vida de Apolonio de Tiana», pero la Lamia no es propiamente un vampiro: se trata de un ser por completo sobrenatural, que nunca ha sido humano, y que adopta la forma de joven atractiva para devorar a sus pretendientes: es algo muy parecido al gûl de las leyendas árabes. Pero el vampiro es, en literatura, un hijo del romanticismo. Surge de la epidemia vampírica que preocupó a toda Europa a finales del siglo XVII, e incluso avanzado ya el XVIII: en Grecia y en Europa central, los cadáveres parecían abandonar cada noche sus tumbas en tropel, y dedicarse a recorrer pueblos y aldeas sembrando el terror. Catalina de Rusia llegó incluso a enviar un equipo de estudiosos, encabezados por su propio médico, para que estudiase los fenómenos

Bela Lugosi encarna perfectamente en el cine —antes lo había hecho en el teatro— la figura señorial y algo tétrica del Conde, capaz de alternar en sociedad sin mostrar demasiado los colmillos.

de vampirismo en Hungría, Bulgaria y otros lugares.

Por otra parte, el vampiro es un personaje cien por cien romántico: su vida en la muerte, o en aquellos lugares donde la muerte tiene su cobijo —castillos en ruinas, antiguos cementerios, yermos tormentosos, tan del gusto de los románticos—, y esa relación entre el amor, la pasión y la muerte; esa idea de que cada hombre ha de matar fatalmente lo que ama —y algunos, gracias a ello, sobreviven—, todo ese carácter sombrío lo tiene todo para satisfacer el genio oscuro del Romanticismo. Y es el padre Goethe quien se inventa al vampiro: aprovechándose de la anécdota citada en la vida de Apolonio —un discípulo del mago se enamora de una joven; en la ceremonia de los esponsales, Apolonio la descubre como horrible lamia preparada para devorar el corazón y la sangre de su amante—, escribe «La novia de Corinto», y ya humaniza —esto es, vampiriza— a su monstruo, la hace ser novia muerta de un ser viviente, y vivir ella misma de deseo y de sangre. Queda ahí la lamia como la personificación más terrible del deseo, deseo insaciable vencedor de la muerte misma. Luego le seguirán por el mismo camino Hoffmann, o el conde Alexei Konstantinovitch Tolstoi, que escribe

Otro de los actores que mejor han sabido encarnar el papel del temible aristócrata es Christopher Lee, a quien vemos aquí deambulando por las calles de Barcelona, en compañía de su hijita, a plena luz del sol. Nada en él denota al monstruo que suele encarnar en las pantallas.

«La familia del Vurdalak»; los vampiros son ya muertos que regresan.

Drácula es hijo de dos personajes de ficción anteriores a él: Lord Ruthwen y Carmilla. El primero aparece en un cuento escrito hacia 1819 por el Dr. Polidori, secretario amigo-enemigo de Lord Byron. Se trata de un hombre elegante y distinguido, proclive —como Byron, del que es una perversa caricatura— a los amores incestuosos y prohibidos, que muere en Grecia y regresa a Inglaterra para pervertir, seducir y conducir a la muerte a las más puras jóvenes de la sociedad. Carmilla nace un poco después, en 1872, y su creador es Joseph Sheridan le Fanu. Es también una joven noble, con tendencias lésbicas, muerta siglos antes y que, desde el momento de su muerte, no ha parado de seducir y matar jovencitas valiéndose de la astucia; por fin tiene lugar su castigo en un cementerio romántico, donde es asesinada por un padre vengador. Ambos personajes se caracterizan con detalles que luego peteneceran al Conde: orgullo de pertenecer a una casta noble, persistencia en la vida —caso de Carmilla— después de siglos de haber muerto, fogosidad sexual, astucia maligna...

Bram Stoker, autor mediocre, alcanza con la novela «Drácula», mucho más romántica que gótica, el cénit de su genio. Introduce, además, en el gótico-romántico una serie de variantes que emparentan su obra con lo ahora conocemos como ciencia-ficción. Se basa en una pura especulación: ¿qué ocurriría si de verdad un vampiro existiese en el siglo diecinueve? ¿Y si ese vampiro, aprovechándose de su larga experiencia de cuatro siglos de vida, de sus poderes sobrenaturales y de cuatro siglos de progreso social y científico, decidiese trasladarse, desde su Transilvania natal, a una gran urbe como Londres, donde hay más cantidad de sangre fesca para satisfacer sus deseos? Con todo esto, acompañado de un profundo conocimiento del folklore sobre el tema vampírico, y ayudado por su perteneciencia a la secta «Golden Dawn», donde pudo conocer verdaderos modelos de vampirismo, Stoker construyó una figura modélica en literatura, la encarnación de un mito, que sobrepasa los límites del vampirismo clásico para convertirse en fuente negra de horrores y de males.

Drácula es un arquetipo; es una palabra. No se trata de un ser que pertenezca a ningún folklore particular, ni a ninguna historia: reúne en sí todos los rasgos que las leyendas centroeuropeas atribuyen al vampiro, a cuya clase en realidad no pertence: es el Mal, el Anticristo en lucha con las fuerzas del Bien,

que forma desde la tumba un imperio de tinieblas; posee todos los poderes de las ciencias ocultas y todas las ventajas de vivir en un mundo moderno, y es capaz de presentarse en sociedad, tener tratos con abogados, comprar casas y tierras por medio de procuradores, mandar telegramas y viajar en barcos de vapor..., y, al mismo tiempo, es vulnerable a todas las armas que la superstición ha inventado contra él y los de su especie. Y es por la superstición, y no por la ciencia, como se le vence al final de la novela.

EL CINE

A pesar del éxito de la novela de Stoker, que Oscar Wilde llegó a llamar, con su peculiar sentido de la exageración artística, «la mejor novela de todos los tiempos», el malvado Conde no se hace popular hasta que llega al cine; de nuevo aquí se alía con el mundo del progreso. Y así, en 1922, Murnau realiza «Nosferatu», una de las más bellas sinfonías de terror que nos ha dado el expresionismo alemán. Y, más tarde, en 1931, Tod Browning realiza para la «Universal» una versión de «Drácula», que marcará la pauta a todas las demás: allí actúa, por primera vez Bela Lugosi, que ya había encarnado al Conde en el teatro, y que caracteriza al personaje que conocemos: larga capa, modales afectados y aristocráticos, nariz aguileña, y la sobrenatural capacidad de surgir de su ataúd todas las noches perfectamente bien peinado, limpísimo. Hasta ahora, tal vez más de cincuenta películas se hayan rodado en torno al personaje, o conectadas de algún modo a él. Entre ellas, hay que destacar las que ha dirigido Terence Fisher para la «Hammer Films», con la colaboración de ese excelente actor que es Christopher Lee. Y así, a través de la linterna mágica, la sombra del vampiro —convertida, por mágica paradoja, en luz— ha llegado a incidir en nuestros sueños contemporáneos. El mito perdura. Nos queda preguntarnos cuáles serán sus nuevos avatares. ■ **E. H. I.**

Homenaje póstumo de Jean Boullet a Bram Stoker, autor mediocre que supo, sin embargo, crear uno de los personajes más atractivos de la literatura romántica, en la novela que Oscar Wilde definiría como «la mejor de todos los tiempos».

Mahoma: La noche del destino

Víctor Márquez Reviriego

La destrucción de los ídolos guardados en la Kaaba (había 360). El antiguo esclavo Bilal sería el primer muecín que desde lo alto llamara a los musulmanes a la oración.

LA Meca hacia el año 600 es una ciudad privilegiada. Hay trescientos sesenta ídolos en su recinto sagrado, que es muy hospitalario: allí residen los diversos dioses de tribus y pueblos que acuden a la ciudad para su tráfico mercantil.

Tiene La Meca tres deidades particulares: la del poder, la del hado y la de la fertilidad. En La Meca está la Kaaba, construida, dicen, por un Adam vagabundo. Sobre la Kaaba se posó el Arca de Noé y en la Kaaba está la piedra Negra, una piedra que vino del Cielo. Tal vez un meteorito, como un lejano antecedente del perfecto paralelepípedo de «*2001*, una odisea del espacio»...

Los ídolos eran rentables. Los peregrinos (la ciudad era, además, un paso obligado para todas las caravanas que costeaban Arabia) tenían que comer, además de rezar, y sus camellos necesitaban forraje y agua. Se dice que los habitantes de La Meca, los mecanos, practicaban la usura y cobraban intereses superiores al cincuenta por ciento. Eran, ciertamente, otros tiempos y prestar dinero a un peregrino que podía no volver o ser muerto en el desierto era un riesgo que tenía su precio, bastante alto sin duda.

En Arabia nació Mahoma. Pronto huérfano, educado por su tío, casado con una viuda rica y quince años mayor que él (Kadiya). Un incendio destruyó parte de la Kaaba y Mahoma fue el encargado de colocar la piedra negra tras la restauración.

Una premonición acaso. Por esos años Mahoma empieza a retirarse a las laderas del monte Hira para meditar. Allí le visitaría el arcángel Gabriel para anunciarle que había sido elegido profeta de Dios. Aquella es la Noche del destino («más bella que mil meses», se dice en el Corán). Y de ella vendrá el ataque contra la idolatría politeísta.

Ese proceso es el descrito en la película «Mahoma: El mensajero de Dios» (1). La publicidad la empareja, inadecuadamente, con «La túnica sagrada». No es así. «Mahoma» es una obra con historicidad rigurosa, al menos en los fenómenos narrados. Otra cosa es que pueda verse un cierto maniqueísmo, que era de esperar dado su tono épico.

Pero hay en ella un buen cuidado de respetar el legado histórico y hasta cuando éste se adorna con alguna concesión al «cine de romanos» tiene una base. Por ejemplo, la muerte de Hamza en la batalla de Uhud acaso no fuera a manos del lancero nubio, como aquí se cuenta. Sin embargo, en aquella batalla (donde a Mahoma le rompieron un labio y dos dientes) los musulmanes de Medina, ciudad en que ahora vivía el profeta, no fueron exterminados, porque los árabes de La Meca se dedicaron a mutilar los cadáveres. Y eso sí está recogido así.

Asistimos en la película al planteamiento de protesta social de los primeros años, casi revolucionario, para llegar al final a un reformismo casi ucedeo. Se muestra el antirracismo, en la bien reflejada e histórica ascensión del es-

(1) «Mahoma: El mensajero de Dios». Dirigida por Mustafá Akkad. Intérpretes principales: Anthony Quinn, Irene Papas, Michael Ansara y Johnny Sekka.

La batalla de Uhud, entre mahometanos de Medina y árabes de La Meca. Fue la primera derrota de Mahoma, que allí perdió dos dientes. En el combate murió Hamza, pariente de Mahoma y dirigente de sus tropas.

clavo Bilal a muecín. El espíritu de hermandad primitivo. El sentido pactista de los árabes, etc... Lo que no se muestra es la cara del profeta y ni siquiera su voz, condición ineludible para que la cinta pudiera exhibirse en países musulmanes.

A la manera de un documental vemos aquí la captación de los primeros adeptos, el choque con la plutocracia religiosa de La Meca, la huida de los musulmanes hasta Abisinia, la marcha de Mahoma a Medina, la primera batalla victoriosa en los pozos de Badr en 623, la derrota al año siguiente en la montaña de Uhud, las primeras adhesiones importantes, la vuelta a la Meca, la destrucción de los ídolos...

Acaba la película antes de mostrarnos la extraordinaria expansión del Islán fuera de la península arábiga, sustituida por imágenes de multitud de mezquitas repartidas por el mundo. Esa expansión calificada por Pirenne como «un verdadero milagro» (2). Y de la que Carlyle dijo que «con ella el pueblo árabe salió de las tinieblas gozando de la luz y vivificándose. Aquel conjunto de pobres pastores que vivía errante en los desiertos tuvo su Héroe - Profeta, portavoz de un mensaje que les inspiraba fe...» (3). Más agnóstico, Bertrand Russell situaría la ganancia material de la conquista y el botín por encima de esa fe, como móvil de la expansión. ■ **V. M. R.**

(2) Henri Pirenne: «Mahoma y Carlomagno», Alianza Universidad.

(3) Tomas Carlyle: «Los Héroes». Colección Austral, Espasa Calpe.

Los casanovas

Eduardo Haro Ibars

LOS personajes que la Historia nos ofrece son sombras, espectros maquillados por nosotros, a quienes prestamos vida y color, seguramente muy distintos a los que en vida tuvieron: inventamos la historia a cada paso, inventamos el mundo y sus personajes, a partir de pequeños retazos de verdad, de datos que a veces, incluso, son falsos, y que nos valen para dar una interpretación del mundo coherente y válida en el momento en que la damos. Esto, que es cierto para todos, lo es doblemente en el caso del Caballero Casanova, veneciano, falso Señor de Seingalt; y es así, porque él mismo, todavía en vida, fue una ficción. Casanova nunca existió: se inventó a sí mismo, y se plasmó en unas magníficas «Memorias», que tienen el doble valor de no ser en absoluto sinceras y de mostrar, además, el paso de un pensamiento anclado en el Medievo y en la superstición hasta las luminarias de la Ilustración naciente: Casanova fue mago y charlatán, como después Cagliostro, pero fue también un espíritu lúcido y escéptico; y ambos personajes se entremezclaban, se ensamblan, creando un tejido donde la verdad y la mentira forman una centelleante imagen del personaje y de su tiempo.

En sus «Memorias» —divertidas, cínicas, reflexivas y sobre todo gratamente mentirosas— se nos muestra como infatigable aventurero y amador, como una especie de superhombre en las artes amatorias. Y así lo muestra también César González-Ruano en la magnífica biografía que de él hace. Sin embargo, nada más lejos del romántico Don Juan a la espa-

ñola, que no piensa y que tiene terribles problemas con la culpa y el pecado. No es un hombre moral, al menos no es ese sentido. Es, ante todo, y siento repetirme, un mentiroso.

Mentiroso es también Federico Fellini; lo ha sido siempre. Se ha inventado un falso Satiricón, e incluso un falso Fellini a través de «Ocho y Medio», apelando para ello a la brillante falsedad del psicoanálisis. Era de esperar, pues, que los dos pícaros, los dos lúcidos magos italianos, se encontrasen. El «Casanova» de Fellini, no tiene nada que ver con la brillante, pero aburrida, reproducción histórica que sobre el mismo personaje hiciera Luigi Commencini; ni tampoco con las fantochadas que protagonizaran, respectivamente, Bob Hope —demasiado feo— y Tony Curtis —demasiado guapo— sobre el falso de Seingalt. Es una reflexión irónica y amarga, llena de poesía; la reflexión del augur que no puede reprimir la risa cuando se cruza

con otro de su misma profesión, porque conoce los trucos del oficio. Es también, en cierto modo, un cuento de hadas moral: nos narra aquí Fellini cómo el personaje se inventa a sí mismo, cómo se fabrica su mito de la nada y cómo no puede escapar a él. Sus proezas en el terreno sexual, sus invenciones, su misterio, se desvelan. Y se desvelan cubiertos de un lustre que no puedo por menos de llamar «veneciano».

No importan nada las inexactitudes históricas, los camelos de decorado, maquillaje, etc., tan queridos a Fellini: su historia es, con mucho, la más verdadera que se nos ha contado sobre Casanova, y lo es precisamente porque nos muestra sus máscaras, lo único que era este personaje. Es tal vez una de las películas que más nos revelan sobre el propio Fellini. Y esto, por la misma razón. ■ **E. H. I.**

LA FORMACION DEL FEUDALISMO EN LA P. IBERICA

El pasado día 24 de octubre se celebró la presentación del libro de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, sobre los «Orígenes del Feudalismo de la Península Ibérica». La librería Marcial Pons rebosaba de público, casi todos los asistentes pertenecientes al «mundillo» de la historia; testimoniaban su admiración hacia el hombre como Abilio Barbero, que ha demostrado con su trayectoria y firmeza en la difícil profesión de historiador, una personalidad rigurosa en el tratamiento, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, de temas y en la explicación de sus clases en la Universidad de Madrid. Nosotros, alumnos suyos de hace años, vemos maravillados cómo un hombre que lucha contra todo tipo de obstáculos administrativos y, aquejado de una dolorosa enfermedad, es capaz de superarlos y sacar a la luz, con su más íntimo colaborador, Marcelo Vigil, una obra que será punto de partida para una nueva comprensión de la Historia de nuestra península.

El libro en sí es un esfuerzo de investigación, con una utilización de fuentes que le dan una seriedad enorme en el tratamiento del tema y en las conclusiones que podemos sacar sobre las relaciones feudales de la península ibérica. Que rompe con las concepciones historiográficas tradicionales desde Menéndez Pelayo hasta Claudio Sánchez Albornoz.

El estudio novedoso de este libro, de las «comunidades de aldea» de la región cántabra, poco romanizada, su evolución desde sus relaciones personales e instituciones tribales hasta formas feudales; casi al tiempo que la sociedad esclavista del Bajo Imperio romano va a evolucionar también hacia formas feudales, es algo que va más allá de lo que afirmaban nuestros historiadores nacionales y hasta recientemente en que aún se negaba la existencia del Feudalismo en la península ibérica, exceptuando Cataluña.

La presentación del libro corrió a cargo de la profesora medievalista de la Complutense, la argentina Reyna Pastor, que fue acertada y emotiva en su intervención. Subrayó lo que de importante tiene entre los medievalistas del tema hispánico, tratar bajo una perspectiva objetiva y dialéctica la historia, así como la importancia de este libro desde ese punto de vista del materialismo dialéctico. ■ **FELIX MARTINEZ DE LA CRUZ.**

CRONICA DE UNA POSTGUERRA

Los años que van desde el final de nuestra guerra civil (1939) hasta la entrada de nuestro país en las Naciones Unidas (1955), marcan un largo trecho de dieciséis años en el que el pueblo español vivió una de sus épocas más difíciles y tenebrosas de su historia.

Rafael Abella, químico de profesión y sociólogo de vocación, ha escrito un excelente libro (1) en el que nos narra la larga y tensa epopeya de todo un pueblo, el nuestro, empeñado en la reconstrucción y en la salida de una situación de guerra civil latente que los gobernantes se empeñaban en recordar en cada momento a través de todos los medios a su alcance fuertemente controlados por una censura de estilo y mentalidad medieval.

Este «Por el Imperio hacia Dios» constituye el tercer volumen de una serie en la que se nos cuenta la vida cotidiana de los españoles. En el primero —«La vida cotidiana durante la guerra civil: la España nacional»— y en el segundo —«La España republicana»—, Rafael Abella había reflejado las insidencias de unas zonas tan conmovidas por el estallido de una revolución como por el brutal impacto de la guerra. El autor ha apuntado a esta historia menuda que se escribe con la anécdota, la noticia, el chiste o el romance, sin eludir la profunda influencia que los acontecimientos bélico-políticos tuvieron sobre un vivir colectivo que se desflecaba en peripecias individuales de las que toda una población —unos de grado y otros por pura casualidad geográfica— hubo de ser sufrida protagonista. Desde el confuso entusiasmo de unos días de julio hasta el desenlace final de un día de abril, sus primeros libros relatan el transcurrir de unas circunstancias que dejaron honda huella en quienes la vivieron. La historia de los desplazados, la aventura de los «pasados», la peripecia de los viajes, el impacto popular de las victorias, el azar geográfico que selló el destino de tantos españoles, la lucha por la supervivencia en unos tiempos atormentados...

En su tercer libro, motivo del presente comentario, se recoge una etapa de la vida española cuya naturaleza ha sido, incluso hasta hoy, trivializada por unos y deformada por otros, devotos de la mitificación o de la nostalgia. Rafael Abella, sin salirse de los lindes de la «pequeña historia», se ha acercado a la realidad de aquellos años, a la patética existencia de unos españoles sumidos en un grotesco triunfalismo, en tanto la vida del país, sometido a la tiranía del mercado negro y de las privaciones, caía en las simas de la miseria. El

(1) **«Por el imperio hacia Dios».** Editorial Planeta. Colección Espejo de España. Barcelona, 1978. 328 págs.

autor ha dedicado este texto a los verdaderos protagonistas: a todos los españoles anónimos que atravesaron un período triste de nuestra historia, tan sólo con la dignidad que da el propio trabajo y el no contaminarse explotando las necesidades de los demás; ellos fueron los auténticos autores, con el sudor de su frente, de nuestra reconstrucción.

Uno de tantos párrafos del libro nos da cuenta de esa epopeya:

«En ese azaroso vivir de la década de 1940, el español humilde sufrió hasta extremos que había de retrotraerse a los grandes azotes del pasado para encontrar parangón. Pero esto trajo su enorme cambio. La vida dejó de ser para grandes masas de españoles algo apacible y propenso al remanso de la tertulia de café y al vivir con cuatro cuartos. (Fue en esta década cuando se produjo la desaparición de los grandes cafés: Pombo, el Universal, el Castilla, el Lepanto, Molinero...) El español se convirtió en un hombre de lucha que multiplicó sus horas de trabajo y recreció su espíritu para superar la adversidad. Tenía en la cima del Poder a un hombre cuya teoría era la de que «había que llenar la copa de los de arriba para que de este modo se derramase algo sobre los de abajo». Y el español luchó de tal modo que tuvo primero que enriquecer a una oligarquía hasta dejarla ahíta. Y cuando le llegó algo y pudo mejorar su triste suerte, pudo estar seguro de una cosa: lo que le llegaba a sus manos no era regalo de nadie. Lo había ganado a pulso, con su esfuerzo, trabajando horas y horas; lo había ganado sacrificando muchas cosas: sus domingos, sus vacaciones, el estar con sus hijos, hasta el irse un día al cine con su mujer».

Este auténtico estudio sociológico de la inmediata postguerra española, está escrito con un estilo vivo y directo, casi propio de un periodista, y sin dejar por ello de perder lucidez y profundidad en el análisis. Abella ha realizado su mejor libro hasta la fecha. Junto al impecable texto hay que destacar la importante aportación fotográfica, ya característica y significativa a que nos tiene acostumbrados la colección «Espejo de España». ■ **JOSEP CARLES CLEMENTE.**

ECONOMIA, POLITICA Y SOCIEDAD EN EL MEXICO BORBONICO

El historiador aspira, con la mejor de las intenciones, a colmar lagunas en el conocimiento del pasado. Y en nombre de este propósito, cada investigación importante aplica nuevas técnicas, nuevos métodos, y abre la mente a reflexiones inéditas. Es éste el caso del libro de D. A. Brading (1), que abre camino en un terreno donde no existían antecedentes historiográficos de cierta importancia. Ello ofrecía generosas posibilidades a la investigación, pero también planteaba numerosos problemas por la carencia de puntos de referencia. El autor los resuelve desarrollando un plan de trabajo que divide la obra en tres estudios: esboza los caracteres generales del México del siglo XVIII (al que alude en el título como «México borbónico») y sobre esta base elabora la segunda parte: «Mineros y comerciantes», y la tercera: «Guanajuato». En el prólogo se advierte: «Debe notarse que los tres estudios han sido concebidos como enfoques autónomos del México de finales del siglo XVIII, y que entre ellos no existe una relación lógica progresiva».

La investigación se apoya en una tesonera labor de archivo. Los ricos depósitos notariales consultados por el autor; los expedientes de la Sección de Minería del Archivo General de Indias, en Sevilla, suponen el examen de una masa documental por demás respetable. Esto era necesario atendiendo a la exigua atención que ha merecido el tema hasta el momento. No obstante, debe señalarse que el progreso económico de México, en el marco general de la administración colonial, fue uno de los éxitos más resonantes de la política de recuperación financiera de las Indias impulsada por los borbones durante la época de la Ilustración. El programa fiscal reflejó inmediatamente los resultados favorables, pues las estimaciones corrientes indican que México aportaba las dos terceras partes de las rentas que la corona obtenía de las Indias.

Una importantísima primera parte del trabajo está referida al problema político y administrativo. Se destaca, especialmente, el papel cumplido por el visitador José de Gálvez. Su lucha empecinada contra la corrupción imperante en buena parte del funcionamiento colonial le concitó fuertes antipatías, pero su decidida actitud hizo posible el reordenamiento y saneamiento de la administración. Un orden colonial donde la riqueza estaba concentrada en pocas manos no podía menos que presentar oposición a las ideas de este abogado malagueño, que ponía al descubierto los vicios de un sistema que alimentaba la prosperidad de los privilegiados y generaba las más variadas formas de burlar la administración. Siguieron a Gálvez, en esta tarea reformadora, el virrey Bucareli y, más tarde, el conde de Revillagigedo.

El libro introduce al lector en el conocimiento de la estructura de la producción minera; los grupos sociales comprometidos en la explotación del metal; las dificultades técnicas que se presentaron y las soluciones ensayadas para superarlas, etc. También se analizan en sus páginas los éxitos y fracasos que conocieron algunas empresas, resultados derivados unas veces de la capacidad personal, y otras, de las posibilidades de invertir fuertes sumas de capital. Asimismo, intervenía frecuentemente la mayor o menor rapidez con que se producía el agotamiento de las vetas en explotación. «Sin embargo —escribe el autor—, el crecimiento de la producción de plata fue una tendencia continua que duró

(1) D. A. Brading, **Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)**, *Madrid-México, Fondo de Cultura Económica, 1975.*

todo el siglo: en cada decenio, con la excepción del de 1760 a 1770, se registró un aumento de la producción sobre el anterior. Además, esta expansión obedecía a mecanismos internos; al contrario de la que tuvo lugar en el siglo XIX, no fue dependiente ni de la técnica ni del capital extranjeros, ni tampoco fue, como la del siglo XVI, un florecimiento espontáneo por consecuencia de nuevos descubrimientos. Muchos de los antiguos campos mineros, tales como los de Zacatecas, Real del Monte y Guanajuato, siguieron siendo productores importantes hasta el fin de la colonia.»

La investigación de Brading, aunque anuncia un marco cronológico de algo más de cuarenta años, no renuncia a incursionar en el período histórico de plazo largo cuando el desarrollo de la relación explicativa así lo reclama. Así, por ejemplo, el hecho de que Zacatetas se mantuviera, durante cerca de doscientos años, en un lugar de privilegio dentro de la minería mexicana, sólo se comprende si atendemos a que las generaciones que se sucedieron en la zona utilizaron, con éxito, la experiencia acumulada por sus antecesores para perfeccionar métodos, o emplear otros nuevos, logrando extraer más mineral de vetas que, ocasionalmente, se encontraban abandonadas por improductivas.

Una hacienda minera, estructurada para realizar el beneficio del material, configuraba, para la época, una gran empresa industrial y exigía grandes inversiones. Aunque las grandes minas eran las que atraían la atención de los observadores y casi todas las referencias nos remiten a ellas (las de Veta Vizcaina y la de Valencia), lo cierto es que, «dentro de la minería mexicana existía gran variedad tanto en el tamaño de las empresas como en el grado de integración vertical». Y en este sentido, el autor ilumina uno de los aspectos más interesantes de la historia económica del período, cual es la existencia de diversas relaciones entre la mina y empresas complementarias. También abre este estudio una importante página en la historia social, pues incluye el examen de las grandes familias mineras, como los Fagoaga, de Sombrerete; o el conde de Reglá, de la Real del Monte.

El análisis de la situación de los trabajadores del sector minero y su movimiento migratorio debido a las oportunidades de trabajo que proporcionaban las nuevas vetas en explotación, viene a completar el espectro social. Se trataba de familias que trabajaban en las minas por sucesivas generaciones, constituyendo su mayoría, sin embargo, una fuerza libre de trabajo. Ello no excluía la existencia simultánea de trabajadores reclutados por la fuerza. El autor concluye este capítulo anotando algunas lagunas significativas que han impedido, hasta el presente, el completo éxito de una historia social: «La sociología de la minería de plata en México presenta un problema casi insoluble para el historiador, la ausencia de información sobre los

fracasos, las quiebras, y sobre la deprimente tragedia social que el progreso ocultaba. Velázquez de León afirmó en una ocasión que de cada diez personas que emprendían las actividades mineras, ocho perdían todo su dinero. ... Por otra parte, muchas de las mayores fortunas coloniales se hicieron con la minería de plata. Los mineros mexicanos adquirieron, durante el siglo XVIII por lo menos dieciséis títulos de nobleza, número considerablemente más alto de los que obtuvieron sus cautelosos rivales, los comerciantes».

Otro sector social abordado en este estudio es, precisamente, este último. El comercio se entendía, en Nueva España, como una actividad al alcance de todos; pero las grandes fortunas se amasaron en el comercio internacional, el que se especializó en el transporte de mercaderías «del otro lado de los océanos, de Sevilla y Manila, y no en el intercambio de productos locales». Las condiciones en que se realizaba este comercio —compra de lotes completos de productos y pago inmediato— marginaba automáticamente a los comerciantes menores. En consecuencia, el monopolio del intercambio era detentado por un reducido núcleo de ricos importadores. Sus centros de operación eran: Jalapa, feria cercana a Veracruz, y Acapulco, donde desembarcaba la mercadería a la llegada del galeón de Manila. Estos comerciantes distribuían, más tarde, los géneros a los compradores de las diversas regiones del país. Los beneficios que les proporcionaba el sistema hizo que contribuyeran, conjuntamente con los exportadores de Cádiz, a mantener la práctica de convoyes para escoltar a la marina mercante.

El autor explora el origen de las grandes firmas mercantiles de México. Es entonces que se advierte la existencia de muchas pequeñas casas que prosperan en base a la habilidad comercial de sus fundadores, a la integración de los habilitados en la empresa e incluso en la familia. Es por esta vía que se logra, frecuentemente, la permanencia de una razón social durante varias generaciones. «El comercio colonial no puede ser comprendido sin la exposición de la extraña sociología de que dependía gran parte de su esctructura. Todas las pruebas de que disponemos indican que generación tras generación, desde la Conquista hasta la Independencia los inmigrantes españoles dominaron el comercio colonial. La mayoría de los almaceneros de la ciudad de México, muchos comerciantes ricos de las ciudades de provincia y gran parte de los comerciantes menores, eran todos originarios de la península. No obstante, la prueba de esta hipótesis es literaria, no estadística: se basa en la serie de relatos de viajeros e historiadores de principios del siglo XIX que tuvieron experiencia personal en la colonia. Pero la casi completa uniformidad de estas fuentes es suficiente para comprobarla, por lo menos mientras no se emprenda una investigación cuantitativa.» El cuadro de comerciantes que accedieron a la nobleza gracias a su profesión nos prueba también que en esa actividad se po-

día alcanzar el anhelado ascenso social, coronamiento de una gran fortuna.

Un estudio económico y social de Guanajuato —el Bajío, la minería, etc.— se completa com un trabajoso análisis del censo militar levantado en 1792, sobre el que tratan de establecerse ciertas bases de comparación. Numerosos cuadros, relevamientos de inventarios sobre la composición de las fortunas de algunas familias, y cuadros estadísticos, nos proporcionan un excelente complemento para la mejor comprensión de los problemas que Brading aborda en esta investigación. Por último, hay que señalar que la sociedad que nos presenta el autor emergiendo de la estructura económica a estudio, cuenta con numerosos criollos entre sus filas superiores. No pocos son los que consiguen ascender en la escala social hasta la nobleza, desde su vinculación con el comercio y la minería.

Este libro nos proporciona una ventana por donde observar ciertas dimensiones de la colectividad colonial en México, en el período prerrevolucionario. De esas relaciones estructurales, estables y profundas, que se advierten actuando como líneas de fuerza, emergen nuevas posibilidades para interpretar el comportamiento de los diversos grupos sociales durante el período revolucionario e independiente. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

UN INFORME NADA SENSACIONAL

El fascismo, sus secuelas y ramificaciones, es algo que interesa a todos; fascina, como todo lo peligroso, y podríamos decir que tiene incluso cierto morboso atractivo: el atractivo del disfraz, de la escenografía, de la violencia incontrolada y del cálido sentimiento de estar incluido en un grupo, hecho uno con una multitud. Está de moda el fascismo en ciertos sectores; y no sólo como disfraz, sino también como postura ante la vida. Es algo que cabría explicar psicoanalíticamente: ya lo hizo Reich, en su «Psicología de masas del fascismo», y Fromm en «El Miedo a la Libertad». Y, precisamente al amparo de esa moda, se nos ofrecen subproductos desinformativos como el de Ernesto Cadena «La Ofensiva Neo-Fascista», subtitulado «Un informe sensacional» (1).

De sensacional, nada; en todo caso, se trata de un informe más bien sensacionalista, plagado de inexactitudes y de conclusiones apresuradas en las que se advierte un claro matiz derechista por parte del autor. Este es capaz de decirnos que los grupos de izquierda más revolucionarios son, en realidad, afines al fascismo; que los maoístas son hitlerianos; y que los sindicalistas de Franco se han pasado en masa a la CNT, donde encuentran la posibilidad de realizar su famosa «revolución pendiente». Y se queda tan tranquilo, el señor Cadena.

También se nos cuentan en este libro más cosas peregrinas: como por ejemplo, que el GAS, los «Guerrilleros de Cristo Rey» y otras organizaciones terroristas de ultraderecha no pueden considerarse como fascistas, porque están compuestas por delincuentes comunes y no tienen una ideología política definida.

Ernesto Cadena parece convencido de que el neo-fascismo en España no tiene poder ni fuerza reales. No cree, por ejemplo, que «Fuerza Nueva» sea fascista, sino de «nacional-derecha». Y, al hablar de las «tramas negras», explica que no han tenido nunca fuerza en nuestro país, ya que nunca hubo, como en otros lugares, elementos fascistas situados en puestos próximos al poder, dentro del gobierno o del aparato estatal. El señor Cadena parece, curiosamente, olvidar que durante cuarenta años padecimos un dictador llamado Francisco Franco, que tuvimos un jefe del gobierno como Carrero Blanco, etc. O tal vez no entren tales personajes en su definición bastante estrecha de lo que es un fascista.

Creo que ya hemos dedicado bastante espacio a este libro. Ni siquiera nos hubiésemos fijado en él, a no ser por lo que esta desinformación tiene de peligroso: hace creer en un fascismo casi inofensivo, casi inexistente, o lo reduce a sus aspectos más carnavalescos o inoperantes. El fascismo, sin embargo —y no el neofascismo, sino esa corriente de ideología y de carácter que prefigura un determinado comportamiento, y que está presente a lo largo de toda la

Historia de la Humanidad— está aquí, dispuesto siempre a dar el zarpazo; y es necesario conocerle, y conocerle bien, para impedirle que salte. ■ **E. H. I.**

EL HOMBRE ES UN PURO SARCASMO

Samuel L. Clemens (1835-1910) escogió como seudónimo literario no un nombre rimbombante ni una ciudada composición anagramática, sino un grito: **Mark Twain** —cuya traducción española sería «dos brazas» o «marca dos», grito utilizado por los marinos al echar la sonda— es el recuerdo del escritor de sus años de piloto fluvial y su homenaje a la añorada libertad del mar.

Y libertad —aquí, con el énfasis irrefrenable del romanticismo— es lo que respira abiertamente el libro (1) cuya edición ha propiciado Doris Rolfe, una profesora norteamericana —«doctora en Letras por la Universidad de Kansas», dice asépticamente la solapa—, que lleva casi dos años entre nosotros, en Madrid, dedicada a la labor callada y recoleta de la traducción y el estudio. En su acertada **Introducción**, Doris Rolfe señala certeramente esta ambición de libertad en M. T.: «En su actitud ha-

(1) Mark Twain, **Cartas de la tierra,** *Ed. Zero Zyx, Col. «Guernica». Madrid, 1978, edición de Doris Rolfe.*

cia la literatura, como en su actitud hacia la sociedad y las instituciones políticas y religiosas, Mark Twain siempre defendía ferozmente su independencia».

Por eso al crítico se le alteran un tanto los cabellos cuando se coloca ante el teclado de la máquina de escribir: quizás la independencia del antiguo marino no admita criterios ni juicios encorsetados: «El crítico debe considerarse obligado por su honor a dejar lejos su antigua costumbre de juzgar todos los libros por una norma». La anterior afirmación se complementa con el drástico «aviso» que colocara al frente de su inigualable **Huckleberry Finn:** «Las personas que intenten encontrar un motivo en esta narración serán perseguidas; las que intenten encontrar una moraleja en ella serán desterradas; las que intenten encontrar un argumento en ella serán fusiladas». (En este momento al crítico se le han erizado los cabellos totalmente.)

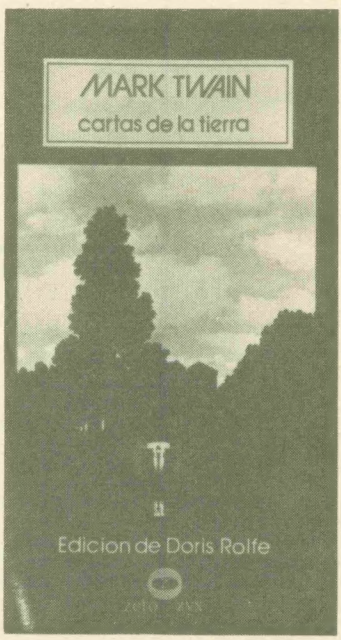
Quizás solamente rastrear su profundo y desgarrado humor, que a veces se traduce en fatalismo y a veces en melancolía. Aunque el sentido último de su humor haya que buscarlo en los entresijos de la época en que le tocara vivir y con la que Mark Twain, a juzgar por la corrosiva sátira que destilan sus libros, no se hallaba en punto alguno identificado.

Es la época del oro en el lejano Oeste, y de la naciente industrialización. Aventura en las tierras abiertas, naturaleza virgen y perversa, y también la cruenta polémica del esclavismo. Y cómo no, los hombres y los mitos: Buffalo Bill, Davy Crockett, Kit Carson...

Mark Twain entra a fuego en esa realidad y la somete al más duro de los juicios. Con **Huckleberry Finn** —novela de la que, a criterio de Hemingway, procede toda la literatura moderna americana— enfrenta al hombre con la tensión de la naturaleza y la violencia de sus conflictos morales. Y el humor aparece como el único recurso válido para el hombre (al menos, para no descender al abismo de la locura).

En cambio, en la primera parte de **Cartas de la tierra** —titulada de igual modo— el humor es el vehículo expresivo. Y la ironía, el sarcasmo, la sátira y la parodia, sus hermanos menores, serán las armas principales con que cuenta para explayar su vergüenza —y los resquicios de esperanza que le restan— sobre la raza humana. Satanás, desterrado del cielo por una falta leve, escribe desde la tierra, su lugar de destierro, a sus amigos Gabriel y Miguel, arcángeles como él mismo. Tras la voz de Satanás se oye el eco de las ácidas risotadas de Mark Twain que analiza, desmenuza, enjuicia, mortifica y ridiculiza al hombre desde una óptima impía y desacralizadora. El hombre es, por naturaleza, imbécil, dice parodiando a Rousseau; un puro sarcasmo. «El hombre es incurablemente tonto.» Multiplica los ejemplos de esta natural imbecilidad y, en la última parte del libro **—La maldita raza humana—** cierra con un acorde violento su panorámica de «curiosidad» llamada hombre: «Es el único animal que ama a su prójimo como a sí mismo, y le corta el cuello si su teología no es correcta».

En la segunda parte **—Papeles de la familia Adán—** nos da el complemento de esta desolada visión. Fragmentos de los diarios de Matusalén, Eva o Sem, el hijo de Noé, por ejemplo, sirven al autor como recurso de desplazamiento en la historia —un modo literario de alejarse de una sociedad que no desea—, con el que llega al mismo resultado humorístico que había alimentado **Un yanqui en la corte del Rey Arturo** o los **Recuerdos personales de Juana de Arco.** Al fondo, Mark Twain siempre termina por descubrir lo mismo: «las preocupaciones yt manías de su propio tiempo; el desarrollo de la ciencia, la explosión demográfica, las diferencias de clase, la corrupción de la democracia, el nacionalismo y el patriotismo».



Sírvanos esta última cita de Doris Rolfe para testimoniarle nuestro agradecimiento por la edición de estos papeles póstumos de Mark Twain, cuya obra necesita una urgente revisión por parte de nuestras editoriales, y por el empeño de devolverle a la traducción su verdadero sentido. ■ **FRANCISCO TRINIDAD.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

KAREM BIXEN. Sombras en la hierba. Traducción de Aquilino Duque. Libros de Bolsillo Noguer. 2.ª Edición. Barcelona, 1978. 138 páginas.

Equipo del Sunday Times: **Aristóteles Onassis.** Traducción de José R. Pomares. «El documento vivo». Editorial Noguer. 1.ª Edición. Barcelona, 1978. 416 páginas.

DORIS LESSING. El cuaderno dorado. Traducción de Helena Valentí. «Galería Literaria Contemporánea». Editorial Noguer. 1.ª Edición. Barcelona, 1978. 634 páginas.

LA ESTAFETA ROMANTICA. Episodios Nacionales, 26. Alianza-Hernando, 1978. 176 páginas.

ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL. Selección y notas de F. Caudet. Editorial de la Torre, 152 págs., 240 pesetas.

EL SANTO TRIBUNAL DE LA INQUISICION. Taller de Documentos N.º 20. Adara Editorial.

UNA REVOLUCION EN ESPAÑA. Taller de Documentos N.º 11. Adara Editor.

REPORTAJE DE UN DIA: LUNES, 2 DE MAYO DE 1808, por Pablo Zora Marcos. Editorial Adara. Colección «Toda la tierra», 173 páginas.

ENCADENADOS. Editorial Adara, por Pablo Zora Marcos. Colección «Toda la tierra», 139 páginas.

NUMEROS ATRASADOS DE TIEMPO de HISTORIA: RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: .....

(los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 se hallan agotados). El importe total del pedido de .....Pts. (100.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. ..... a: «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174. Estafeta Oficial, Madrid».**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Contra reembolso.**

NOMBRE Y APELLIDOS .....

DOMICILIO .....

TELEFONO .....POBLACION .....D. POSTAL .....

PROVINCIA .....PAIS .....

BOLETIN DE SUSCRIPCION TIEMPO de HISTORIA: RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....

Apellidos .....

Edad .....Profesión .....

Domicilio .....

.....Teléfono .....

Población .....D. Postal .....

Provincia .....País .....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de .....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º ..... a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)

.....

Domicilio de la Agencia .....

.....Población .....

Titular de la cuenta .....

.....

Número de la cuenta .....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha .....

Atentamente

(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO; ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.

Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Félix Grande

La verdadera "ópera de cuatro cuartos"

«Después de la corrida», de José Denis Belgrano (detalle).